

Charles Dickens

El Hechizado y el
Trato con el
Fantasma

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL HECHIZADO Y EL TRATO CON EL FANTASMA

CHARLES DICKENS

**PUBLICADO: 1848
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I. EL DON CONCEDIDO

Todo el mundo lo decía.

Lejos de mí afirmar que lo que todo el mundo dice ha de ser verdad. Todo el mundo tiene, a menudo, tantas probabilidades de equivocarse como de acertar. Según la experiencia general, todo el mundo se ha equivocado tantas veces, y ha costado, en la mayoría de los casos, tan fatigoso tiempo averiguar hasta qué punto, que su autoridad queda probada como falible. Todo el mundo puede tener razón alguna vez; «pero *eso* no es ninguna regla», como dice el fantasma de Giles Scroggins en la balada.

La temible palabra, FANTASMA, me devuelve al asunto.

Todo el mundo decía que parecía un hombre hechizado. El alcance de lo que ahora reclamo en nombre de todo el mundo es que, hasta ese punto, tenían razón. Lo parecía.

¿Quién, al ver su mejilla hundida; su ojo brillante y hundido en la cuenca; su figura vestida de negro, indefinidamente torva aunque bien trabada y bien proporcionada; sus cabellos entrecanos colgando, como algas enmarañadas, en torno al rostro —como si hubiera sido, durante toda su vida, un blanco solitario para el embate y el azote del gran océano de la humanidad—, no habría dicho que parecía un hombre hechizado?

¿Quién, al observar sus modales, taciturnos, pensativos, sombríos, ensombrecidos por una reserva habitual, siempre retraído y nunca jovial, con un aire distraído de quien vuelve a un lugar y un tiempo pasados, o de quien escucha unos viejos ecos en su mente, no habría dicho que eran los modales de un hombre hechizado?

¿Quién, al oír su voz, lenta al hablar, profunda y grave, con una plenitud y una melodía naturales que él parecía empeñarse en contener y reprimir, no habría dicho que era la voz de un hombre hechizado?

¿Quién, habiéndolo visto en su cámara interior, mitad biblioteca y mitad laboratorio — pues era, como el mundo entero sabía, un docto en química, y un maestro de cuyos labios y manos pendía a diario una multitud de oídos y ojos ansiosos —, quién, habiéndolo visto allí, en una noche de invierno, solo, rodeado de sus drogas, sus instrumentos y sus libros; la sombra de su lámpara velada convertida en un escarabajo monstruoso sobre la pared, inmóvil entre una multitud de formas espectrales que alzaba allí el parpadeo del fuego sobre los curiosos objetos que lo rodeaban; algunos de esos fantasmas (el reflejo de los vasos de vidrio que contenían líquidos), temblando en su fuero interno como cosas que conocían su poder de descomponerlas y de devolver sus elementos al fuego y al vapor —; quién, habiéndolo visto entonces, terminada su labor, meditando en su sillón ante la reja oxidada y la llama roja, moviendo sus labios delgados como si hablase, pero mudo como los muertos, no habría dicho que aquel hombre parecía hechizado, y también la cámara?

¿Quién no habría podido, con un vuelo de la fantasía bien fácil, creer que todo cuanto le rodeaba adquiriría ese tono hechizado, y que él vivía sobre un suelo hechizado?

Su vivienda era tan solitaria y abovedada como una cripta: un antiguo rincón retirado de una vieja fundación para estudiantes, en tiempos un valeroso edificio, plantado en un lugar abierto, pero convertido ahora en el capricho caduco de arquitectos olvidados; ennegrecido por el humo, los años y la intemperie, apretujado por todos lados por el crecimiento desmedido de la gran ciudad, y ahogado, como un viejo pozo, entre piedras y ladrillos; sus pequeños patios, hundidos en verdaderas fosas formadas por las calles y los edificios que, con el paso del tiempo, se habían alzado por encima de sus pesadas chimeneas; sus viejos árboles, insultados por el humo vecino, que se dignaban inclinarse tan bajo solo cuando estaban muy debilitados y el tiempo muy hosco; sus parcelas de hierba, luchando con la tierra enmohecida por ser hierba, o al menos por lograr alguna apariencia de compromiso; sus silenciosas losas, poco acostumbradas a la pisada de los pies, y aun a la mirada de los ojos, salvo cuando algún rostro perdido se asomaba desde el mundo de arriba, preguntándose qué rincón sería aquel;

su reloj de sol en una pequeña esquina tapiada, donde ningún sol había extraviado sus rayos en cien años, pero donde, como compensación por el abandono del sol, la nieve se quedaba semanas enteras cuando en ningún otro lugar se quedaba, y el negro viento de levante giraba como una enorme peonza zumbadora, cuando en todos los demás lugares reinaban el silencio y la quietud.

Su vivienda, en su corazón y su núcleo —puertas adentro—, junto a su chimenea, era tan sombría y vetusta, tan destartada y sin embargo tan sólida, con sus vigas de madera carcomida en el techo y su firme suelo que se inclinaba hacia la gran repisa de roble de la chimenea; tan cercada y oprimida por la presión de la ciudad y, sin embargo, tan remota en su estilo, su antigüedad y sus costumbres; tan silenciosa y, no obstante, tan atronadora de ecos cuando se alzaba una voz lejana o se cerraba una puerta —ecos que no se limitaban a los muchos pasadizos bajos y las estancias vacías, sino que retumbaban y refunfuñaban hasta ahogarse en el aire pesado de la olvidada Cripta, donde los arcos normandos yacían medio sepultados en la tierra.

Deberíais haberlo visto en su vivienda hacia el crepúsculo, en lo más muerto del invierno.

Cuando el viento soplaba, agudo y penetrante, mientras se ponía el sol empañado. Cuando estaba ya tan oscuro que las formas de las cosas resultaban indistintas y agigantadas, pero no del todo perdidas. Cuando quienes se sentaban junto al fuego empezaban a ver, en las brasas, rostros y figuras salvajes, montañas y abismos, emboscadas y ejércitos. Cuando la gente en las calles agachaba la cabeza y echaba a correr huyendo del temporal. Cuando aquellos que se veían obligados a afrontarlo se detenían en esquinas iracundas, aguijoneados por copos de nieve errantes que se posaban en las pestañas de sus ojos —copos que caían demasiado escasos, y que el viento arrastraba demasiado deprisa, para dejar huella alguna sobre el suelo helado. Cuando las ventanas de las casas particulares se cerraban bien apretadas y calientes. Cuando el gas encendido empezaba a brotar en las calles bulliciosas y en las tranquilas, que sin él se habrían ennegrecido deprisa. Cuando algún transeúnte perdido, tiritando por estas últimas, bajaba la vista hacia los fuegos encendidos de las cocinas, y aguzaba su ya aguzado apetito aspirando la fragancia de millas enteras de cenas.

Cuando los viajeros por tierra sentían un frío amargo, y contemplaban con fatiga paisajes sombríos que susurraban y se estremecían bajo la ráfaga. Cuando los marineros en el mar, encaramados a las heladas vergas, eran zarandeados y mecidos de un modo terrible sobre el océano aullante. Cuando los faros, en rocas y cabos, se mostraban solitarios y vigilantes; y las aves marinas sorprendidas por la noche se estrellaban contra sus pesados fanales, y caían muertas. Cuando los pequeños lectores de libros de cuentos, a la luz del fuego, temblaban al pensar en Cassim Babá descuartizado y colgado en la Cueva de los Ladrones, o abrigan ciertos pequeños recelos de que la fiera vejezuela de la muleta, que solía salir de golpe de la caja en el dormitorio del mercader Abudah, pudiera, una de aquellas noches, aparecer en la escalera, durante el largo, frío y crepuscular trayecto hacia la cama.

Cuando, en los parajes rústicos, el último resplandor de la luz del día se apagaba en los confines de las avenidas, y los árboles, formando bóveda en lo alto, se volvían hoscos y negros. Cuando, en parques y bosques, los altos helechos húmedos y el musgo empapado, y los lechos de hojas caídas, y los troncos de los árboles, se perdían de vista entre masas de sombra impenetrable. Cuando las nieblas se alzaban de los diques, las marismas y los ríos. Cuando las luces en los viejos salones y en las ventanas de las cabañas eran una vista alegre. Cuando el molino se detenía, el carretero y el herrero cerraban sus talleres, la barrera del portazgo se cerraba, el arado y la grada quedaban solitarios en los campos, el labrador y su yunta volvían a casa, y las campanadas del reloj de la iglesia tenían un sonido más profundo que a mediodía, y la cancela del cementerio ya no se abriría más aquella noche.

Cuando el crepúsculo liberaba en todas partes las sombras, aprisionadas durante todo el día, que ahora se cerraban y se congregaban como enjambres de fantasmas reuniéndose. Cuando se erguían torvas en los rincones de las habitaciones, y fruncían el ceño desde detrás de las puertas entreabiertas. Cuando tomaban plena posesión de los aposentos deshabitados. Cuando danzaban sobre los suelos, las paredes y los techos de las cámaras habitadas, mientras el fuego estaba bajo, y se retiraban como aguas menguantes cuando este se avivaba en llamarada. Cuando se burlaban fantásticamente de las formas de los objetos domésticos, convirtiendo a la niñera en una ogresa, al caballo de balancín en un monstruo, al niño maravillado, medio asustado y medio divertido, en un extraño para sí mismo, y hasta las tenazas del hogar en un gigante despatarrado con los brazos en jarras, olien-

do sin duda la sangre de los ingleses y deseando moler los huesos de la gente para hacer su pan.

Cuando estas sombras traían a la mente de las personas mayores otros pensamientos, y les mostraban imágenes distintas. Cuando se escurrían de sus escondrijos con la semejanza de formas y rostros del pasado, de la tumba, del hondo, hondísimo abismo donde vagan siempre las cosas que pudieron ser y nunca fueron.

Cuando él estaba sentado, como ya se ha dicho, con la mirada fija en el fuego. Cuando, según este subía o menguaba, las sombras iban y venían. Cuando él no reparaba en ellas con sus ojos corporales, sino que, dejándolas venir o dejándolas ir, miraba fijamente el fuego. Entonces deberíais haberlo visto.

Cuando los sonidos que habían surgido junto con las sombras, y que habían salido de sus escondites a la llamada del crepúsculo, parecían crear una quietud aún más profunda a su alrededor. Cuando el viento retumbaba en la chimenea, y a veces canturreaba, a veces aullaba, dentro de la casa. Cuando los viejos árboles de fuera estaban tan sacudidos y azotados, que una vieja corneja quejumbrosa, incapaz de dormir, protestaba de cuando en cuando con un débil y somnoliento «¡Cra!» en lo alto. Cuando, a intervalos, la ventana temblaba, la veleta herrumbrosa de lo alto de la torrecilla se lamentaba, el reloj de debajo señalaba que había transcurrido otro cuarto de hora, o el fuego se desmoronaba y se venía abajo con un traqueteo.

—Cuando, en fin, llamaron a su puerta, mientras estaba así sentado, y lo sacaron de su ensimismamiento.

—¿Quién es? —dijo—. ¡Adelante!

Sin duda no había habido ninguna figura apoyada en el respaldo de su sillón; ningún rostro asomado por encima de él. Es cierto que ningún paso deslizante había rozado el suelo cuando él, sobresaltado, alzó la cabeza y habló. Y, sin embargo, no había espejo alguno en la habitación en cuya superficie su propia figura hubiera podido proyectar su sombra por un instante; y, no obstante, ¡Algo había pasado en la oscuridad y se había desvanecido!

—Humildemente me temo, señor —dijo un hombre de tez fresca y ademanes activos, sujetando la puerta con el pie para dejar pasar a la bandeja

de madera que llevaba, y volviendo a soltarla después con mucho tiento y cuidado en cuanto él y la bandeja hubieron entrado, para que no se cerrase con ruido —, que esta noche llevamos ya un buen rato de retraso. Pero a la señora William tantas veces le ha hecho perder el equilibrio...

—¿El viento? ¡Ah! Lo he oído levantarse.

—El viento, señor... que es un milagro que haya llegado a casa. Ay, sí. Sí. Ha sido el viento, señor Redlaw. El viento.

Para entonces ya había dejado la bandeja de la cena, y se ocupaba en encender la lámpara y en extender un mantel sobre la mesa. De esta tarea desistió apresuradamente para avivar y alimentar el fuego, y luego la reanudó; la lámpara que había encendido y la llamarada que se alzó bajo su mano cambiaron tan deprisa el aspecto de la habitación, que parecía como si la mera entrada de su rostro fresco y colorado, y de sus modales activos, hubiera obrado por sí sola aquella grata transformación.

—La señora William está, por supuesto, expuesta en todo momento, señor, a que los elementos le hagan perder el equilibrio. No está hecha de una pasta superior a *eso*.

—No —repuso el señor Redlaw, con buen humor aunque bruscamente.

—No, señor. A la señora William puede hacerle perder el equilibrio la Tierra; como, por ejemplo, el domingo de hace ocho días, cuando todo estaba embarrado y resbaladizo, y ella iba a tomar el té con su cuñada más reciente, y sentía orgullo de sí misma, y deseaba parecer perfectamente impecable aunque fuese a pie. A la señora William puede hacerle perder el equilibrio el Aire; como aquella vez que un amigo la convenció de probar un columpio en la feria de Peckham, lo cual obró sobre su constitución al instante como si fuera un barco de vapor. A la señora William puede hacerle perder el equilibrio el Fuego; como en aquella falsa alarma de los bomberos en casa de su madre, cuando anduvo dos millas con el gorro de dormir puesto. A la señora William puede hacerle perder el equilibrio el Agua; como en Battersea, cuando su joven sobrino, Charley Swidger hijo, de doce años, que no tenía la menor idea de barcas, la llevó remando contra los espigones. Pero eso son los elementos. A la señora William hay que sacarla de los elementos para que entre en juego la fuerza de *su* carácter.

Cuando se detuvo esperando una respuesta, la respuesta fue «Sí», en el mismo tono que antes.

—Sí, señor. ¡Ay, sí, señor! —dijo el señor Swidger, prosiguiendo con sus preparativos, y comprobándolos uno a uno mientras los hacía—. Ahí está la cosa, señor. Eso digo *yo* siempre, señor. ¡Somos tantos los Swidger!... La pimienta. Ahí está mi padre, señor, guarda y custodio jubilado de esta institución, ochenta y siete años. ¡Es un Swidger!... La cuchara.

—Cierto, William —fue la respuesta paciente y ausente, cuando volvió a detenerse.

—Sí, señor —dijo el señor Swidger—. Eso digo *yo* siempre, señor. Se le puede llamar el tronco del árbol... El pan. Luego viene su sucesor, este servidor indigno... La sal... y la señora William, ambos Swidger... El cuchillo y el tenedor. Luego vienen todos mis hermanos y sus familias, Swidger, hombres y mujeres, niños y niñas. Pues bien, entre primos, tíos, tías y parentescos de tal, cual y el otro grado, y de no sé qué grado más, y bodas, y partos, los Swidger... El vaso... podrían cogerse de la mano y formar un corro alrededor de toda Inglaterra.

Al no recibir esta vez respuesta alguna del pensativo caballero a quien se dirigía, el señor William se acercó más a él e hizo como que golpeaba accidentalmente la mesa con una licorera, para hacerlo volver en sí. En cuanto lo consiguió, prosiguió como con gran presteza de asentimiento.

—¡Sí, señor! Eso digo *yo* mismo, señor. La señora William y yo lo hemos dicho muchas veces. «Ya hay bastantes Swidger», decimos, «sin necesidad de *nuestra* contribución voluntaria»... La mantequilla. De hecho, señor, mi padre es toda una familia él solo... Las vinagreras... de la que hay que cuidar; y todo ha sido para bien, que no tengamos hijos propios, aunque eso también ha dejado a la señora William algo callada. ¿Listo del todo para el pollo y el puré de patatas, señor? La señora William dijo que serviría en diez minutos cuando salí de la portería.

—Estoy del todo listo —dijo el otro, despertando como de un sueño, y paseando despacio de un lado a otro.

—¡La señora William ha vuelto a las andadas, señor! —dijo el guarda, mientras se quedaba calentando un plato junto al fuego, y se resguardaba

agradablemente el rostro con él. El señor Redlaw se detuvo en su paseo, y en él apareció una expresión de interés.

—Eso digo *yo* siempre, señor. ¡Ella se *empeña* en hacerlo! Hay en el pecho de la señora William un sentimiento maternal que ha de salir y que saldrá, sí o sí.

—¿Qué ha hecho?

—Pues, señor, no contenta con ser una especie de madre para todos los jóvenes caballeros que vienen de tantos sitios distintos a asistir a sus cursos de conferencias en esta antigua fundación... ¡es asombroso cómo coge el calor la loza de piedra con este tiempo tan helado, la verdad! —Aquí le dio la vuelta al plato y se enfrió los dedos.

—¿Y bien? —dijo el señor Redlaw.

—Eso digo *yo* mismo, señor —repuso el señor William, hablando por encima del hombro, como con presta y encantada aquiescencia—. ¡Exactamente ahí está la cosa, señor! No hay uno solo de nuestros estudiantes que no parezca considerar así a la señora William. Todos los días, durante todo el curso, van asomando la cabeza por la portería, uno tras otro, y todos tienen algo que contarle, o algo que preguntarle. «Swidge» es el apelativo con que suelen llamar a la señora William entre ellos, según me han dicho; pero eso digo *yo*, señor. ¡Mejor que le cambien a una el nombre todo lo que quieran, si es por verdadero cariño, que no que se lo respeten mucho y no le tengan ningún afecto! ¿Para qué sirve un nombre? Para conocer a una persona. Si a la señora William se la conoce por algo mejor que su nombre —me refiero a las cualidades y el carácter de la señora William—, qué más da su nombre, aunque de derecho sea Swidger. Que la llamen Swidge, Widge, Bridge... ¡Señor! London Bridge, Blackfriars, Chelsea, Putney, Waterloo, o el puente colgante de Hammersmith... si quieren.

El final de esta oración triunfal lo llevó a él y al plato hasta la mesa, sobre la cual lo dejó medio puesto y medio caído, con la viva sensación de que estaba completamente ardiendo, justo cuando entraba en la habitación el objeto de sus alabanzas, portando otra bandeja y un farol, y seguida de un venerable anciano de largos cabellos grises.

La señora William, como el señor William, era una persona sencilla y de aspecto inocente, en cuyas tersas mejillas se repetía muy gratamente el ale-

gre rojo del chaleco oficial de su marido. Pero mientras que el cabello claro del señor William se erizaba por toda su cabeza, y parecía arrastrar consigo sus ojos hacia arriba en un exceso de bulliciosa disposición para cualquier cosa, el cabello castaño oscuro de la señora William estaba cuidadosamente alisado, y ondeaba recogido bajo una pulcra y aseada cofia, del modo más exacto y sosegado que cabe imaginar. Y mientras que los mismísimos pantalones del señor William se remangaban por los tobillos, como si no estuviera en la naturaleza de su gris hierro el reposar sin mirar a su alrededor, las faldas pulcramente floreadas de la señora William —rojas y blancas, como su propio y bonito rostro— eran tan sosegadas y ordenadas como si el mismísimo viento que soplaba tan recio fuera de puertas no pudiera alterar uno solo de sus pliegues. Y mientras que la levita de él tenía algo de flotante y desprendido en el cuello y el pecho, el corpiño de ella era tan plácido y aseado, que en él habría hallado protección, de haberla necesitado, hasta con la gente más ruda. ¡Quién habría tenido corazón para hacer que un seno tan sereno se hinchara de aflicción, o palpitara de miedo, o se agitara con un pensamiento de vergüenza! ¡A quién no habría apelado su reposo y su paz contra toda perturbación, como el sueño inocente de un niño!

—Puntual, cómo no, Milly —dijo su marido, aliviándola de la bandeja—, o no serías tú. ¡Aquí está la señora William, señor! Esta noche parece más solitario que nunca —susurró a su esposa, mientras cogía la bandeja—, y más fantasmal que de costumbre.

Sin la menor muestra de prisa ni de ruido, ni siquiera de sí misma, tan serena y tranquila era, Milly fue colocando en la mesa los platos que había traído; el señor William, tras mucho trajín y carreras, no había conseguido hacerse más que con una salsera de jugo, que sostenía listo para servir.

—¿Qué es eso que lleva el anciano en los brazos? —preguntó el señor Redlaw, mientras se sentaba a su solitaria comida.

—Acebo, señor —respondió la tranquila voz de Milly.

—Eso digo *yo* mismo, señor —terció el señor William, entrando en escena con la salsera—. ¡Las bayas son tan propias de esta época del año!... La salsa oscura.

—¡Otra Navidad que llega, otro año que se va! —murmuró el Químico, con un suspiro sombrío—. Más cifras en la suma cada vez más larga del re-

cuerdo, que trabajamos y trabajamos para nuestro propio tormento, hasta que la Muerte lo revuelve todo con indiferencia y lo borra por completo. ¡Vaya, Philip! —interrumpiéndose, y alzando la voz al dirigirse al anciano, que permanecía apartado con su reluciente carga en los brazos, de la cual la tranquila señora William iba tomando pequeñas ramas que recortaba silenciosamente con sus tijeras, y con las que decoraba la habitación, mientras su anciano suegro observaba muy interesado la ceremonia.

—Mis respetos, señor —repuso el anciano—. Debería haber hablado antes, señor, pero conozco sus costumbres, señor Redlaw... me enorgullezco de decirlo... ¡y espero a que se me hable! Feliz Navidad, señor, y Feliz Año Nuevo, y que sean muchos. Yo mismo he tenido unos cuantos... ¡ja, ja!... y me tomo la libertad de desearlos. ¡Tengo ochenta y siete años!

—¿Y ha tenido usted muchos que fueran alegres y felices? —preguntó el otro.

—Ay, señor, muchísimos —respondió el anciano.

—¿Tiene la memoria mermada por la edad? Ya sería de esperar a estas alturas —dijo el señor Redlaw, volviéndose hacia el hijo, y bajando la voz.

—Ni un ápice, señor —respondió el señor William—. Eso digo *yo* exactamente, señor. Nunca hubo memoria como la de mi padre. Es el hombre más asombroso del mundo. No sabe lo que es olvidar. Es justo la observación que le hago siempre a la señora William, señor, ¡si me quiere creer!

El señor Swidger, en su cortés deseo de parecer conforme en todo caso, dijo esto como si no hubiera en ello ni un ápice de contradicción, y todo estuviera dicho con un asentimiento ilimitado e incondicional.

El Químico apartó su plato y, levantándose de la mesa, cruzó la habitación hasta donde el anciano se hallaba contemplando una ramita de acebo que tenía en la mano.

—¿Le trae a la memoria el tiempo en que muchos de esos años eran nuevos y viejos a la vez? —dijo, observándolo con atención, y tocándole el hombro—. ¿Se lo trae?

—¡Ay, muchísimos, muchísimos! —dijo Philip, despertando a medias de su ensueño—. ¡Tengo ochenta y siete años!

—¿Alegres y felices? —preguntó el Químico en voz baja—. ¿Alegres y felices, anciano?

—Quizá tan alto como esto, no más —dijo el anciano, sosteniendo la mano un poco por encima del nivel de la rodilla, y mirando con ojos retrospectivos a quien le preguntaba—, ¡cuando los recuerdo por primera vez! Era un día frío y soleado, andando de paseo, cuando alguien —mi madre, tan cierto como que usted está ahí, aunque no sé cómo era su bendito rostro, pues cayó enferma y murió aquella misma Navidad— me dijo que eran comida para los pájaros. El pequeñuelo pensó —yo, se entiende— que quizá los ojos de los pájaros eran tan brillantes porque las bayas de las que se alimentaban en invierno eran tan brillantes. Eso lo recuerdo. ¡Y tengo ochenta y siete años!

—¡Alegres y felices! —musitó el otro, clavando sus ojos oscuros en la figura encorvada, con una sonrisa de compasión—. Alegres y felices... ¿y bien recordados?

—¡Ay, ay, ay! —repuso el anciano, cogiendo al vuelo las últimas palabras—. Los recuerdo bien de mis años de escuela, año tras año, y todas las fiestas que solían venir con ellos. Yo era entonces un mozo fuerte, señor Redlaw; y, si me quiere creer, no tenía quien me igualara jugando al fútbol en diez millas a la redonda. ¿Dónde está mi hijo William? ¡No tenía quien me igualara jugando al fútbol, William, en diez millas a la redonda!

—¡Eso digo yo siempre, padre! —repuso el hijo con presteza, y con gran respeto—. ¡Usted Sí que es un Swidger, si alguna vez lo hubo en la familia!

—¡Ay! —dijo el anciano, negando con la cabeza mientras volvía a mirar el acebo—. Su madre —mi hijo William es mi hijo menor— y yo nos hemos sentado entre todos ellos, niños y niñas, criaturas pequeñas y bebés, durante muchos años, cuando bayas como estas no brillaban ni la mitad de lo que brillaban sus rostros radiantes a nuestro alrededor. Muchos de ellos se han ido; ella se ha ido; y mi hijo George (nuestro primogénito, que era su orgullo más que ningún otro) ha caído muy bajo; pero puedo verlos, cuando miro aquí, vivos y sanos, como solían estar en aquellos días; y puedo verlo a él, gracias a Dios, en su inocencia. Es una bendición para mí, a mis ochenta y siete años.

La mirada penetrante que había estado fija en él con tanta seriedad, había ido buscando poco a poco el suelo.

—Cuando mis circunstancias dejaron de ser tan buenas como antes, por no haber sido tratado honradamente, y vine aquí por primera vez como custodio —dijo el anciano—, lo cual fue hace más de cincuenta años... ¿dónde está mi hijo William? ¡Hace más de medio siglo, William!

—Eso digo yo, padre —replicó el hijo, tan presto y diligente como antes—, ahí está exactamente la cosa. Dos veces nada es nada, y dos veces cinco diez, y ahí tiene usted un centenar de ellos.

—Fue todo un placer saber que uno de nuestros fundadores... o, hablando con más propiedad —dijo el anciano, con gran fruición por su tema y por lo mucho que sabía de él—, uno de los doctos caballeros que ayudaron a dotarnos en tiempos de la reina Isabel, pues fuimos fundados antes de su reinado, dejó en su testamento, entre los demás legados que nos hizo, cierta suma para comprar acebo, para adornar los muros y las ventanas por Navidad. Había en ello algo entrañable y amistoso. Como entonces éramos aquí forasteros, y llegamos en época de Navidad, le tomamos cariño incluso a su retrato, que cuelga en lo que antiguamente fue, antes de que nuestros diez pobres caballeros conmutaran su pensión por una asignación anual en dinero, nuestro gran Comedor. Un caballero de aire sosegado, de barba en punta, con una gorguera al cuello, y debajo un rótulo, en letras inglesas antiguas: «¡Señor, mantén viva mi memoria!». ¿Sabe usted todo sobre él, señor Redlaw?

—Sé que el retrato cuelga ahí, Philip.

—Sí, en efecto, es el segundo por la derecha, encima del artesonado. Iba a decir... que él ha ayudado a mantener viva *mi* memoria, y se lo agradezco; pues al recorrer el edificio cada año, como estoy haciendo ahora, y al refrescar las estancias desnudas con estas ramas y estas bayas, refresco mi viejo y desnudo cerebro. Un año trae de vuelta a otro, y ese año a otro más, ¡y esos otros a incontables más! Al final, me parece como si el nacimiento de Nuestro Señor fuera el nacimiento de todo cuanto he querido, o llorado, o disfrutado alguna vez... y son unos cuantos, ¡pues tengo ochenta y siete años!

—Alegres y felices —murmuró Redlaw para sus adentros.

La habitación empezó a oscurecerse de un modo extraño.

— Ya ve usted, señor —prosiguió el viejo Philip, cuya sana mejilla invernal se había caldeado hasta un rubor más encendido, y cuyos ojos azules se habían iluminado mientras hablaba—, tengo mucho que guardar cuando guardo esta época del año. Y ahora, ¿dónde está mi silenciosa Ratoncita? El parloteo es el pecado de mi edad, y todavía queda media casa por recorrer, si el frío no nos hielas antes, o el viento no nos arrastra, o la oscuridad no nos traga.

La silenciosa Ratoncita ya había acercado su rostro sereno a su lado, y le había cogido el brazo en silencio, antes de que él terminara de hablar.

— Ven, querida —dijo el anciano—. Si no, el señor Redlaw no se pondrá a cenar hasta que se le haya enfriado como el invierno. Espero que disculpe usted mi cháchara, señor, y le deseo buenas noches, y, una vez más, una feliz...

— ¡Esperen! —dijo el señor Redlaw, volviendo a su sitio en la mesa, más, a juzgar por sus modales, para tranquilizar al viejo guarda que por recordar su propio apetito—. Concédame un momento más, Philip. William, iba usted a contarme algo en honor de su excelente esposa. No le desagradará oírle alabarla. ¿Qué era?

— Pues ahí está la cosa, ya ve usted, señor —repuso el señor William Swidger, mirando hacia su esposa con considerable turbación—. La señora William me tiene puesto el ojo encima.

— ¿Pero no le teme usted al ojo de la señora William?

— Pues no, señor —repuso el señor Swidger—, eso digo yo mismo. No fue hecho para que se le tema. No lo habrían hecho tan dulce, si esa hubiera sido la intención. Pero no me gustaría... ¡Milly!... él, ya sabes. Allá abajo en los Edificios.

El señor William, de pie tras la mesa, y hurgando desconcertado entre los objetos que había sobre ella, dirigía miradas persuasivas hacia la señora William, y secretos gestos de cabeza y pulgar hacia el señor Redlaw, como para atraerla hacia él.

— Él, ya sabes, amor mío —dijo el señor William—. Allá abajo en los Edificios. ¡Cuéntalo, querida! Comparada conmigo, tú eres las obras com-

pletas de Shakespeare. Allá abajo en los Edificios, ya sabes, amor mío... El estudiante.

—¿El estudiante? —repitió el señor Redlaw, alzando la cabeza.

—¡Eso digo yo, señor! —exclamó el señor William, con la más viva animación de asentimiento—. Si no fuera por el pobre estudiante allá abajo en los Edificios, ¿por qué habría de querer usted oírlo de labios de la señora William? Señora William, querida... los Edificios.

—No sabía —dijo Milly, con una franqueza tranquila, sin la menor prisa ni turbación— que William hubiera dicho nada al respecto, o no habría venido. Le pedí que no lo hiciera. Es un joven caballero enfermo, señor —y muy pobre, me temo—, que está demasiado mal para volver a casa en estas fiestas, y vive, sin que nadie lo sepa, en un alojamiento de lo más corriente para un caballero, allá abajo en Jerusalem Buildings. Eso es todo, señor.

—¿Por qué no había oído hablar de él nunca? —dijo el Químico, levantándose apresuradamente—. ¿Por qué no me ha dado a conocer su situación? ¡Enfermo!... Denme el sombrero y la capa. ¡Pobre!... ¿qué casa?... ¿qué número?

—Ay, no debe usted ir allí, señor —dijo Milly, dejando a su suegro y encarándose tranquilamente con él, con su carita serena y las manos entrelazadas.

—¿No ir allí?

—Ay, no, por Dios —dijo Milly, negando con la cabeza como ante una imposibilidad de lo más manifiesta y evidente—. ¡No se puede ni pensar en ello!

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué no?

—Pues verá usted, señor —dijo el señor William Swidger, con tono persuasivo y confidencial—, eso digo yo. Puede estar seguro de que el joven caballero jamás habría dado a conocer su situación a alguien de su mismo sexo. La señora William se ha ganado su confianza, pero eso es bien distinto. Todos se confían a la señora William; todos confían en *ella*. Un hombre, señor, no le habría sacado ni un susurro; ¡pero una mujer, señor, y la señora William por añadidura...!

— Hay buen sentido y delicadeza en lo que dice usted, William — repuso el señor Redlaw, reparando en el rostro dulce y sosegado junto a su hombro. Y llevándose el dedo a los labios, le puso el monedero en la mano a escondidas.

— ¡Ay, no, señor, por Dios! — exclamó Milly, devolviéndoselo —. ¡Peor que peor! ¡Ni soñarlo!

Tan sensata y práctica ama de casa era, y tan poco alterada por la precipitación momentánea de este rechazo, que, un instante después, ya estaba recogiendo pulcramente unas hojas que se le habían escapado de entre las tijeras y el delantal al arreglar el acebo.

Al comprobar, cuando se irguió de su postura inclinada, que el señor Redlaw seguía mirándola con duda y asombro, repitió tranquilamente — buscando mientras tanto algún otro fragmento que se le hubiera escapado —:

— ¡Ay, no, señor, por Dios! Dijo que, de todo el mundo, no querría que fuese usted precisamente quien lo conociera, ni de quien recibiera ayuda... aunque es alumno de su clase. No he hecho con usted ningún pacto de silencio, pero confío por completo en su honor.

— ¿Por qué dijo eso?

— La verdad es que no sabría decirle, señor — dijo Milly, tras pensarlo un poco —, porque no soy nada lista, ya sabe usted; y quise serle útil poniendo las cosas ordenadas y cómodas a su alrededor, y en eso me ocupé. Pero sé que es pobre, y que está solo, y creo que también está algo desatendido... ¡Qué oscuro está esto!

La habitación se había ido oscureciendo cada vez más. Se estaba congregando una sombra y una penumbra muy densas detrás del sillón del Químico.

— ¿Qué más sabe de él? — preguntó.

— Está prometido para casarse cuando pueda permitírselo — dijo Milly —, y estudia, creo, para capacitarse y ganarse la vida. Hace tiempo que veo que ha estudiado mucho y se ha privado de mucho... ¡Qué oscuro está esto, de veras!

— Y también ha refrescado — dijo el anciano, frotándose las manos — . Hay una sensación fría y lúgubre en la habitación. ¿Dónde está mi hijo William? William, hijo mío, sube la lámpara y aviva el fuego.

La voz de Milly prosiguió, como una música tranquila tocada muy suavemente:

— Ayer por la tarde, después de hablar conmigo — esto lo dijo para sí misma — , murmuró en su sueño entrecortado algo sobre alguien muerto, y sobre alguna gran ofensa cometida que jamás podría olvidarse; pero si a él o a otra persona, no lo sé. *Por él*, no, de eso estoy segura.

— Y, en resumen, señor Redlaw, la señora William, ya ve usted... que ella misma no lo diría ni aunque se quedase aquí hasta el año nuevo del año que viene del que viene... — dijo el señor William, acercándose a él para hablarle al oído — , ¡le ha hecho un bien inmenso! Se lo aseguro, un bien inmenso. En casa todo sigue igual que siempre... mi padre tan cómodo y confortable como siempre... no se encontraría ni una miga de desorden en la casa, ni ofreciendo cincuenta libras al contado por ella... la señora William, al parecer, nunca fuera de su sitio... y sin embargo la señora William yendo y viniendo, yendo y viniendo, arriba y abajo, arriba y abajo, ¡hecha una madre para él!

La habitación se volvió más oscura y más fría, y la penumbra y la sombra que se congregaban detrás del sillón se hicieron más densas.

— No contenta con esto, señor, la señora William va y encuentra, esta misma noche, cuando volvía a casa (pues no hace ni un par de horas), a una criatura que parecía más una fierecilla salvaje que un niño pequeño, tiritando en el umbral de una puerta. ¿Y qué hace la señora William sino traérsela a casa para secarla, alimentarla y tenerla hasta que se reparta nuestro viejo Aguinaldo de comida y franela, la mañana de Navidad? Si alguna vez había sentido antes un fuego, es lo más que lo ha sentido nunca; porque está sentada junto a la chimenea de la vieja portería, mirando fijamente la nuestra como si sus ojos voraces no fueran a cerrarse nunca más. Está sentada ahí, al menos — dijo el señor William, corrigiéndose tras reflexionar — , ¡a no ser que haya salido pitando!

— ¡Que el Cielo la mantenga feliz! — dijo el Químico en voz alta — . ¡Y a usted también, Philip! ¡Y a usted, William! Debo pensar qué hacer en este

asunto. Puede que desee ver a ese estudiante. No los entretengo más por ahora. ¡Buenas noches!

—Le doy las gracias, señor, se las doy —dijo el anciano—, por la Ratoncita, y por mi hijo William, y por mí mismo. ¿Dónde está mi hijo William? William, coge el farol y ve delante, por esos largos pasadizos oscuros, como hiciste el año pasado y el año anterior. ¡Ja, ja! *Yo* me acuerdo... ¡aunque tenga ochenta y siete años! «¡Señor, mantén viva mi memoria!». Es una oración muy buena, señor Redlaw, esa del docto caballero de la barba en punta y la gorguera al cuello... cuelga ahí, el segundo por la derecha, encima del artesonado, en lo que antiguamente fue, antes de que nuestros diez pobres caballeros conmutaran, nuestro gran Comedor. «¡Señor, mantén viva mi memoria!». Es muy buena y muy piadosa, señor. ¡Amén! ¡Amén!

Cuando salieron y cerraron la pesada puerta, que, por mucho cuidado que se pusiera en contenerla, desató al fin, al cerrarse, una larga sarta de atronadoras reverberaciones, la habitación se volvió más oscura.

Mientras él caía en su ensimismamiento, a solas en su sillón, el lozano acebo se marchitó sobre la pared, y dejó caer... ramas muertas.

Mientras la penumbra y la sombra se espesaban a su espalda, en aquel lugar donde se habían ido congregando tan tenebrosamente, fueron adoptando, poco a poco —o de ellas surgió, por algún proceso irreal e insustancial, imposible de rastrear por sentido humano alguno—, ¡una espantosa semejanza de sí mismo!

Cetrina y fría, incolora en su rostro y sus manos de plomo, pero con sus mismas facciones, y sus ojos brillantes, y sus cabellos entrecanos, y vestida con la sombra lóbrega de su propio traje, cobró su terrible apariencia de existencia, inmóvil, sin un sonido. Mientras *él* apoyaba el brazo en el brazo del sillón, rumiando ante el fuego, *ella* se apoyaba en el respaldo, justo encima de él, con su espantosa copia del rostro mirando adonde miraba su rostro, y con la misma expresión que su rostro mostraba.

Esto, pues, era el Algo que ya había pasado y se había desvanecido. ¡Este era el temible compañero del hombre hechizado!

Durante unos instantes, no pareció reparar en él más de lo que él reparaba en ella. Las rondallas navideñas tocaban en algún lugar a lo lejos, y, a través

de su ensimismamiento, él parecía escuchar la música. Él también parecía escucharla.

Al fin habló, sin moverse ni levantar el rostro.

—¡Otra vez aquí! —dijo.

—Otra vez aquí —replicó el Fantasma.

—Te veo en el fuego —dijo el hombre hechizado—; te oigo en la música, en el viento, en el silencio de muerte de la noche.

El Fantasma movió la cabeza, asintiendo.

—¿Por qué vienes a atormentarme así?

—Vengo porque se me llama —replicó el Espectro.

—No. Sin ser llamado —exclamó el Químico.

—Sea sin ser llamado —dijo el Espectro—. Basta. Estoy aquí.

Hasta entonces, la luz del fuego había brillado sobre los dos rostros —si es que podían llamarse rostro las temibles facciones tras el sillón—, ambos vueltos hacia ella, como al principio, sin mirarse el uno al otro. Pero, ahora, el hombre hechizado se volvió de pronto y clavó la mirada en el Espectro. El Espectro, con igual brusquedad en su movimiento, se colocó delante del sillón, y clavó la mirada en él.

Así podrían haberse mirado el uno al otro el hombre vivo y la imagen animada de sí mismo muerto. Un examen terrible, en una parte solitaria y remota de un viejo edificio vacío, en una noche de invierno, con el viento recio pasando en su viaje de misterio —de dónde y hacia dónde, ningún hombre lo sabe desde que el mundo empezó—, y las estrellas, en millones inimaginables, centelleando a través de él, desde el espacio eterno, donde la mole del mundo es como un grano, y su vetusta ancianidad es infancia.

—¡Mírame! —dijo el Espectro—. Soy aquel que, desatendido en su juventud, y miserablemente pobre, se esforzó y sufrió, y siguió esforzándose y sufriendo, hasta arrancar a golpes el conocimiento de la mina donde yacía sepultado, y hacer con él escalones ásperos donde mis pies extenuados pudieran descansar y alzarse.

—Yo *soy* ese hombre —repuso el Químico.

—Ningún amor abnegado de madre —prosiguió el Fantasma—, ningún consejo de padre me ayudó a *mí*. Un extraño ocupó el lugar de mi padre cuando yo no era más que un niño, y me fue fácil convertirme en un extraño para el corazón de mi madre. Mis padres eran, en el mejor de los casos, de esa clase cuyo cuidado pronto termina, y cuyo deber pronto se cumple; que sueltan a sus crías pronto, como hacen las aves con las suyas; y que, si les va bien, reclaman el mérito, y, si les va mal, la compasión.

Se detuvo, y pareció tentarlo y aguijonearlo con su mirada, con su modo de hablar y con su sonrisa.

—Soy aquel —prosiguió el Fantasma— que, en esta lucha por ascender, encontró un amigo. ¡Lo hice yo, lo gané, lo até a mí! Trabajamos juntos, codo con codo. Todo el amor y la confianza que en mi primera juventud no habían tenido salida ni hallado expresión, se los di a él.

—No todo —dijo Redlaw, con voz ronca.

—No, no todo —repuso el Fantasma—. Tenía una hermana.

El hombre hechizado, con la cabeza apoyada en las manos, respondió: «¡La tenía!». El Fantasma, con una sonrisa maligna, se acercó más al sillón, y apoyando la barbilla en sus manos entrelazadas, y sus manos entrelazadas en el respaldo, y mirando hacia abajo, hacia su rostro, con ojos escrutadores que parecían animados por el fuego, prosiguió:

—Los pocos destellos de luz de hogar que jamás he conocido, manaban de ella. ¡Qué joven era, qué hermosa, qué cariñosa! La llevé al primer humilde techo del que fui dueño, y lo hice rico. Ella entró en la oscuridad de mi vida, y la hizo luminosa. ¡La tengo delante de mí!

—La he visto hace un momento, en el fuego. La oigo en la música, en el viento, en el silencio de muerte de la noche —repuso el hombre hechizado.

—¿La *amó* él? —dijo el Fantasma, haciendo eco de su tono contemplativo—. Creo que sí, en algún momento. Estoy seguro de que sí. ¡Mejor habría sido que ella lo hubiera amado menos... menos en secreto, menos entrañablemente, desde las profundidades más someras de un corazón más dividido!

—¡Déjame olvidarlo! —dijo el Químico, con un ademán airado de la mano—. ¡Déjame borrarlo de mi memoria!

El Espectro, sin moverse, y con sus ojos crueles, que no parpadeaban, aún clavados en su rostro, prosiguió:

—Un sueño, semejante al suyo, se deslizó sobre mi propia vida.

—Así fue —dijo Redlaw.

—Un amor, tan parecido al suyo como podía abrigarlo mi naturaleza inferior, nació en mi propio corazón —prosiguió el Fantasma—. Era entonces demasiado pobre para atar a su objeto a mi fortuna con hilo alguno de promesa o de súplica. La amaba demasiado bien para buscar hacerlo. Pero, más que nunca en mi vida, me esforcé por ascender. Cada pulgada ganada me acercaba un poco más a la cumbre. ¡Me afané hacia lo alto! En las tardías pausas de mi trabajo de entonces —mi hermana, dulce compañera, compartiendo aún conmigo las brasas moribundas y el hogar que se enfriaba—, cuando amanecía, ¡qué cuadros del futuro veía yo!

—Los he visto hace un momento, en el fuego —murmuró él—. Vuelven a mí en la música, en el viento, en el silencio de muerte de la noche, en los años que se suceden.

—Cuadros de mi propia vida doméstica, en el porvenir, con ella que era la inspiración de mi esfuerzo. Cuadros de mi hermana, hecha esposa de mi querido amigo, en igualdad de condiciones —pues él tenía alguna herencia, nosotros ninguna—; cuadros de nuestra edad sosegada y nuestra felicidad madura, y de los eslabones dorados, que se remontaban tan atrás, que habrían de unirnos a nosotros y a nuestros hijos en una guirnalda radiante —dijo el Fantasma.

—Cuadros —dijo el hombre hechizado— que eran ilusiones. ¡Por qué es mi condena recordarlos demasiado bien!

—Ilusiones —hizo eco el Fantasma con su voz inmutable, clavando en él sus ojos inmutables—. Pues mi amigo (en cuyo pecho estaba encerrada mi confianza como en el mío propio), interponiéndose entre mí y el centro del sistema de mis esperanzas y mis luchas, la conquistó para sí, y destrozó mi frágil universo. Mi hermana, doblemente querida, doblemente entregada, doblemente alegre en mi hogar, vivió lo bastante para verme famoso, y mi vieja ambición tan recompensada cuando ya su resorte estaba roto, y luego...

—Luego murió —interpuso él—. Murió, dulce como siempre; feliz; y sin más inquietud que por su hermano. ¡Paz!

El Fantasma lo observó en silencio.

—¡Recordado! —dijo el hombre hechizado, tras una pausa—. Sí. Tan bien recordado, que aun ahora, cuando han pasado los años, y nada me parece más vano ni más quimérico que aquel amor juvenil hace tanto superado, pienso en él con simpatía, como si fuera el de un hermano menor o el de un hijo. A veces incluso me pregunto cuándo se inclinó por primera vez su corazón hacia él, y cómo se había sentido hacia mí... No a la ligera, en otro tiempo, creo yo... Pero eso no es nada. La infelicidad temprana, una herida de una mano que amé y en la que confié, y una pérdida que nada puede reemplazar, sobreviven a semejantes fantasías.

—Así —dijo el Fantasma— llevo dentro de mí un Dolor y una Ofensa. Así me devoro a mí mismo. Así, la memoria es mi maldición; ¡y, si pudiera olvidar mi dolor y mi ofensa, lo haría!

—¡Burlón! —dijo el Químico, incorporándose de un salto, y lanzando una mano airada hacia la garganta de su otro yo—. ¿Por qué tengo siempre en los oídos ese sarcasmo?

—¡Contente! —exclamó el Espectro con voz terrible—. ¡Ponme una mano encima y muere!

Se detuvo a medio camino, como si sus palabras lo hubieran paralizado, y se quedó mirándolo. El Espectro se había deslizado lejos de él; tenía el brazo alzado en alto, en señal de advertencia; y una sonrisa cruzó sus facciones sobrenaturales, mientras erguía su oscura figura en triunfo.

—Si pudiera olvidar mi dolor y mi ofensa, lo haría —repitió el Espectro—. ¡Si pudiera olvidar mi dolor y mi ofensa, lo haría!

—Espíritu maligno de mí mismo —repuso el hombre hechizado, en un tono bajo y tembloroso—, mi vida se oscurece con ese susurro incesante.

—Es un eco —dijo el Fantasma.

—Si es un eco de mis pensamientos —como ahora, en efecto, sé que lo es— replicó el hombre hechizado—, ¿por qué he de ser, entonces, atormentado por ello? No es un pensamiento egoísta. Dejo que se extienda más allá de mí mismo. Todos los hombres y todas las mujeres tienen sus dolores; la

mayoría tienen sus ofensas; la ingratitud, y los celos sórdidos, y el interés, acosan a todos los estamentos de la vida. ¿Quién no querría olvidar sus dolores y sus ofensas?

—¿Quién no, en verdad, y sería por ello más feliz y mejor? —dijo el Fantasma.

—Estas revoluciones de los años, que conmemoramos —prosiguió Redlaw—, ¿qué es lo que *ellas* traen a la memoria! ¿Hay alguna mente en la que no despierten de nuevo algún dolor, o alguna tribulación? ¿Qué es el recuerdo del anciano que ha estado aquí esta noche? Un tejido de dolor y de tribulación.

—Pero las naturalezas comunes —dijo el Fantasma, con su sonrisa maligna en el rostro vítreo—, las mentes no ilustradas y los espíritus corrientes, no sienten ni razonan sobre estas cosas como los hombres de más alta cultura y de pensamiento más profundo.

—Tentador —respondió Redlaw—, cuya mirada y cuya voz huecas temo más de lo que las palabras pueden expresar, y de quien un vago presagio de un temor mayor se va apoderando de mí mientras hablo, vuelvo a oír un eco de mi propia mente.

—Recíbelo como prueba de que soy poderoso —repuso el Espectro—. ¡Escucha lo que te ofrezco! ¡Olvida el dolor, la ofensa y la tribulación que has conocido!

—¡Olvidarlos! —repitió.

—Tengo el poder de anular su recuerdo... de dejar solo huellas muy tenues y confusas de ellos, que pronto se extinguirán —repuso el Espectro—. ¡Habla! ¿Trato hecho?

—¡Espera! —exclamó el hombre hechizado, deteniendo con un gesto aterrado la mano alzada—. Tiemblo de desconfianza y de duda hacia ti; y el vago temor que arrojas sobre mí se ahonda hasta convertirse en un horror sin nombre que apenas puedo soportar... No querría privarme de ningún recuerdo bondadoso, ni de ninguna simpatía que sea buena para mí, o para otros. ¿Qué perderé, si accedo a esto? ¿Qué más se desvanecerá de mi memoria?

—Ningún conocimiento; ningún fruto del estudio; nada salvo la cadena entrelazada de sentimientos y asociaciones, cada uno de ellos dependiente a su vez de los recuerdos desterrados, y nutrido por ellos. Esos se irán.

—¿Son tantos? —dijo el hombre hechizado, reflexionando con alarma.

—Han solido mostrarse en el fuego, en la música, en el viento, en el silencio de muerte de la noche, en los años que se suceden —repuso el Fantasma con desdén.

—¿En nada más?

El Fantasma guardó silencio.

Pero, tras permanecer ante él, silencioso, durante un instante, se dirigió hacia el fuego; luego se detuvo.

—¡Decide! —dijo—. ¡Antes de que se pierda la ocasión!

—¡Un momento! Pongo al Cielo por testigo —dijo el hombre agitado— de que nunca he sido, en modo alguno, un hombre que odiara; jamás hurao, indiferente o duro con nada de cuanto me rodea. Si, viviendo aquí solo, he dado demasiada importancia a todo lo que fue y pudo haber sido, y demasiado poca a lo que es, el mal, creo, ha recaído sobre mí, y no sobre otros. Pero si hubiera veneno en mi cuerpo, ¿no debería, poseyendo antídotos y sabiendo cómo usarlos, usarlos? Si hay veneno en mi mente, y a través de esta temible sombra puedo expulsarlo, ¿no he de expulsarlo?

—Habla —dijo el Espectro—, ¿trato hecho?

—¡Un momento más! —respondió apresuradamente—. ¡*Lo olvidaría si pudiera!* ¿He pensado yo eso a solas, o ha sido el pensamiento de miles y miles, generación tras generación? Toda memoria humana está cargada de dolor y de tribulación. Mi memoria es como la memoria de los demás hombres, pero los demás hombres no tienen esta elección. Sí, cierro el trato. ¡Sí! ¡OLVIDARÉ mi dolor, mi ofensa y mi tribulación!

—Habla —dijo el Espectro—, ¿trato hecho?

—¡Hecho está!

—HECHO ESTÁ. ¡Y lleva esto contigo, hombre a quien aquí renuncio! El don que te he dado, lo darás tú a tu vez, vayas adonde vayas. Sin recobrar tú mismo el poder que has cedido, destruirás en adelante su semejante

en todos aquellos a quienes te acerques. Tu sabiduría ha descubierto que el recuerdo del dolor, la ofensa y la tribulación es la suerte de toda la humanidad, y que la humanidad sería más feliz, en sus demás recuerdos, sin él. ¡Ve! ¡Sé su benefactor! Liberado de tal recuerdo, a partir de esta hora, llevarás contigo, involuntariamente, la bendición de esa libertad. Su difusión te es inseparable e inalienable. ¡Ve! ¡Sé feliz en el bien que has ganado, y en el bien que haces!

El Fantasma, que había mantenido su mano exangüe alzada sobre él mientras hablaba, como en alguna invocación impía, o en algún conjuro; y que había ido acercando gradualmente sus ojos a los de él tanto, que pudo ver cómo no participaban de la terrible sonrisa que había en su rostro, sino que eran un horror fijo, inalterable y constante, se disolvió ante él y desapareció.

Mientras permanecía clavado en el sitio, poseído por el miedo y el asombro, e imaginando que oía repetirse en ecos melancólicos, apagándose cada vez más débilmente, las palabras «¡Destruirás su semejante en todos aquellos a quienes te acerques!», un grito agudo llegó a sus oídos. No venía de los pasadizos más allá de la puerta, sino de otra parte del viejo edificio, y sonaba como el grito de alguien en la oscuridad que había perdido el camino.

Se miró confusamente las manos y los miembros, como para cerciorarse de su propia identidad, y luego respondió a gritos, alto y desaforadamente; pues había en él una extrañeza y un terror, como si él también estuviera perdido.

Al responder el grito, y estar ya más cerca, cogió la lámpara y alzó una pesada cortina en la pared, por la que solía pasar hacia dentro y hacia fuera del aula donde daba sus conferencias, contigua a su habitación. Asociada con la juventud y la animación, y con un alto anfiteatro de rostros a los que su entrada encantaba y tornaba en interés en un instante, era un lugar fantasmal ahora que toda aquella vida se había desvanecido de él, y lo miraba fijamente como un emblema de la Muerte.

— ¡Eh! — gritó—. ¡Eh! ¡Por aquí! ¡Ven hacia la luz! Cuando, mientras sostenía la cortina con una mano y con la otra alzaba la lámpara e intentaba traspasar con la mirada la penumbra que llenaba el lugar, algo pasó corrien-

do junto a él hacia la habitación como un gato montés, y se agazapó en un rincón.

—¿Qué es esto? —dijo, apresuradamente.

Podría haber preguntado «¿Qué es esto?» aun habiéndolo visto bien, como enseguida hizo, al quedarse mirándolo acurrucado en su rincón.

Un fardo de harapos, sostenido por una mano que, en tamaño y forma, era casi la de un niño de pecho, pero cuya presa, ávida y desesperada, era la de un mal anciano. Un rostro redondeado y suavizado por media docena de años, pero contraído y retorcido por las experiencias de toda una vida. Ojos brillantes, pero no juveniles. Pies desnudos, hermosos en su delicadeza infantil, feos por la sangre y la mugre agrietada sobre ellos. Un salvaje de pecho, un monstruo joven, un niño que nunca había sido niño, una criatura que quizá viviera para tomar la forma exterior de un hombre, pero que, por dentro, viviría y moriría como una mera bestia.

Ya acostumbrado a que lo acosaran y lo persiguieran como a una bestia, el niño se agazapó al verse mirado, devolvió la mirada, e interpuso el brazo para protegerse del golpe que esperaba.

—Muerdo —dijo—, ¡si me pegas!

No hacía muchos minutos que semejante visión le habría desgarrado el corazón al Químico. Ahora la miraba con frialdad; pero, con un penoso esfuerzo por recordar algo —él mismo no sabía qué—, preguntó al niño qué hacía allí, y de dónde venía.

—¿Dónde está la mujer? —respondió—. Quiero encontrar a la mujer.

—¿Quién?

—La mujer. La que me trajo aquí, y me sentó junto al fuego grande. Tardaba tanto en volver, que fui a buscarla, y me perdí. A ti no te quiero. Quiero a la mujer.

Dio tal salto, tan repentino, para escaparse, que el sordo ruido de sus pies desnudos sobre el suelo ya estaba cerca de la cortina, cuando Redlaw lo agarró por los harapos.

—¡Vamos! ¡Suéltame! —masculló el niño, forcejeando y apretando los dientes—. No te he hecho nada. Suéltame, ¿quieres?, para ir con la mujer.

—No es por ahí. Hay un camino más corto —dijo Redlaw, reteniéndolo, con el mismo esfuerzo vacío por recordar alguna asociación que, por derecho, debiera guardar relación con aquella criatura monstruosa—. ¿Cómo te llamas?

—No tengo nombre.

—¿Dónde vives?

—¡Vivir! ¿Eso qué es?

El niño se apartó el pelo de los ojos para mirarlo un instante, y luego, retorciendo las piernas y forcejeando con él, volvió a repetir: «Suéltame, ¿quieres? Quiero encontrar a la mujer».

El Químico lo condujo hacia la puerta. —Por aquí —dijo, mirándolo todavía confusamente, pero con una repugnancia y un rechazo que nacían de su propia frialdad—. Te llevaré con ella.

Los ojos agudos de la cabeza del niño, vagando por la habitación, se posaron en la mesa donde estaban los restos de la cena.

—¡Dame de eso! —dijo, con codicia.

—¿No te ha dado de comer?

—Mañana volveré a tener hambre, ¿no? ¿Es que no tengo hambre todos los días?

Al verse liberado, saltó hacia la mesa como un pequeño animal de presa, y apretando contra su pecho pan y carne, y sus propios harapos, todo junto, dijo:

—¡Ya está! ¡Ahora llévame con la mujer!

Cuando el Químico, con una repugnancia recién nacida a tocarlo, le indicó severamente con un gesto que lo siguiera, y se disponía a salir por la puerta, se estremeció y se detuvo.

«¡El don que te he dado, lo darás tú a tu vez, vayas adonde vayas!»

Las palabras del Fantasma soplaban en el viento, y el viento soplabá frío sobre él.

—No iré allí, esta noche —murmuró débilmente—. No iré a ninguna parte esta noche. ¡Niño! Todo recto por este largo pasadizo abovedado, y

más allá de la gran puerta oscura, hasta el patio... ¿ves el fuego que brilla ahí, en la ventana?

—¿El fuego de la mujer? —preguntó el niño.

Él asintió, y los pies desnudos ya habían salido disparados. Volvió con su lámpara, cerró la puerta apresuradamente con llave, y se sentó en su sillón, cubriéndose el rostro como quien se asusta de sí mismo.

Pues ahora estaba, en verdad, solo. Solo, solo.

CAPÍTULO II. EL DON PROPAGADO

Un hombrecillo estaba sentado en un pequeño gabinete, separado de una pequeña tienda por un pequeño biombo, todo empapelado con pequeños recortes de periódico. En compañía del hombrecillo había casi cualquier cantidad de niños pequeños que se les pueda ocurrir nombrar —al menos así lo parecía—; producían, en aquella esfera de acción tan limitada, un efecto tan imponente por su número.

De esta pequeña morralla, dos habían sido metidos en la cama en un rincón, mediante alguna maquinaria enérgica, donde bien podrían haber reposado plácidamente en el sueño de la inocencia, de no ser por una propensión congénita a mantenerse despiertos, y también a forcejear dentro y fuera de la cama. La ocasión inmediata de estas incursiones depredadoras contra el mundo despierto era la construcción de una muralla de conchas de ostra en un rincón, obra de otros dos jóvenes de tierna edad; contra cuya fortificación los dos de la cama lanzaban acometidas hostigadoras (como aquellos malditos pictos y escoceses que asedian los primeros estudios históricos de la mayoría de los jóvenes británicos), para luego retirarse a su propio territorio.

Además del alboroto que acompañaba a estas invasiones, y de las réplicas de los invadidos, que perseguían acaloradamente y arremetían contra las ropas de cama bajo las cuales se refugiaban los merodeadores, otro niño pequeño, en otra camita, aportaba su granito de arena a la confusión familiar arrojando sus botas sobre las aguas; en otras palabras, lanzando estas y otros pequeños objetos, inofensivos en sí mismos aunque de sustancia dura considerados como proyectiles, contra quienes perturbaban su descanso, los cuales no tardaban en devolverle tales cumplidos.

Además, otro niño pequeño —el mayor de todos ellos, aunque aún pequeño— iba y venía tambaleándose, inclinado a un lado y considerablemente afectado en las rodillas por el peso de un bebé grande, al que se suponía, por una ficción que a veces prevalece en las familias optimistas, que estaba arrullando para que se durmiera. Pero, ¡ay!, ¡las inagotables regiones de contemplación y vigilancia hacia las que los ojos de aquel bebé apenas empezaban entonces a componerse para mirar fijamente, por encima de su hombro inconsciente!

Era un auténtico Moloch de bebé, en cuyo altar insaciable se ofrecía en sacrificio diario toda la existencia de aquel joven hermano en particular. Su personalidad podría decirse que consistía en no estar nunca quieto en un mismo sitio durante cinco minutos seguidos, y en no dormirse jamás cuando se le requería. «El bebé de los Tetterby» era tan conocido en el vecindario como el cartero o el mozo de la taberna. Vagaba de umbral en umbral en brazos del pequeño Johnny Tetterby, y se rezagaba pesadamente en la retaguardia de las tropas de chiquillos que seguían a los volatineros o al mono, llegando siempre torcido hacia un lado, un poco tarde para todo lo atractivo, de lunes por la mañana a sábado por la noche. Dondequiera que la chiquillería se congregase para jugar, allí estaba el pequeño Moloch haciendo que Johnny se fatigara y se afanase. Dondequiera que Johnny deseara quedarse, el pequeño Moloch se ponía quisquilloso y no quería permanecer. Cuando Johnny quería salir, Moloch estaba dormido y había que vigilarlo. Cuando Johnny quería quedarse en casa, Moloch estaba despierto y había que sacarlo. Y sin embargo Johnny estaba verdaderamente persuadido de que era un bebé sin defecto, sin par en todo el reino de Inglaterra, y se contentaba con captar mansos vislumbres de las cosas en general por detrás de sus faldones, o por encima de su gorrito lacio y colgante, y con andar tambaleándose con él como un mozo de cuerda muy pequeño con un paquete muy grande, que no iba dirigido a nadie y jamás podría entregarse en parte alguna.

El hombrecillo que estaba sentado en el pequeño gabinete, haciendo intentos infructuosos de leer su periódico en paz en medio de aquel alboroto, era el padre de la familia y el jefe de la firma descrita en la inscripción sobre el escaparate de la pequeña tienda, con el nombre y título de A. TETTERBY Y CIA., VENEDORES DE PERIÓDICOS. En realidad, hablando con propiedad, era el único personaje que respondía a esa denomi-

nación, pues «Cía.» era una mera abstracción poética, del todo infundada e impersonal.

La tienda de Tetterby era la tienda de la esquina en Jerusalem Buildings. Había un buen surtido de literatura en el escaparate, consistente sobre todo en periódicos ilustrados atrasados, y novelas por entregas de piratas y salteadores de caminos. Bastones, asimismo, y canicas, se incluían en el género de comercio. En cierta época se había extendido al ramo de la confitería fina; pero al parecer aquellas elegancias de la vida no tenían demanda por Jerusalem Buildings, pues nada relacionado con esa rama del comercio quedaba en el escaparate, salvo una especie de pequeña linterna de cristal que contenía una masa lánguida de caramelos de menta, que se habían derretido en verano y congelado en invierno, hasta que toda esperanza de sacarlos alguna vez, o de comérselos sin comerse también la linterna, se perdió para siempre. La tienda de Tetterby había probado suerte en varias cosas. En cierta ocasión había hecho un tímido intento en el negocio de los juguetes; pues, en otra linterna, había un montón de diminutas muñecas de cera, todas pegadas unas a otras cabeza abajo, en la más espantosa confusión, con los pies sobre las cabezas ajenas, y un sedimento de brazos y piernas rotos en el fondo. Había hecho una incursión en el ramo de la sombrerería, de lo cual daban fe unas pocas formas de sombrero, secas y rígidas como alambre, que aún quedaban en un rincón del escaparate. Había imaginado que en el comercio del tabaco podría esconderse un medio de vida, y había clavado la representación de un nativo de cada una de las tres porciones integrantes del Imperio británico, en el acto de consumir aquella fragante hierba; con una leyenda poética adjunta que declaraba que, unidos en una sola causa, se sentaban a bromear, uno mascando tabaco, otro tomando rapé, otro fumando: pero de aquello no parecía haber resultado nada, salvo moscas. Hubo un tiempo en que había depositado una desamparada confianza en la bisutería de imitación, pues en un cristal había una tarjeta de sellos baratos, y otra de portaminas, y un misterioso amuleto negro de intención insondable, etiquetado en nueve peniques. Pero, hasta esa hora, Jerusalem Buildings no había comprado ninguno de ellos. En resumen, la tienda de Tetterby había pugnado tanto por ganarse la vida en Jerusalem Buildings, de una manera u otra, y parecía haberlo conseguido tan mediocrementemente en todas, que la mejor posición en la firma era evidentemente la de Cía.; siendo Cía., como creación incorpórea, ajena a los vulgares inconvenientes del

hambre y la sed, no gravada ni por los impuestos de beneficencia ni por las contribuciones fiscales, y sin familia joven alguna que mantener.

Sin embargo, el propio Tetterby, en su pequeño gabinete, como ya se ha mencionado, teniendo la presencia de una familia joven impresa en su mente de un modo demasiado clamoroso para ser desatendido, o para conciliarse con la lectura tranquila de un periódico, dejó su papel, dio, en su distracción, unas cuantas vueltas por el gabinete, como una paloma mensajera indecisa, hizo una arremetida infructuosa contra una o dos figurillas voladoras en camión de dormir que pasaron rozándolo, y luego, cayendo de repente sobre el único miembro inofensivo de la familia, abofeteó las orejas de la niñera del pequeño Moloch.

— ¡Niño malo! — dijo el señor Tetterby —. ¿No tienes ningún sentimiento por tu pobre padre, después de las fatigas y ansiedades de un duro día de invierno, desde las cinco de la mañana, y aun así tienes que marchitarle el descanso y corroerle sus últimas noticias con *tus* perversas trastadas? ¿No basta acaso, señor, con que tu hermano 'Dolphus esté penando y afanándose en la niebla y el frío, y tú revolcándote en el regazo del lujo con... con un bebé, y todo cuanto puedas desear — dijo el señor Tetterby, amontonando esto como el gran colofón de las bendiciones —, sino que además tienes que hacer un desierto del hogar y unos maníacos de tus padres? ¿Tienes que hacerlo, Johnny? ¿Eh? — A cada interrogación, el señor Tetterby fingía volver a abofetearle las orejas, pero lo pensaba mejor y contenía la mano.

— ¡Oh, padre! — gimoteó Johnny —, cuando yo no estaba haciendo nada, de verdad, sino cuidar tanto de Sally y hacer que se durmiera. ¡Oh, padre!

— ¡Cómo desearía que mi mujercita volviera a casa! — dijo el señor Tetterby, ablandándose y arrepintiéndose —. ¡Cómo desearía que mi mujercita volviera a casa! No soy capaz de tratar con ellos. Me hacen dar vueltas la cabeza, y me vencen. ¡Oh, Johnny! ¿No basta con que tu querida madre te haya proporcionado esa dulce hermana? — señalando a Moloch — ¿No basta con que fuerais siete varones antes, sin un rayo de niña, y que tu querida madre pasara por lo que *pasó*, precisamente para que todos vosotros tuvierais una hermanita, sino que además tienes que comportarte de tal modo que me hagas dar vueltas la cabeza?

Ablandándose cada vez más, a medida que se veían tocados tanto sus propios sentimientos tiernos como los de su hijo agraviado, el señor

Tetterby concluyó abrazándolo, e inmediatamente se separó para atrapar a uno de los verdaderos delincuentes. Con un arranque razonablemente bueno, lo logró tras una carrera corta pero intensa, y un trabajo a campo traviesa bastante duro por debajo y por encima de las camas, y entre y a través de los intrincados vericuetos de las sillas, capturando a aquella criatura, a la que castigó como merecía y llevó a la cama. Este ejemplo tuvo una influencia poderosa, y al parecer mesmérica, sobre el de las botas, quien al instante cayó en un sueño profundo, aunque, apenas un momento antes, estaba completamente despierto y de excelente humor. Tampoco se perdió el efecto en los dos jóvenes arquitectos, que se retiraron a la cama, en un armario contiguo, con gran discreción y celeridad. Retirándose también a su nido, con similar discreción, el camarada del Interceptado, el señor Tetterby, al hacer una pausa para tomar aliento, se encontró inesperadamente en una escena de paz.

—Mi propia mujercita —dijo el señor Tetterby, enjugándose el rostro encendido— apenas podría haberlo hecho mejor. ¡Cómo desearía que mi mujercita hubiera tenido que hacerlo, de veras que sí!

El señor Tetterby buscó en su biombo un pasaje apropiado para imprimirlo en la mente de sus hijos con motivo de la ocasión, y leyó lo siguiente.

—«Es un hecho indudable que todos los hombres notables han tenido madres notables, y las han respetado en su vida posterior como sus mejores amigas.» Pensad en vuestra propia madre notable, hijos míos —dijo el señor Tetterby—, ¡y conoced su valor mientras aún está entre vosotros!

Volvió a sentarse en su silla junto al fuego, y se acomodó, con las piernas cruzadas, sobre su periódico.

—Que cualquiera, no me importa quién sea, vuelva a salirse de la cama —dijo Tetterby, a modo de proclama general, pronunciada de manera muy bondadosa—, y el asombro será la porción de ese respetable contemporáneo —expresión que el señor Tetterby escogió de su biombo—. Johnny, hijo mío, cuida de tu única hermana, Sally; pues es la gema más brillante que jamás haya destellado en tu frente juvenil.

Johnny se sentó en un pequeño taburete, y se aplastó devotamente bajo el peso de Moloch.

— ¡Ah, qué don es ese bebé para ti, Johnny! —dijo su padre—, ¡y qué agradecido deberías estar! «No es generalmente sabido, Johnny» —volvía ahora a referirse al biombo—, «pero es un hecho comprobado, mediante cálculos precisos, que el siguiente inmenso porcentaje de bebés no llega jamás a los dos años; es decir...»

— ¡Oh, no, padre, por favor! —exclamó Johnny—. No puedo soportarlo, cuando pienso en Sally.

Al desistir el señor Tetterby, Johnny, con un profundo sentido de su encomienda, se enjugó los ojos y arrulló a su hermana.

— Tu hermano 'Dolphus —dijo su padre, atizando el fuego— llega tarde esta noche, Johnny, y vendrá a casa hecho un pedazo de hielo. ¿Qué se ha hecho tu preciosa madre?

— ¡Aquí está madre, y 'Dolphus también, padre! —exclamó Johnny—. Eso creo.

— ¡Tienes razón! —respondió su padre, escuchando—. Sí, ese es el paso de mi mujercita.

El proceso de inducción por el cual el señor Tetterby había llegado a la conclusión de que su esposa era una mujercita era secreto suyo propio. Ella habría hecho fácilmente dos ediciones de él mismo. Considerada como individuo, era más bien notable por ser robusta y corpulenta; pero considerada en relación con su marido, sus dimensiones se volvían magníficas. Tampoco asumían una proporción menos imponente cuando se estudiaban en relación con el tamaño de sus siete hijos, que eran de lo más diminutos. En el caso de Sally, sin embargo, la señora Tetterby se había impuesto, por fin, como nadie sabía mejor que la víctima Johnny, que pesaba y medía a aquel exigente ídolo a cada hora del día.

La señora Tetterby, que había estado de compras y llevaba una cesta, se echó hacia atrás la papalina y el chal, y sentándose, fatigada, ordenó a Johnny que le trajera de inmediato a su dulce carga, para un beso. Johnny, habiendo obedecido y vuelto a su taburete, y aplastándose de nuevo, el señorito Adolphus Tetterby, que para entonces había desenrollado su torso de una bufanda prismática al parecer interminable, solicitó el mismo favor. Habiendo Johnny obedecido de nuevo, y vuelto de nuevo a su taburete, y aplastándose de nuevo, el señor Tetterby, movido por un súbito pensamien-

to, reclamó la misma prerrogativa por su propia parte paternal. La satisfacción de este tercer deseo agotó por completo al sacrificado, que apenas le quedó aliento suficiente para volver a su taburete, aplastarse de nuevo, y jadear ante sus parientes.

—Hagas lo que hagas, Johnny —dijo la señora Tetterby, negando con la cabeza—, cuídala, o no vuelvas a mirar a tu madre a la cara.

—Ni a tu hermano —dijo Adolphus.

—Ni a tu padre, Johnny —añadió el señor Tetterby.

Johnny, muy afectado por esta renuncia condicional a él, se agachó a mirar los ojos de Moloch para comprobar que estaban bien, hasta ahora, y le dio unas hábiles palmaditas en la espalda (que quedaba encima), y la mecía con el pie.

—¿Estás mojado, 'Dolphus, hijo mío? —dijo su padre—. Ven a tomar mi silla y sécate.

—No, padre, gracias —dijo Adolphus, alisándose con las manos—. No estoy muy mojado, creo. ¿Me brilla mucho la cara, padre?

—Bueno, sí que *parece* cérea, hijo mío —respondió el señor Tetterby.

—Es el tiempo, padre —dijo Adolphus, puliéndose las mejillas con la manga gastada de la chaqueta—. Con lluvia, y aguanieve, y viento, y nieve, y niebla, la cara se me llena de un sarpullido a veces. Y brilla, vaya que sí... ¡oh, ya lo creo que sí!

El señorito Adolphus se dedicaba también al ramo periodístico de la vida, empleado, por una firma más próspera que la de su padre y Cía., para vender periódicos en una estación de ferrocarril, donde su persona rechoncha y menuda, como un Cupido disfrazado de manera desaseada, y su vocecilla chillona (no tenía mucho más de diez años), eran tan conocidas como el jadeo ronco de las locomotoras entrando y saliendo. Su juventud podría haberse quedado sin salida inofensiva, en esta temprana dedicación al tráfico, de no ser por un afortunado descubrimiento que hizo de un medio de entretenerse y de dividir el largo día en etapas de interés, sin desatender el negocio. Este ingenioso invento, notable, como muchos grandes descubrimientos, por su sencillez, consistía en variar la primera vocal de la palabra «periódico», sustituyéndola, en su lugar, en distintos momentos del día, por

todas las demás vocales en sucesión gramatical. Así, antes de que amaneciera en invierno, iba y venía, con su gorrita y esclavina de hule y su gran bufanda, taladrando el aire pesado con su grito de «¡Periódico de la mañana!», que, una hora antes del mediodía, cambiaba a «¡Peraódaco de la mañana!», que, hacia las dos, cambiaba a «¡Periidico de la maniana!», que en un par de horas cambiaba a «¡Poriodoco do lo monono!», y así declinaba con el sol hacia «¡Peruudecu du lu muñunu!», para gran alivio y consuelo del ánimo de este joven caballero.

La señora Tetterby, su señora madre, que había estado sentada con la papalina y el chal echados hacia atrás, como ya se ha dicho, dando vueltas pensativamente a su anillo de bodas alrededor del dedo, se levantó ahora, y despojándose de sus prendas de calle, empezó a poner el mantel para la cena.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío, Dios mío! —dijo la señora Tetterby—. ¡Así va el mundo!

—¿Y cuál es la manera en que va el mundo, querida? —preguntó el señor Tetterby, mirando en derredor.

—Oh, nada —dijo la señora Tetterby.

El señor Tetterby enarcó las cejas, volvió a doblar su periódico, y paseó los ojos por él, de arriba abajo y de un lado a otro, pero su atención andaba vagando, y no lo leía.

La señora Tetterby, al mismo tiempo, ponía el mantel, aunque más bien como si estuviera castigando la mesa que preparando la cena familiar; golpeándola innecesariamente fuerte con los cuchillos y tenedores, dándole palmadas con los platos, mellándola con el salero, y descargándose pesadamente sobre ella con la barra de pan.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío, Dios mío! —dijo la señora Tetterby—. ¡Así va el mundo!

—Patita mía —replicó su marido, mirando en derredor otra vez—, eso ya lo has dicho antes. ¿Cuál es la manera en que va el mundo?

—¡Oh, nada! —dijo la señora Tetterby.

—¡Sophia! —protestó su marido—, *eso* también lo has dicho antes.

—Bueno, lo diré otra vez si quieres —replicó la señora Tetterby—. Oh, nada... ¡ahí está! Y otra vez si quieres, oh, nada... ¡ahí está! Y otra vez si quieres, oh, nada... ¡ahí lo tienes!

El señor Tetterby dirigió la mirada hacia la compañera de su seno, y dijo, con suave asombro:

—Mujercita mía, ¿qué te ha molestado?

—Estoy segura de que *yo* no lo sé —replicó ella—. No me lo preguntes. ¿Quién ha dicho que estaba molesta en absoluto? *Yo* nunca lo dije.

El señor Tetterby renunció a la lectura de su periódico como caso perdido, y, dando un paseo lento por la habitación, con las manos a la espalda y los hombros levantados —su modo de andar concordando perfectamente con la resignación de su actitud—, se dirigió a sus dos vástagos mayores.

—Tu cena estará lista en un minuto, 'Dolphus —dijo el señor Tetterby—. Tu madre ha salido con la lluvia, a la tienda de comidas preparadas, para comprarla. Ha sido muy bueno de tu madre hacerlo así. *Tú* también tendrás cena muy pronto, Johnny. Tu madre está contenta contigo, hombrecito, por lo atento que has estado con tu preciosa hermana.

La señora Tetterby, sin comentario alguno, pero con un notorio amainar de su animosidad hacia la mesa, terminó sus preparativos, y sacó de su ancha cesta un sustancioso pedazo de pudín de guisantes caliente envuelto en papel, y un cuenco cubierto con un platillo, que, al ser destapado, despidió un olor tan agradable que los tres pares de ojos en las dos camas se abrieron de par en par y se fijaron en el banquete. El señor Tetterby, sin atender a esta invitación tácita a sentarse, permaneció repitiendo despacio: «Sí, sí, tu cena estará lista en un minuto, 'Dolphus; tu madre salió con la lluvia, a la tienda de comidas, a comprarla. Ha sido muy bueno de tu madre hacerlo así» —hasta que la señora Tetterby, que había estado mostrando tras él diversas señales de contrición, lo agarró por el cuello y rompió a llorar.

—¡Oh, Dolphus! —dijo la señora Tetterby—, ¿cómo pude ir y comportarme así?

Esta reconciliación afectó al pequeño Adolphus y a Johnny hasta tal punto que ambos, como movidos de común acuerdo, lanzaron un lamento lúgubre, que tuvo el efecto de cerrar de inmediato los ojos redondos en las camas, y de poner en fuga total a los dos Tetterby restantes, que en ese mo-

mento se colaban a hurtadillas desde el armario contiguo para ver qué ocurría en materia de comida.

—Te aseguro, 'Dolphus —sollozó la señora Tetterby—, que al venir a casa no tenía más idea que un niño no nacido...

El señor Tetterby pareció desagradarle esta figura retórica, y observó: «Di que el bebé, querida.»

—...No tenía más idea que el bebé —dijo la señora Tetterby—. Johnny, no me mires a mí, mira a ella, o se te caerá del regazo y se matará, y entonces tú morirás en las agonías de un corazón partido, y te estará bien empleado. Ninguna idea tenía yo, más que ese ángel, de estar de mal humor cuando llegara a casa; pero de algún modo, 'Dolphus... —La señora Tetterby se detuvo, y de nuevo dio vueltas a su anillo de bodas en el dedo.

—¡Ya veo! —dijo el señor Tetterby—. ¡Lo entiendo! Mi mujercita estaba molesta. Los tiempos duros, y el tiempo duro, y el trabajo duro, hacen que a veces sea difícil. Ya veo, bendita sea tu alma. ¡No es de extrañar! Dolf, hombrecito mío —continuó el señor Tetterby, explorando el cuenco con un tenedor—, aquí tienes que tu madre ha ido y comprado, en la tienda de comidas, además del pudín de guisantes, un jarrete entero de una hermosa pierna de cerdo asada, con montones de chicharrón todavía pegado, y con salsa condimentada y mostaza a discreción. Alarga el plato, hijo mío, y empieza mientras aún humea.

El señorito Adolphus, sin necesitar segunda llamada, recibió su porción con los ojos humedecidos por el apetito, y retirándose a su taburete particular, se lanzó sobre su cena con uñas y dientes. No se olvidaron de Johnny, pero recibió su ración sobre pan, no fuera a ser que, en un arrebató de salsa, le cayera algo encima al bebé. Por razones similares se le exigió que guardara su pudín, cuando no estuviera en servicio activo, en el bolsillo.

Podría haber quedado más cerdo en el hueso —hueso que el trinchador de la tienda de comidas seguramente no había olvidado en el trinchado para clientes anteriores—, pero no faltaba condimento, y ese es un accesorio que sugiere vagamente el cerdo, y engaña gratamente al sentido del gusto. El pudín de guisantes, también, la salsa y la mostaza, como la rosa oriental respecto al ruiseñor, si no eran precisamente cerdo, habían vivido cerca de él; de modo que, en conjunto, quedaba el sabor de un cerdo de mediano

tamaño. Era irresistible para los Tetterby en la cama, quienes, aunque fingían dormir plácidamente, se arrastraban afuera sin ser vistos por sus padres, y en silencio apelaban a sus hermanos por alguna prenda gastronómica de afecto fraternal. Estos, no siendo de corazón duro, ofreciendo sobras a cambio, resultaba que un grupo de escaramuceros ligeros en camisón andaban corriendo por el gabinete durante toda la cena, lo cual fastidiaba en extremo al señor Tetterby, y una o dos veces le impuso la necesidad de una carga, ante la cual estas tropas guerrilleras se retiraban en todas direcciones y con gran confusión.

La señora Tetterby no disfrutaba de su cena. Parecía haber algo en la mente de la señora Tetterby. En un momento reía sin motivo, y en otro lloraba sin motivo, y al final rió y lloró juntamente de un modo tan poco razonable que su marido quedó confundido.

—Mujercita mía —dijo el señor Tetterby—, si el mundo va de esa manera, parece que va por el mal camino, y te ahoga.

—Dame un sorbo de agua —dijo la señora Tetterby, luchando consigo misma—, y no me hables por ahora, ni me hagas caso. ¡No lo hagas!

El señor Tetterby, tras administrarle el agua, se volvió de repente hacia el desafortunado Johnny (que estaba lleno de simpatía), y demandó por qué se revolcaba allí, en la gula y la ociosidad, en vez de adelantarse con el bebé, para que la vista de ella pudiera reanimar a su madre. Johnny se acercó de inmediato, agobiado por el peso; pero la señora Tetterby, alargando la mano para significar que no estaba en condiciones de soportar aquella conmovedora apelación a sus sentimientos, le prohibió avanzar ni una pulgada más, so pena del odio perpetuo de todos sus parientes más queridos; y en consecuencia se retiró de nuevo a su taburete, y se aplastó como antes.

Tras una pausa, la señora Tetterby dijo que ya se encontraba mejor, y empezó a reír.

—Mujercita mía —dijo su marido, con recelo—, ¿estás bien segura de que estás mejor? ¿O es que estás, Sophia, a punto de estallar en una dirección nueva?

—No, 'Dolphus, no —respondió su esposa—. Estoy del todo repuesta. —Con esto, arreglándose el pelo, y presionándose los ojos con las palmas de las manos, volvió a reír.

— ¡Qué necia perversa fui, al pensar así siquiera un momento! —dijo la señora Tetterby—. Acércate, 'Dolphus, y déjame aliviar mi ánimo, y decirte lo que quiero decir. Déjame contártelo todo.

Al acercar el señor Tetterby su silla, la señora Tetterby rió de nuevo, le dio un abrazo, y se enjugó los ojos.

— Ya sabes, Dolphus, querido —dijo la señora Tetterby—, que cuando yo estaba soltera, podría haberme entregado en varias direcciones. En cierto momento, cuatro me pretendían a la vez; dos de ellos eran hijos de Marte.

— Todos somos hijos de nuestras madres, querida —dijo el señor Tetterby—, junto con las de nuestros padres.

— No quiero decir eso —replicó su esposa—, quiero decir soldados... sargentos.

— ¡Ah! —dijo el señor Tetterby.

— Bueno, 'Dolphus, te aseguro que ya nunca pienso en esas cosas para lamentarlas; y te aseguro que tengo tan buen marido, y haría tanto por demostrar que lo quiero, como...

— Como cualquier mujercita en el mundo —dijo el señor Tetterby—. Muy bien. *Muy bien.*

Si el señor Tetterby hubiera medido tres metros de alto, no habría podido expresar una consideración más gentil por la estatura de hada de la señora Tetterby; y si la señora Tetterby hubiera medido sesenta centímetros, no habría podido sentirlo más apropiadamente merecido.

— Pero ya ves, 'Dolphus —dijo la señora Tetterby—, siendo esta la época de Navidad, cuando toda la gente que puede se toma fiesta, y cuando toda la gente que tiene dinero gusta de gastar algo, se me metió, de algún modo, algo dentro cuando estaba en la calle hace un momento. Había tantas cosas a la venta... cosas tan deliciosas para comer, cosas tan bonitas para mirar, cosas tan encantadoras para tener... y había que calcular y calcular tanto antes de atreverme a gastar seis peniques en la cosa más corriente; y la cesta era tan grande, y necesitaba tanto dentro; y mi provisión de dinero era tan pequeña, y alcanzaba tan poco trecho... ¿me odias, verdad, 'Dolphus?

— No del todo —dijo el señor Tetterby—, todavía.

— ¡Bueno! Te diré toda la verdad —prosiguió su esposa, arrepentida—, y entonces quizá lo hagas. Sentí todo esto, tanto, mientras iba trajinando por el frío, y cuando vi a otro montón de caras calculadoras y grandes cestas trajinando también, que empecé a pensar si no habría hecho mejor, y sido más feliz, si... no me hubiera... —el anillo de bodas dio otra vuelta, y la señora Tetterby sacudió la cabeza cabizbaja mientras la giraba.

— Ya veo —dijo su marido tranquilamente—; ¿si no te hubieras casado en absoluto, o si te hubieras casado con otro?

— Sí —sollozó la señora Tetterby—. Eso es realmente lo que pensé. ¿Me odias ahora, 'Dolphus'?

— Pues no —dijo el señor Tetterby—. No me parece que lo haga, todavía.

La señora Tetterby le dio un beso agradecido, y continuó.

— Empiezo a esperar que no lo hagas, ahora, 'Dolphus', aunque me temo que no te he contado lo peor. No sé qué me pasó. No sé si estaba enferma, o loca, o qué era, pero no lograba invocar nada que pareciera unirnos el uno al otro, ni reconciliarme con mi suerte. Todos los placeres y goces que jamás habíamos tenido... *esos* me parecían tan pobres e insignificantes que los odiaba. Podría haberlos pisoteado. Y no podía pensar en otra cosa, salvo en que éramos pobres, y en el número de bocas que había en casa.

— Bueno, bueno, querida —dijo el señor Tetterby, estrechándole la mano con ánimo—, eso es verdad, después de todo. *Somos* pobres, y *hay* un buen número de bocas aquí en casa.

— ¡Ah, pero, Dolf, Dolf! —exclamó su esposa, poniéndole las manos en el cuello—, mi buen, amable, paciente compañero, cuando hube estado en casa un ratito muy corto... ¡qué diferencia! Oh, Dolf, querido, ¡qué diferencia era! Sentí como si me sobreviniera de golpe una avalancha de recuerdos, que ablandó mi corazón endurecido, y lo llenó hasta hacerlo estallar. Todas nuestras luchas por ganarnos el pan, todos nuestros cuidados y necesidades desde que estamos casados, todos los momentos de enfermedad, todas las horas de vela que hemos pasado, el uno junto al otro, o junto a los niños, parecían hablarme, y decirme que nos habían hecho uno solo, y que yo jamás podría haber sido, ni podría ser, ni sería, otra cosa que la esposa y madre que soy. Entonces, los placeres baratos que había podido pisotear tan cruelmente llegaron a serme tan preciosos... ¡oh, tan inestimables y queri-

dos!... que no pude soportar pensar cuánto los había agraviado; y dije, y digo otra vez cien veces, ¿cómo pude jamás comportarme así, 'Dolphus, cómo pude jamás tener el corazón para hacerlo?

La buena mujer, arrebatada por completo por su honesta ternura y remordimiento, lloraba con toda su alma, cuando se puso en pie de un salto con un grito, y corrió detrás de su marido. Su grito fue tan aterrado que los niños se levantaron sobresaltados de su sueño y de sus camas, y se aferraron a ella. Ni su mirada desmentía su voz, mientras señalaba a un hombre pálido con una capa negra que había entrado en la habitación.

— ¡Mira a ese hombre! ¡Mira allí! ¿Qué quiere?

— Querida —respondió su marido—, se lo preguntaré, si me dejas ir. ¿Qué te pasa? ¿Cómo tiemblas!

— Lo vi en la calle, cuando salí hace un momento. Me miró, y se quedó cerca de mí. Le tengo miedo.

— ¿Miedo de él? ¿Por qué?

— No sé por qué... yo... ¡espera, marido! —pues él se dirigía hacia el desconocido.

Tenía una mano apretada contra la frente, y otra sobre el pecho; y había un peculiar temblor por todo su cuerpo, y un movimiento apresurado e inseguro de sus ojos, como si hubiese perdido algo.

— ¿Estás enferma, querida?

— ¿Qué es eso que se me va otra vez? —murmuró, con voz baja—. ¿Qué es esto que se va?

Luego respondió bruscamente: «¿Enferma? No, estoy perfectamente bien», y se quedó mirando el suelo con la vista perdida.

Su marido, que no había estado del todo libre del contagio de su miedo al principio, y a quien la actual extrañeza de la actitud de ella no tendía a tranquilizar, se dirigió al pálido visitante de la capa negra, que permanecía inmóvil, con los ojos clavados en el suelo.

— ¿Qué desea usted, señor —preguntó—, de nosotros?

—Me temo que mi entrada, sin ser percibido —respondió el visitante—, les ha alarmado; pero estaban hablando y no me oyeron.

—Mi mujercita dice (quizá la oyera usted decirlo) —respondió el señor Tetterby—, que no es la primera vez esta noche que la ha alarmado.

—Lo siento mucho. Recuerdo haberla observado, unos instantes solamente, en la calle. No tuve intención de asustarla.

Al levantar él los ojos mientras hablaba, ella levantó los suyos. Era extraordinario ver el pavor que ella le tenía, y con qué pavor lo observaba él a su vez... y sin embargo con cuánta atención y minuciosidad.

—Me llamo —dijo él— Redlaw. Vengo del viejo colegio de aquí cerca. Un joven caballero que es estudiante allí se aloja en su casa, ¿no es así?

—¿El señor Denham? —dijo Tetterby.

—Sí.

Fue un gesto natural, y tan leve que apenas resultaba perceptible; pero el hombrecillo, antes de volver a hablar, se pasó la mano por la frente y miró rápidamente en torno a la habitación, como si percibiera algún cambio en su atmósfera. El Químico, transfiriéndole al instante la mirada de temor que había dirigido a la esposa, retrocedió un paso, y su rostro palideció aún más.

—El cuarto del caballero —dijo Tetterby— está arriba, señor. Hay una entrada privada más cómoda; pero puesto que ha entrado usted por aquí, le ahorrará salir al frío si toma esta escalerilla —mostrando una que comunicaba directamente con el gabinete— y sube a verlo por ahí, si desea verlo.

—Sí, deseo verlo —dijo el Químico—. ¿Puede prestarme una luz?

La vigilancia de su mirada demacrada, y la inexplicable desconfianza que la ensombrecía, parecieron turbar al señor Tetterby. Este vaciló; y mirándolo fijamente a su vez, permaneció un minuto o así como un hombre estupefacto, o fascinado.

Por fin dijo: —Le alumbraré, señor, si me sigue.

—No —replicó el Químico—, no deseo que se me acompañe, ni que se me anuncie a él. No me espera. Prefiero ir solo. Tenga la bondad de darme la luz, si puede prescindir de ella, y encontraré el camino.

En la premura con que expresó este deseo, y al tomar la vela de manos del vendedor de periódicos, lo tocó en el pecho. Retirando la mano apresuradamente, casi como si lo hubiera herido por accidente (pues no sabía en qué parte de sí residía su nuevo poder, ni cómo se transmitía, ni cómo variaba el modo de su recepción en personas distintas), se volvió y subió la escalera.

Pero al llegar arriba, se detuvo y miró hacia abajo. La esposa seguía en el mismo sitio, dando vueltas al anillo en el dedo. El marido, con la cabeza inclinada sobre el pecho, meditaba pesada y hoscamente. Los niños, todavía apiñados en torno a la madre, miraban tímidamente tras el visitante, y se apretujaban unos contra otros al verlo mirar hacia abajo.

—¡Vamos! —dijo el padre, con aspereza—. Ya basta de esto. ¡A la cama todos!

—El lugar es bastante incómodo y pequeño —añadió la madre— sin vosotros de por medio. ¡A la cama!

Toda la camada, asustada y triste, se escabulló, rezagándose al final el pequeño Johnny y el bebé. La madre, dirigiendo una mirada de desprecio en torno a la sórdida estancia, y arrojando lejos de sí los restos de la comida, se detuvo en el umbral de su tarea de recoger la mesa y se sentó, cavilando ociosa y abatidamente. El padre se refugió en el rincón de la chimenea, y removiendo con impaciencia el pequeño fuego, se inclinó sobre él como si quisiera acapararlo todo. No cruzaron una palabra.

El Químico, más pálido que antes, subía sigiloso como un ladrón, mirando hacia atrás el cambio operado abajo, y temiendo por igual seguir adelante o volver.

—¡Qué he hecho! —dijo, confuso—. ¿Qué voy a hacer?

—Ser el benefactor de la humanidad —creyó oír que una voz respondía.

Miró en derredor, pero no había nada; y un pasillo que ahora cerraba el paso de su vista al pequeño gabinete, siguió adelante, dirigiendo los ojos ante sí por el camino que llevaba.

—Solo desde anoche —murmuró sombríamente— he permanecido encerrado, y sin embargo todo me resulta extraño. Soy extraño para mí mismo. Estoy aquí, como en un sueño. ¿Qué interés tengo yo en este lugar, o en

cualquier lugar que pueda traer a mi memoria? ¡Mi mente se está quedando ciega!

Había una puerta ante él, y llamó. Invitado por una voz interior a entrar, obedeció.

—¿Es esa mi buena enfermera? —dijo la voz—. Pero no necesito preguntarlo. No hay nadie más que venga aquí.

Habló con alegría, aunque en tono lánguido, y atrajo su atención hacia un joven tendido en un diván, colocado frente a la repisa de la chimenea, de espaldas a la puerta. Una estufa mezquina y escasa, apretada y hundida como las mejillas de un enfermo, y empotrada en el centro de un hogar al que apenas lograba calentar, contenía el fuego, hacia el cual estaba vuelto su rostro. Al estar tan cerca de lo alto de la casa, batida por el viento, se consumía deprisa, con un rumor afanoso, y las cenizas encendidas caían rápidamente.

—Tintinean cuando saltan aquí fuera —dijo el estudiante, sonriendo—, así que, según los chismosos, no son ataúdes, sino bolsas de dinero. Estaré bien y rico todavía, algún día, si Dios quiere, y viviré quizá para querer a una hija llamada Milly, en recuerdo de la naturaleza más bondadosa y el corazón más gentil del mundo.

Levantó la mano como esperando que ella se la tomara, pero, debilitado, quedó inmóvil, con el rostro descansando sobre la otra mano, y no se volvió.

El Químico paseó la mirada por la estancia: por los libros y papeles del estudiante, apilados sobre una mesa en un rincón, donde ellos, y su lámpara de lectura apagada, ahora prohibida y guardada, hablaban de las horas de estudio que habían precedido a esta enfermedad, y que quizá la habían causado; por tales señales de su antigua salud y libertad, como la ropa de calle que colgaba ociosa en la pared; por aquellos recuerdos de otras escenas menos solitarias, las pequeñas miniaturas sobre la repisa de la chimenea, y el dibujo del hogar; por aquel testimonio de su emulación, quizá, en cierto modo, de su apego personal también, el grabado enmarcado de sí mismo, el espectador. Hubo un tiempo, solo ayer, en que ni uno solo de estos objetos, en su más remota asociación de interés con la figura viviente ante él, se le habría escapado a Redlaw. Ahora no eran más que objetos; o, si algún

destello de tal conexión brillaba sobre él, lo desconcertaba, sin iluminarlo, mientras permanecía mirando en derredor con una sorda perplejidad.

El estudiante, recordando la mano delgada que había permanecido tanto tiempo sin ser tomada, se incorporó en el diván, y volvió la cabeza.

—¡Señor Redlaw! —exclamó, y se puso en pie de un salto.

Redlaw extendió el brazo.

—No se me acerque. Me sentaré aquí. Quédese usted donde está.

Se sentó en una silla cerca de la puerta, y tras dirigir una mirada al joven que permanecía en pie, apoyado con la mano en el diván, habló con los ojos apartados hacia el suelo.

—Oí, por casualidad, por qué casualidad no importa, que uno de mi clase estaba enfermo y solo. No recibí más descripción de él que la de que vivía en esta calle. Comenzando mis pesquisas en la primera casa de ella, lo he encontrado.

—He estado enfermo, señor —respondió el estudiante, no ya con una modesta vacilación, sino con una especie de temor reverencial hacia él—, pero estoy mucho mejor. Un ataque de fiebre... cerebral, creo... me ha debilitado, pero estoy mucho mejor. No puedo decir que haya estado solo en mi enfermedad, pues así olvidaría la mano solícita que ha estado cerca de mí.

—Habla usted de la esposa del conserje —dijo Redlaw.

—Sí. —El estudiante inclinó la cabeza, como rindiéndole un silencioso homenaje.

El Químico, en quien había una apatía fría y monótona, que lo hacía parecerse más a una imagen de mármol sobre la tumba del hombre que ayer se había levantado de la mesa a la primera mención del caso de este estudiante, que al hombre viviente mismo, miró de nuevo al estudiante apoyado con la mano sobre el diván, y contempló el suelo, y el aire, como buscando luz para su mente cegada.

—Recordé su nombre —dijo— cuando se lo mencionó abajo, hace un momento; y recuerdo su rostro. Hemos mantenido muy poco trato personal el uno con el otro, ¿verdad?

—Muy poco.

—Se ha retirado y apartado de mí, más que cualquiera de los demás, creo.

El estudiante hizo una señal de asentimiento.

—¿Y por qué? —dijo el Químico, sin la menor expresión de interés, pero con una curiosidad hosca y caprichosa—. ¿Por qué? ¿Cómo es que ha procurado ocultar especialmente de mí el conocimiento de que permanecía aquí, en esta época, cuando todos los demás se han dispersado, y de que estaba enfermo? Quiero saber por qué es esto.

El joven, que lo había escuchado con creciente agitación, alzó sus ojos abatidos hacia el rostro de aquel, y, juntando las manos, exclamó con súbita vehemencia y labios temblorosos:

—¡Señor Redlaw! Me ha descubierto usted. ¡Conoce usted mi secreto!

—¿Secreto? —dijo el Químico, con aspereza—. ¿Yo lo sé?

—¡Sí! Su actitud, tan distinta del interés y la simpatía que le granjean el afecto de tantos corazones, su voz alterada, la coacción que hay en todo cuanto dice, y en su mirada —respondió el estudiante—, me advierten de que me conoce. Que quisiera ocultarlo, incluso ahora, no es para mí sino una prueba más (Dios sabe que no necesito ninguna) de su bondad natural y de la barrera que hay entre nosotros.

Una risa vacía y desdeñosa fue toda su respuesta.

—Pero, señor Redlaw —dijo el estudiante—, como hombre justo, y hombre bueno, piense cuán inocente soy yo, salvo en nombre y linaje, de participación en agravio alguno que se le haya infligido, o en pesar alguno que haya usted soportado.

—¡Pesar! —dijo Redlaw, riendo—. ¡Agravio! ¿Qué son esas cosas para mí?

—Por el cielo —suplicó el estudiante, encogiéndose—, no permita que el mero intercambio de unas pocas palabras conmigo lo cambie así, señor. Déjeme volver a pasar desapercibido a su conocimiento y atención. Déjeme ocupar mi antiguo lugar reservado y distante entre aquellos a quienes usted instruye. Conózcame solo por el nombre que he adoptado, y no por el de Longford...

—¡Longford! —exclamó el otro.

Se llevó ambas manos a la cabeza, y por un instante volvió hacia el joven su propio rostro inteligente y reflexivo. Pero la luz pasó de él, como el destello de un instante de sol, y volvió a nublarse como antes.

—El nombre que lleva mi madre, señor —balbuceó el joven—, el nombre que tomó, cuando quizá podría haber tomado otro más honroso. Señor Redlaw —vacilando—, creo conocer esa historia. Donde mi información se detiene, mis conjeturas sobre lo que falta pueden suplir algo no muy alejado de la verdad. Soy el hijo de un matrimonio que no ha demostrado ser bien avenido ni feliz. Desde la infancia, le he oído hablar a usted con honor y respeto... con algo que era casi reverencia. He oído hablar de tal devoción, de tal firmeza y ternura, de tal alzarse contra los obstáculos que abaten a los hombres, que mi fantasía, desde que aprendí mi pequeña lección de mi madre, ha derramado un lustre sobre su nombre. Al fin, siendo yo mismo un pobre estudiante, ¿de quién podía aprender sino de usted?

Redlaw, inmutable, inalterado, y mirándolo con un ceño fijo, no respondió con palabra ni con gesto.

—No puedo decir —prosiguió el otro—, intentaría en vano decir, cuánto me ha impresionado y conmovido hallar los trazos generosos del pasado, en ese poder cierto de ganarse la gratitud y la confianza que se asocia entre nosotros los estudiantes (entre los más humildes de nosotros, sobre todo) con el nombre generoso del señor Redlaw. Nuestras edades y posiciones son tan diferentes, señor, y estoy tan acostumbrado a considerarlo a usted desde la distancia, que me asombra mi propia presunción al rozar, por leve que sea, ese tema. Pero para alguien que... podría decir, que sintió un interés no común por mi madre en cierto tiempo... quizá algo signifique oír, ahora que todo ha pasado, con qué indescriptibles sentimientos de afecto lo he considerado, en mi oscuridad; con qué dolor y renuencia me he mantenido alejado de su estímulo, cuando una palabra de él me habría hecho rico; y sin embargo cómo he sentido que era justo que siguiera mi propio camino, contento con conocerlo, y con ser desconocido. Señor Redlaw —dijo el estudiante, débilmente—, lo que quería decir, lo he dicho mal, pues mi fuerza me es todavía extraña; pero por cualquier cosa indigna que haya en este engaño mío, permíteme, y por todo lo demás, ¡olvídeme!

El ceño fijo permaneció en el rostro de Redlaw, y no cedió a otra expresión hasta que el estudiante, con estas palabras, avanzó hacia él, como para tocarle la mano, cuando él se echó atrás y le gritó:

—¡No se me acerque!

El joven se detuvo, conmovido por la vehemencia de su retroceso, y por la severidad de su rechazo; y se pasó la mano, pensativo, por la frente.

—El pasado es pasado —dijo el Químico—. Muere como mueren los brutos. ¿Quién me habla de sus huellas en mi vida? ¡Delira o miente! ¿Qué tengo yo que ver con sus sueños desordenados? Si necesita dinero, aquí lo tiene. Vine a ofrecérselo; y eso es todo a lo que vine. No puede haber ninguna otra cosa que me traiga aquí —murmuró, sujetándose de nuevo la cabeza con ambas manos—. No *puede* haber ninguna otra cosa, y sin embargo...

Había arrojado su bolsa sobre la mesa. Mientras caía en esta oscura cavilación consigo mismo, el estudiante la tomó, y se la tendió.

—Retírela, señor —dijo, con orgullo, aunque sin enfado—. Ojalá pudiera usted quitarme, junto con ella, el recuerdo de sus palabras y su ofrecimiento.

—¿Usted quiere eso? —replicó él, con una luz salvaje en los ojos—. ¿Usted lo quiere?

—¡Lo quiero!

El Químico se acercó a él, por primera vez, y tomó la bolsa, y lo hizo volverse por el brazo, y lo miró a la cara.

—Hay pesar y turbación en la enfermedad, ¿no es así? —preguntó, con una risa.

El estudiante, asombrado, respondió: —Sí.

—¿En su desasosiego, en su ansiedad, en su incertidumbre, en todo su cortejo de miserias físicas y mentales? —dijo el Químico, con una exultación salvaje y sobrenatural—. Todo mejor olvidado, ¿no es cierto?

El estudiante no respondió, sino que de nuevo se pasó la mano, confusamente, por la frente. Redlaw todavía lo sujetaba por la manga, cuando se oyó fuera la voz de Milly.

— Ya puedo ver muy bien ahora —decía— , gracias, Dolf. No llores, querido. Padre y madre estarán bien otra vez, mañana, y el hogar estará bien también. ¡Hay un caballero con él!

Redlaw soltó su presa, al escuchar.

— He temido, desde el primer momento —murmuró para sí— , encontrarme con ella. Hay en ella una cualidad firme de bondad, que temo influir. Puedo ser el asesino de lo más tierno y mejor que hay en su pecho.

Ella llamaba a la puerta.

— ¿Descartaré esto como un vano presagio, o seguiré evitándola? —murmuró, mirando inquieto en derredor.

Ella volvía a llamar a la puerta.

— De todos los visitantes que podrían venir aquí —dijo, con voz ronca y alarmada, volviéndose hacia su compañero— , este es el que más desearía evitar. ¡Escóndame!

El estudiante abrió una puertecilla frágil en la pared, que comunicaba, donde el tejado buhardillado empezaba a inclinarse hacia el suelo, con un pequeño cuarto interior. Redlaw entró apresuradamente, y la cerró tras de sí.

El estudiante entonces volvió a su sitio en el diván, y la llamó a que entrara.

— Querido señor Edmund —dijo Milly, mirando en derredor— , me dijeron que había un caballero aquí.

— No hay nadie aquí más que yo.

— ¿Ha habido alguien?

— Sí, sí, ha habido alguien.

Ella puso su cestita sobre la mesa, y se acercó a la cabecera del diván, como para tomar la mano extendida... pero no estaba allí. Un poco sorprendida, a su modo tranquilo, se inclinó a mirarle el rostro, y le tocó suavemente la frente.

— ¿Estás igual de bien esta noche? Tu cabeza no está tan fresca como por la tarde.

— ¡Bah! —dijo el estudiante, malhumorado— , muy poco me aqueja.

Un poco más de sorpresa, pero ningún reproche, se expresó en su rostro, mientras se retiraba al otro lado de la mesa, y sacaba de la cesta un pequeño paquete de costura. Pero volvió a dejarlo, pensándolo mejor, y, moviéndose sin ruido por la habitación, puso todo exactamente en su sitio, y en el orden más pulcro; hasta los cojines del diván, que tocó con mano tan ligera que él apenas pareció advertirlo, tendido como estaba mirando el fuego. Cuando todo esto estuvo hecho, y hubo barrido el hogar, se sentó, con su modesta papalinita, a su labor, y al instante quedó tranquilamente ocupada en ella.

—Es la cortina nueva de muselina para la ventana, señor Edmund —dijo Milly, cosiendo mientras hablaba—. Se verá muy limpia y bonita, aunque cuesta muy poco, y también protegerá tus ojos de la luz. Mi William dice que la habitación no debería estar demasiado clara justo ahora, cuando te estás recuperando tan bien, no sea que el resplandor te maree.

Él no dijo nada; pero hubo algo tan quisquilloso e impaciente en su cambio de postura, que los ágiles dedos de ella se detuvieron, y lo miró con ansiedad.

—Los almohadones no están cómodos —dijo ella, dejando su labor y levantándose—. Enseguida te los arreglo.

—Están muy bien —respondió él—. Déjelos, por favor. Hace usted tanto de todo.

Levantó la cabeza para decir esto, y la miró con tan poca gratitud que, después de haberse dejado caer de nuevo, ella se quedó de pie, pausada, tímida. Sin embargo, volvió a su asiento, y a su aguja, sin haber dirigido siquiera una mirada de queja hacia él, y pronto estuvo tan ocupada como antes.

—He estado pensando, señor Edmund, que *usted* ha estado pensando a menudo últimamente, mientras yo estaba aquí sentada, en lo cierto que es el dicho de que la adversidad es buena maestra. La salud le será más preciosa, tras esta enfermedad, de lo que jamás lo ha sido. Y de aquí a años, cuando vuelva esta época del año, y recuerde los días en que yació aquí enfermo, solo, para que el conocimiento de su enfermedad no afligiera a quienes más quiere, su hogar le será doblemente querido y doblemente bendito. ¿No es eso una cosa buena y verdadera?

Estaba demasiado atenta a su labor, y demasiado sincera en lo que decía, y en conjunto demasiado sosegada y tranquila, para estar pendiente de cualquier mirada que él pudiera dirigirle en respuesta; así que la flecha de su mirada desagradecida cayó inofensiva, y no la hirió.

— ¡Ah! —dijo Milly, con su linda cabeza inclinada pensativamente a un lado, mirando hacia abajo, siguiendo sus dedos afanosos con los ojos—. Incluso a mí, y soy muy distinta de usted, señor Edmund, pues no tengo instrucción y no sé pensar bien, esta visión de las cosas me ha causado una gran impresión, desde que usted está enfermo. Cuando lo he visto tan conmovido por la bondad y atención de la pobre gente de abajo, he sentido que pensaba que incluso aquella experiencia era una especie de compensación por la pérdida de la salud, y he leído en su cara, tan claro como si fuera un libro, que si no fuera por alguna tribulación y pesar nunca conoceríamos ni la mitad del bien que nos rodea.

El levantarse él del diván la interrumpió, o ella iba a decir más.

—No necesitamos exagerar el mérito, señora William —replicó él con desdén—. A la gente de abajo se le pagará a su debido tiempo, me atrevo a decir, por cualquier pequeño servicio extra que puedan haberme prestado; y quizá no esperen menos. También le estoy muy agradecido a usted.

Los dedos de ella se detuvieron, y lo miró.

—No puedo sentirme más obligado porque usted exagere el caso —dijo él—. Soy consciente de que se ha interesado usted por mí, y digo que le estoy muy agradecido. ¿Qué más querría usted?

Su labor cayó sobre el regazo, mientras seguía mirándolo caminar de un lado a otro con aire intolerante, deteniéndose de cuando en cuando.

—Repito, le estoy muy agradecido. ¿Por qué debilitar mi sentido de lo que le debo en obligación, reclamando derechos enormes sobre mí? ¡Tribulación, pesar, aflicción, adversidad! ¡Cualquiera diría que he estado muriendo aquí veinte veces!

—¿Cree usted, señor Edmund —preguntó ella, levantándose y acercándose a él—, que hablaba de la pobre gente de la casa con alguna referencia a mí misma? ¿A mí? —poniéndose la mano en el pecho con una sonrisa sencilla e inocente de asombro.

— ¡Oh! No pienso nada al respecto, buena mujer —respondió él—. He tenido una indisposición, que su solicitud —observe, digo solicitud— hace mucho más de lo que merece; y ya ha pasado, y no podemos perpetuarla.

Tomó fríamente un libro, y se sentó a la mesa.

Ella lo observó un rato, hasta que su sonrisa se desvaneció del todo, y entonces, volviendo a donde estaba su cesta, dijo con dulzura:

— Señor Edmund, ¿preferiría estar solo?

— No hay razón para que lo retenga aquí —replicó él.

— Excepto... —dijo Milly, vacilando, mostrando su labor.

— ¡Ah, la cortina! —respondió él, con una risa desdeñosa—. No vale la pena quedarse por eso.

Ella volvió a hacer el paquetito, y lo puso en su cesta. Luego, de pie ante él con un aire de paciente súplica que lo obligó a mirarla, dijo:

— Si me necesita, volveré de buena gana. Cuando me necesitó, fui feliz de venir; no había mérito en ello. Creo que debe usted de temer que, ahora que se está recobrando, pueda yo serle molesta; pero no lo habría sido, de veras. No habría venido más de lo que durase su debilidad y confinamiento. No me debe nada; pero es justo que trate conmigo con la misma justicia que si yo fuera una dama... incluso la misma dama a la que usted ama; y si sospecha usted que hago gran mérito mezquinamente de lo poco que he procurado hacer para consolar su cuarto de enfermo, se hace usted a sí mismo más daño del que jamás podría hacerme a mí. Por eso lo siento. Por eso lo siento mucho.

Si ella hubiera sido tan apasionada como era serena, tan indignada como era tranquila, tan airada en su mirada como era gentil, tan alta de tono como era baja y clara, no habría dejado mayor huella de su marcha en la estancia, comparada con la que quedó en el solitario estudiante cuando ella se fue.

Él contemplaba abatido el lugar donde ella había estado, cuando Redlaw salió de su escondite, y se acercó a la puerta.

— Cuando la enfermedad vuelva a poner su mano sobre usted —dijo, mirándolo con fiereza hacia atrás—, ¡y ojalá sea pronto!, muera aquí. ¡Púdrase aquí!

—¿Qué ha hecho usted? —replicó el otro, agarrándose a su capa—. ¿Qué cambio ha obrado en mí? ¿Qué maldición me ha traído? ¡Devuélvame *a mí* mismo!

—¡Devuélvame a mí mismo! —exclamó Redlaw como un loco—. ¡Estoy infectado! ¡Soy infeccioso! Estoy cargado de veneno para mi propia mente, y para las mentes de toda la humanidad. Donde sentía interés, compasión, simpatía, me estoy convirtiendo en piedra. El egoísmo y la ingratitud brotan en mis pasos ponzoñosos. Solo soy tanto menos vil que los desdichados a quienes hago así, que en el momento de su transformación puedo odiarlos.

Mientras hablaba —el joven aún aferrado a su capa—, lo apartó de un empujón, y lo golpeó; luego, salió precipitadamente a la noche, donde soplab el viento, caía la nieve, se deslizaban las nubes, y brillaba débilmente la luna; y donde, soplando en el viento, cayendo con la nieve, arrastrándose con las nubes, brillando a la luz de la luna, y cerniéndose pesadamente en la oscuridad, estaban las palabras del Fantasma: «El don que te he dado, lo darás de nuevo, ¡vayas donde vayas!»

Adónde iba, ni lo sabía ni le importaba, con tal de evitar la compañía. El cambio que sentía dentro de sí convertía las calles bulliciosas en un desierto, y a sí mismo en un desierto, y a la multitud a su alrededor, en sus múltiples penurias y modos de vida, en un vasto páramo de arena, que los vientos arrojaban en montones ininteligibles y convertían en una ruinosa confusión. Aquellas huellas en su pecho que el Fantasma le había dicho que «se extinguirían pronto», no estaban aún tan lejos en su camino hacia la extinción como para que no comprendiera lo bastante lo que era, y lo que hacía de los demás, como para desear estar solo.

Esto le hizo recordar —de pronto se acordó, mientras caminaba, del muchacho que se había precipitado en su cuarto. Y entonces recordó que, de aquellos con quienes había tratado desde la desaparición del Fantasma, solo aquel muchacho no había mostrado señal alguna de estar cambiado.

Monstruoso y odioso como le resultaba aquel ser salvaje, resolvió buscarlo, y comprobar si era realmente así; y también buscarlo con otra intención, que se le ocurrió al mismo tiempo.

Así, decidiendo con cierta dificultad dónde se encontraba, dirigió sus pasos de vuelta al viejo colegio, y a aquella parte de él donde estaba el pórtico

general, y donde, solo allí, el pavimento estaba desgastado por el pisar de los pies de los estudiantes.

La casa del conserje se alzaba justo dentro de las verjas de hierro, formando parte del patio principal. Había un pequeño claustro afuera, y desde aquel lugar resguardado sabía que podría mirar por la ventana de su cuarto habitual, y ver quién estaba dentro. Las verjas de hierro estaban cerradas, pero su mano estaba familiarizada con el pestillo, y, retirándolo al meter la muñeca entre los barrotes, pasó suavemente, la volvió a cerrar, y se arrastró hasta la ventana, desmenuzando con los pies la fina costra de nieve.

El fuego, hacia el cual había dirigido al muchacho la noche anterior, brillando con fuerza a través del cristal, formaba un espacio iluminado sobre el suelo. Evitándolo instintivamente, y rodeándolo, miró por la ventana. Al principio pensó que no había nadie allí, y que el resplandor solo enrojecía las viejas vigas del techo y las paredes oscuras; pero mirando con más atención, vio el objeto de su búsqueda, ovillado y dormido delante del fuego, en el suelo. Se dirigió rápidamente a la puerta, la abrió, y entró.

La criatura yacía en un calor tan ardiente que, cuando el Químico se agachó para despertarlo, le abrasó la cabeza. En cuanto lo tocaron, el muchacho, no del todo despierto, aferrando sus harapos con el instinto de la huida, medio rodó y medio corrió hacia un rincón alejado de la habitación, donde, acurrucado en el suelo, sacó el pie para defenderse.

—¡Levántate! —dijo el Químico—. ¿No me has olvidado?

—¡Déjeme en paz! —replicó el muchacho—. Esta es la casa de la mujer, no la de usted.

La mirada firme del Químico lo dominó algo, o le inspiró suficiente sumisión para dejarse levantar y examinar.

—¿Quién las lavó, y puso esas vendas donde estaban magulladas y agrietadas? —preguntó el Químico, señalando su estado cambiado.

—La mujer lo hizo.

—¿Y es ella también quien te ha dejado la cara más limpia?

—Sí, la mujer.

Redlaw hizo estas preguntas para atraer sus ojos hacia sí, y con la misma intención lo sujetó ahora por la barbilla, y le echó hacia atrás el pelo revuelto, aunque le repugnara tocarlo. El muchacho observaba sus ojos con atención, como si creyera necesario para su propia defensa saber, sin saber qué podría hacer a continuación; y Redlaw pudo ver bien que ningún cambio se operaba en él.

—¿Dónde están? —preguntó.

—La mujer está fuera.

—Ya sé que lo está. ¿Dónde está el viejo de pelo blanco, y su hijo?

—¿Se refiere al marido de la mujer? —preguntó el muchacho.

—Sí. ¿Dónde están esos dos?

—Fuera. Algo pasa, en algún sitio. Los llamaron con prisa, y me dijeron que me quedara aquí.

—Ven conmigo —dijo el Químico—, y te daré dinero.

—¿Adónde? ¿Y cuánto me dará?

—Te daré más chelines de los que jamás hayas visto, y te traeré de vuelta pronto. ¿Sabes el camino de donde vienes?

—Suélteme —replicó el muchacho, retorciéndose de repente para zafarse de su presa—. No pienso llevarlo allí. Déjeme en paz, ¡o le tiraré fuego!

Estaba agachado ante él, listo, con su mano salvaje, para arrancar las brasas encendidas.

Lo que el Químico había sentido, al observar el efecto de su influencia hechizada que se apoderaba insidiosamente de aquellos con quienes entraba en contacto, no se acercaba ni de lejos al terror frío y vago con que vio a este monstruo de niño desafiarlo. Le heló la sangre contemplar aquella cosa inmóvil e impenetrable, con semblanza de niño, con su rostro afilado y malicioso vuelto hacia el suyo, y su mano casi infantil, presta junto a las brasas.

—¡Escucha, muchacho! —dijo—. Me llevarás donde quieras, con tal de que me lleves donde la gente sea muy desdichada o muy perversa. Quiero hacerles bien, no daño. Tendrás dinero, como te he dicho, y te traeré de

vuelta. ¡Levántate! ¡Ven, deprisa! —Dio un paso apresurado hacia la puerta, temeroso de que ella regresara.

—¿Me dejará caminar solo, y nunca me sujetará, ni tampoco me tocará?
—dijo el muchacho, retirando despacio la mano con que amenazaba, y empezando a levantarse.

—¡Lo haré!

—¿Y me dejará ir, delante, detrás, o como yo quiera?

—¡Lo haré!

—Deme el dinero primero, entonces, y váyase.

El Químico depositó unos cuantos chelines, uno a uno, en su mano extendida. Contarlos estaba más allá del conocimiento del muchacho, pero decía «uno» cada vez, y miraba con avaricia cada moneda a medida que se la daban, y al donante. No tenía dónde ponerlos, fuera de la mano, salvo en la boca; y allí los puso.

Redlaw entonces escribió con su lápiz en una hoja de su cuaderno que el muchacho estaba con él, y, dejándola sobre la mesa, le hizo una seña para que lo siguiera. Manteniendo juntos sus harapos, como de costumbre, el muchacho obedeció, y salió, con la cabeza descubierta y los pies desnudos, a la noche invernal.

Prefiriendo no salir por la verja de hierro por la que había entrado, donde corrían el riesgo de encontrarse con aquella a quien tan ansiosamente evitaba, el Químico tomó la delantera, por algunos de aquellos pasadizos entre los cuales el muchacho se había perdido, y por aquella parte del edificio donde él vivía, hasta una puertecilla de la que tenía la llave. Al llegar a la calle, se detuvo a preguntar a su guía —que se retiró al instante de él— si sabía dónde estaban.

El ser salvaje miró aquí y allá, y por fin, asintiendo con la cabeza, señaló la dirección que se proponía tomar. Al ponerse en marcha Redlaw de inmediato, lo siguió, algo menos receloso; pasándose el dinero de la boca a la mano, y de nuevo a la boca, y frotándolo furtivamente hasta sacarle brillo contra los jirones de su ropa, mientras avanzaba.

Tres veces, en su marcha, estuvieron uno junto al otro. Tres veces se detuvieron, estando uno junto al otro. Tres veces el Químico bajó los ojos ha-

cia su rostro, y se estremeció al verse asaltado por una misma reflexión.

La primera ocasión fue cuando cruzaban un viejo cementerio, y Redlaw se detuvo entre las tumbas, sin encontrar en absoluto el modo de asociarlas con pensamiento alguno tierno, suavizador o consolador.

La segunda fue cuando el resplandor naciente de la luna lo indujo a alzar los ojos a los cielos, donde la vio en su gloria, rodeada de una hueste de estrellas que aún conocía por los nombres e historias que la ciencia humana les ha adjudicado; pero donde no vio nada más de lo que solía ver, ni sintió nada de lo que solía sentir, al mirar hacia allí en una noche clara.

La tercera fue cuando se detuvo a escuchar una melodía plañidera, pero solo pudo oír una tonada, hecha manifiesta para él por el árido mecanismo de los instrumentos y sus propios oídos, sin dirigirse a ningún misterio dentro de él, sin un susurro en ella del pasado ni del futuro, tan impotente sobre él como el sonido del agua corriente del año pasado, o el fragor del viento del año pasado.

En cada uno de estos tres momentos, vio con horror que, a pesar de la vasta distancia intelectual entre ellos, y de no parecerse el uno al otro en ningún aspecto físico, la expresión del rostro del muchacho era la expresión del suyo propio.

Prosiguieron su viaje durante un tiempo —ora por lugares tan concurridos que a menudo miraba hacia atrás por encima del hombro, pensando que había perdido a su guía, pero encontrándolo generalmente a su sombra, a su otro lado; ora por caminos tan silenciosos que podría haber contado sus pasos cortos, rápidos y descalzos siguiéndolo desde atrás— hasta que llegaron a un ruinoso conjunto de casas, y el muchacho lo tocó y se detuvo.

—¡Ahí dentro! —dijo, señalando una casa donde había luces dispersas en las ventanas, y una tenue linterna en la puerta, con las palabras «Alojamiento para viajeros» pintadas en ella.

Redlaw miró en derredor; de las casas al terreno baldío sobre el que las casas se alzaban, o mejor dicho, no acababan del todo de derrumbarse, sin cercar, sin desagüe, sin luz, y bordeado por una zanja estancada; de eso, a la línea inclinada de arcos, parte de algún viaducto o puente vecino que lo rodeaba, y que iba disminuyendo gradualmente hacia ellos, hasta que el penúltimo era una mera perrera para un perro, y el último un montoncito de

ladrillos saqueados; de eso, al niño, cerca de él, encogido y tembloroso de frío, y cojeando de un piececillo, mientras enroscaba el otro alrededor de la pierna para calentárselo, aunque mirando fijamente todas estas cosas con aquella espantosa semejanza de expresión tan patente en su rostro, que Redlaw se apartó de él sobresaltado.

— ¡Ahí dentro! —dijo el muchacho, señalando de nuevo la casa—. Yo esperaré.

— ¿Me dejarán entrar? —preguntó Redlaw.

— Diga que es médico —respondió con un movimiento de cabeza—. Hay muchos enfermos aquí.

Mirando atrás de camino a la puerta de la casa, Redlaw lo vio arrastrarse por el polvo y meterse a gatas bajo el cobijo del arco más pequeño, como si fuera una rata. No sentía piedad alguna por aquella cosa, pero le tenía miedo; y cuando esta se asomó a mirarlo desde su guarida, se apresuró hacia la casa como quien busca refugio.

— Pesar, agravio y tribulación —dijo el Químico, con un esfuerzo doloroso por conseguir un recuerdo más definido— acechan al menos oscuramente este lugar. ¡Ningún mal puede hacer quien trae aquí el olvido de tales cosas!

Con estas palabras, empujó la puerta, que cedió, y entró.

Había una mujer sentada en las escaleras, dormida o desamparada, con la cabeza inclinada sobre las manos y las rodillas. Como no era fácil pasar sin pisarla, y como ella era del todo indiferente a su cercana llegada, se detuvo, y la tocó en el hombro. Al alzar la vista, ella le mostró un rostro bastante joven, pero cuya lozanía y promesa habían sido del todo arrasadas, como si el crudo invierno hubiera matado antinaturalmente la primavera.

Sin mostrar apenas ninguna preocupación por él, se corrió más cerca de la pared, dejándole un paso más ancho.

— ¿Qué eres? —dijo Redlaw, deteniéndose, con la mano en la barandilla rota.

— ¿Qué crees que soy? —respondió ella, volviendo a mostrarle el rostro.

Él contempló el Templo de Dios en ruinas, tan recién hecho, tan pronto desfigurado; y algo, que no era compasión —pues los manantiales de donde brota la verdadera compasión ante tales miserias se habían secado en su pecho—, pero que era, por el momento, más próximo a ella que cualquier sentimiento que últimamente hubiera pugnado por abrirse paso en la noche cada vez más oscura, aunque aún no del todo oscurecida, de su mente, mezcló un toque de suavidad en sus siguientes palabras.

—He venido aquí a dar socorro, si puedo —dijo—. ¿Piensas en algún agravio?

Ella le frunció el ceño, y luego rió; y luego su risa se prolongó en un suspiro tembloroso, mientras dejaba caer de nuevo la cabeza, y escondía los dedos en el pelo.

—¿Piensas en algún agravio? —preguntó de nuevo.

—Pienso en mi vida —dijo ella, con una mirada momentánea hacia él.

Él tuvo la percepción de que ella era una entre muchas, y de que veía el tipo de miles, al verla a ella, desfallecida a sus pies.

—¿Qué son tus padres? —preguntó.

—Tuve un buen hogar en otro tiempo. Mi padre era jardinero, lejos, en el campo.

—¿Ha muerto?

—Está muerto para mí. Todas esas cosas están muertas para mí. ¡Un caballero como usted, y no saber eso! —Volvió a alzar los ojos, y se rió de él.

—¡Muchacha! —dijo Redlaw, con severidad—. Antes de que se produjera esta muerte de todas esas cosas, ¿no hubo agravio alguno hecho contra ti? A pesar de todo lo que puedas hacer, ¿no se te aferra ningún recuerdo de agravio? ¿No hay veces y veces en que esto es para ti una desdicha?

Quedaba tan poco de femenino en su aspecto, que ahora, cuando ella rompió a llorar, él se quedó atónito. Pero se asombró más, y se inquietó mucho más, al notar que, en su despertado recuerdo de este agravio, aparecía el primer rastro de su vieja humanidad y ternura congelada.

Se apartó un poco, y al hacerlo, observó que tenía los brazos amoratados, el rostro cortado, y el pecho magullado.

—¿Qué mano brutal te ha lastimado así? —preguntó.

—La mía. ¡Me lo hice yo misma! —respondió rápidamente.

—Es imposible.

—¡Le juro que lo hice yo! Él no me tocó. Me lo hice a mí misma en un arrebato, y me tiré aquí. Él no estaba cerca de mí. ¡Jamás me puso una mano encima!

En la blanca determinación de su rostro, encarándolo con esta mentira, él vio suficiente de la última perversión y distorsión del bien que sobrevivía en aquel pecho desdichado, como para quedar herido de remordimiento por haberse acercado a ella siquiera.

—¡Pesar, agravio y tribulación! —murmuró, apartando su temerosa mirada—. Todo lo que la vincula al estado del que ha caído, tiene esas raíces. ¡En nombre de Dios, déjeme pasar!

Temeroso de mirarla otra vez, temeroso de tocarla, temeroso de pensar que había cortado el último hilo por el cual ella se sostenía sobre la misericordia del Cielo, se ciñó la capa y se deslizó rápidamente escaleras arriba.

Frente a él, en el rellano, había una puerta, entreabierta, y que, según subía, un hombre con una vela en la mano se adelantaba desde dentro para cerrar. Pero este hombre, al verlo, retrocedió, con mucha emoción en su actitud, y, como por un impulso repentino, pronunció su nombre en voz alta.

En la sorpresa de tal reconocimiento allí, se detuvo, esforzándose por recordar aquel rostro pálido y sobresaltado. No tuvo tiempo de considerarlo, pues, para su asombro aún mayor, el viejo Philip salió de la habitación, y lo tomó de la mano.

—Señor Redlaw —dijo el anciano—, esto es propio de usted, esto es propio de usted, señor. Se ha enterado de esto, y ha venido tras nosotros a prestar la ayuda que pueda. ¡Ah, demasiado tarde, demasiado tarde!

Redlaw, con mirada aturdida, se dejó llevar a la habitación. Un hombre yacía allí, en un catre, y William Swidger permanecía junto a la cama.

—¡Demasiado tarde! —murmuró el anciano, mirando con anhelo el rostro del Químico; y las lágrimas se le deslizaban por las mejillas.

—Eso digo yo, padre —terció su hijo en voz baja—. Ahí está la cosa, exactamente. Manternos tan callados como podamos mientras él dormita, es lo único que se puede hacer. Tienes razón, padre.

Redlaw se detuvo junto a la cama, y miró hacia abajo, hacia la figura tendida sobre el colchón. Era la de un hombre que debería haber estado en el vigor de su vida, pero sobre quien no era probable que el sol volviera a brillar jamás. Los vicios de su carrera de cuarenta o cincuenta años lo habían marcado de tal modo que, en comparación con sus efectos sobre su rostro, la pesada mano del Tiempo sobre el rostro del anciano que lo velaba había sido misericordiosa y embellecedora.

—¿Quién es este? —preguntó el Químico, mirando en derredor.

—Mi hijo George, señor Redlaw —dijo el anciano, retorciéndose las manos—. Mi hijo mayor, George, que era el orgullo de su madre más que todos los demás.

Los ojos de Redlaw vagaron desde la cabeza gris del anciano, mientras la reclinaba sobre la cama, hasta la persona que lo había reconocido, y que se había mantenido apartada, en el rincón más remoto de la habitación. Parecía tener su misma edad; y aunque no conocía a nadie tan sin esperanza, tan decaído y quebrantado como aquel hombre parecía ser, había algo en el giro de su figura, mientras permanecía de espaldas a él y ahora salía por la puerta, que le hizo pasarse la mano inquieto por la frente.

—William —dijo en un susurro sombrío—, ¿quién es ese hombre?

—Pues verá usted, señor —respondió el señor William—, eso digo yo mismo. ¿Por qué habrá de ir un hombre a jugarse el dinero, y cosas así, y dejarse caer palmo a palmo hasta que ya no pueda caer más bajo?

—¿Ha hecho *él* eso? —preguntó Redlaw, mirando tras él con la misma inquietud de antes.

—Exactamente eso, señor —respondió William Swidger—, según me han dicho. Sabe algo de medicina, señor, según parece; y habiendo venido de camino hacia Londres con mi desdichado hermano que ve usted aquí —el señor William se pasó la manga de la chaqueta por los ojos—, y alojándose arriba por esta noche —lo que digo, ve usted, es que a veces se juntan aquí compañeros extraños—, entró a atenderlo y vino a buscarnos a peti-

ción suya. ¡Qué espectáculo tan lamentable, señor! Pero ahí está la cosa. ¡Es suficiente para matar a mi padre!

Redlaw alzó la vista, ante estas palabras, y, recordando dónde estaba y con quién, y el hechizo que llevaba consigo —que su sorpresa había oscurecido—, se retiró un poco, apresuradamente, debatiéndose consigo mismo sobre si huir de la casa en ese mismo instante, o permanecer.

Cediendo a una cierta obstinación hosca, que parecía formar parte de su condición contra la que debía luchar, se decidió a favor de quedarse.

—¿Fue solo ayer —dijo— cuando observé que la memoria de este anciano era un tejido de pesar y tribulación, y he de temer, esta noche, sacudirla? ¿Son tan preciosos para este moribundo aquellos recuerdos que yo puedo hacer desaparecer, que he de temer por *él*? ¡No! Me quedaré aquí.

Pero se quedó con miedo y temblor a pesar de estas palabras; y, envuelto en su capa negra con el rostro vuelto de ellos, se mantuvo apartado de la cama, escuchando lo que decían, como si se sintiera un demonio en aquel lugar.

—¡Padre! —murmuró el enfermo, reponiéndose un poco del estupor.

—¡Hijo mío! ¡Mi hijo George! —dijo el viejo Philip.

—Hablabas, hace un momento, de que yo era el favorito de madre, hace mucho tiempo. ¡Es terrible pensar ahora, en aquel tiempo pasado!

—No, no, no —replicó el anciano—. Piensa en ello. No digas que es terrible. No me resulta terrible a mí, hijo mío.

—Te parte el corazón, padre. —Pues las lágrimas del anciano caían sobre él.

—Sí, sí —dijo Philip—, así es; pero me hace bien. Es un pesar grave pensar en aquel tiempo, pero me hace bien, George. ¡Oh, piensa tú también en ello, piensa también en ello, y tu corazón se ablandará cada vez más! ¿Dónde está mi hijo William? William, hijo mío, tu madre lo quiso entrañablemente hasta el final, y con su último aliento dijo: «Dile que lo perdoné, que lo bendije, y que recé por él.» Esas fueron sus palabras para mí. Jamás las he olvidado, ¡y tengo ochenta y siete años!

—¡Padre! —dijo el hombre en el lecho—. Me estoy muriendo, lo sé. Estoy tan hundido que apenas puedo hablar, ni siquiera de aquello en que más piensa mi mente. ¿Hay alguna esperanza para mí más allá de este lecho?

—Hay esperanza —respondió el anciano— para todos los que se ablandan y se arrepienten. Hay esperanza para todos ellos. ¡Oh! —exclamó, juntando las manos y mirando hacia arriba—, estaba agradecido, solo ayer, de poder recordar a este hijo desdichado cuando era un niño inocente. ¡Pero qué consuelo es, ahora, pensar que hasta el mismo Dios tiene ese recuerdo de él!

Redlaw se cubrió el rostro con las manos, y se encogió, como un asesino.

—¡Ah! —gimió débilmente el hombre en el lecho—. ¡El desperdicio desde entonces, el desperdicio de la vida desde entonces!

—Pero fue un niño una vez —dijo el anciano—. Jugaba con otros niños. Antes de acostarse por la noche, y caer en su descanso inocente, decía sus oraciones a las rodillas de su pobre madre. Lo vi hacerlo, muchas veces; y la vi apoyarle la cabeza en el pecho, y besarlo. Por doloroso que fuera para ella y para mí pensar en esto, cuando se torció tanto, y cuando nuestras esperanzas y planes para él quedaron todos destrozados, esto le daba todavía un asidero sobre nosotros que nada más podría haberle dado. ¡Oh, Padre, tanto mejor que los padres de la tierra! ¡Oh, Padre, tanto más afligido por los errores de tus hijos! ¡Recibe de vuelta a este descarriado! No como es ahora, sino como era entonces, deja que clame a Ti, como tan a menudo ha parecido clamarnos a nosotros!

Mientras el anciano alzaba sus manos temblorosas, el hijo por quien elevaba la súplica reclinó su cabeza hundida contra él, buscando apoyo y consuelo, como si fuera en verdad el niño de quien hablaba.

¡Cuándo tembló un hombre jamás como tembló Redlaw, en el silencio que siguió! Sabía que aquello había de sobrevenirles, sabía que se acercaba rápido.

—Mi tiempo es muy corto, mi aliento más corto todavía —dijo el enfermo, sosteniéndose sobre un brazo, y tanteando el aire con el otro—, y recuerdo que hay algo en mi mente respecto al hombre que estaba aquí hace

un momento. Padre y William, ¡esperad! ¿Hay realmente algo de negro ahí fuera?

—Sí, sí, es real —dijo su anciano padre.

—¿Es un hombre?

—Lo que yo digo, George —terció su hermano, inclinándose bondadosamente sobre él—. Es el señor Redlaw.

—Creí que lo había soñado. Pídele que venga aquí.

El Químico, más pálido que el moribundo, apareció ante él. Obedeciendo al gesto de su mano, se sentó en la cama.

—Se me ha desgarrado tanto, esta noche, señor —dijo el enfermo, poniéndose la mano en el pecho, con una mirada en la que se concentraba la muda agonía suplicante de su condición—, con la vista de mi pobre anciano padre, y el pensamiento de todo el mal del que he sido causa, y de todo el agravio y el pesar que pesan sobre mi cabeza, que...

¿Era el extremo al que había llegado, o era el albor de otro cambio, lo que lo hizo detenerse?

—...que lo que *pueda* hacer bien, con mi mente corriendo así, tan rápido, lo intentaré hacer. Había otro hombre aquí. ¿Lo vio usted?

Redlaw no pudo responder con palabra alguna; pues cuando vio aquella señal fatal que ahora tan bien conocía, la de la mano vagando sobre la frente, la voz se le murió en los labios. Pero hizo alguna indicación de asentimiento.

—Está sin un penique, hambriento, y desamparado. Está completamente hundido, y no tiene recurso alguno. ¡Cuide de él! ¡No pierda tiempo! Sé que tiene en la mente matarse.

Estaba obrando. Estaba en su rostro. Su rostro cambiaba, endureciéndose, ahondándose en todos sus matices, y perdiendo todo su pesar.

—¿No lo recuerda? ¿No lo conoce? —prosiguió.

Se tapó el rostro un momento, con la mano que de nuevo vagaba por su frente, y luego bajó la vista hacia Redlaw, descarado, rufianesco, e insensible.

— ¡Vaya, m-l-dito sea! —dijo, mirando en derredor con el ceño—, ¿qué me ha estado haciendo usted aquí? He vivido con audacia, y pienso morir con audacia. ¡Al diablo con usted!

Y así se echó en su lecho, y se puso los brazos sobre la cabeza y las orejas, decidido desde ese momento a impedir todo acceso, y a morir en su indiferencia.

Si a Redlaw lo hubiera fulminado un rayo, no podría haberlo apartado de la cama con una sacudida más tremenda. Pero el anciano, que había dejado la cama mientras su hijo le hablaba, ahora regresaba, apartándose de ella también con rapidez, y con repugnancia.

— ¿Dónde está mi hijo William? —dijo el anciano apresuradamente—. William, apártate de aquí. Nos iremos a casa.

— ¡A casa, padre! —respondió William—. ¿Vas a dejar a tu propio hijo?

— ¿Dónde está mi propio hijo? —replicó el anciano.

— ¿Dónde? ¡Pues ahí!

— Ese no es hijo mío —dijo Philip, temblando de resentimiento—. Ningún desdichado así tiene derecho alguno sobre mí. Mis hijos son agradables de ver, y me atienden, y me preparan la comida y la bebida, y me son útiles. ¡Tengo derecho a ello! ¡Tengo ochenta y siete años!

— Ya eres bastante viejo para no serlo más —murmuró William, mirándolo con recelo, con las manos en los bolsillos—. No sé qué bien haces tú, la verdad. Podríamos tener mucho más placer sin ti.

— ¡*Mi* hijo, señor Redlaw! —dijo el anciano—. ¡*Mi* hijo, también! ¡El muchacho hablándome de *mi* hijo! Pues, ¿qué ha hecho él jamás para darme algún placer, quisiera yo saber?

— No sé qué has hecho tú jamás para darme placer *a mí* —dijo William, hosco.

— Déjame pensar —dijo el anciano—. ¿Cuántas Navidades seguidas he estado sentado en mi lugar calentito, sin tener que salir jamás al aire frío de la noche; y he hecho buena vida, sin que me perturbara ninguna vista tan incómoda y desdichada como la de él ahí? ¿Son veinte, William?

—Más cerca de cuarenta, parece —murmuró—. Vaya, cuando miro a mi padre, señor, y me pongo a pensarlo —dirigiéndose a Redlaw, con una impaciencia e irritación del todo nuevas—, que me aspen si veo en él otra cosa que un calendario de no sé cuántos años de comer y beber, y ponerse cómodo, una vez tras otra.

—Yo... yo tengo ochenta y siete años —dijo el anciano, divagando, pueril y débilmente—, y no sé que jamás me haya alterado mucho por nada. No voy a empezar ahora, por lo que él llama mi hijo. No es mi hijo. He tenido un montón de buenos ratos. Recuerdo una vez... no, no lo recuerdo... no, se me ha ido. Era algo sobre un partido de críquet y un amigo mío, pero se me ha ido de algún modo. Me pregunto quién sería... supongo que me caía bien. Y me pregunto qué habrá sido de él... supongo que murió. Pero no lo sé. Y tampoco me importa; no me importa lo más mínimo.

En su somnolienta risita, y en el vaivén de su cabeza, se metió las manos en los bolsillos del chaleco. En uno de ellos encontró un trocito de acebo (dejado allí, probablemente, la noche anterior), que sacó ahora, y miró.

—¿Bayas, eh? —dijo el anciano—. ¡Ah! Es una lástima que no sean buenas para comer. Recuerdo, cuando yo era un chiquillo así de alto, y salía a pasear con... a ver... ¿con quién salía yo a pasear?... no, no recuerdo cómo era eso. No recuerdo haber paseado nunca con nadie en particular, ni haber querido a nadie, ni que nadie me quisiera a mí. ¿Bayas, eh? Hay buena fiesta cuando hay bayas. Bueno; debería tener mi parte de ello, y que me atendieran, y me mantuvieran caliente y cómodo; pues tengo ochenta y siete años, y soy un pobre anciano. Tengo ochen-ta-y-siete. ¡Ochen-ta-y-siete!

La manera babeante y lastimosa con que, al repetir esto, mordisqueaba las hojas, y escupía los pedacitos; el ojo frío y desinteresado con que lo observaba su hijo menor (tan cambiado); la apatía decidida con que su hijo mayor yacía endurecido en su pecado; no se imprimieron más en la observación de Redlaw, pues rompió a huir del sitio al que sus pies parecían haber quedado clavados, y salió corriendo de la casa.

Su guía salió arrastrándose de su refugio, y estaba listo para él antes de que llegara a los arcos.

—¿De vuelta a casa de la mujer? —inquirió.

— ¡De vuelta, deprisa! —respondió Redlaw—. ¡No te detengas en ningún sitio por el camino!

Por un breve trecho el muchacho fue delante; pero su regreso fue más una huida que una caminata, y era cuanto podían hacer sus pies desnudos para mantener el paso con las zancadas apresuradas del Químico. Encogiéndose de todos los que pasaban, envuelto en su capa, y ciñéndosela apretadamente, como si hubiera contagio mortal en cualquier roce ondeante de sus prendas, no hizo alto hasta llegar a la puerta por la que habían salido. La abrió con su llave, entró, acompañado por el muchacho, y se apresuró por los pasadizos oscuros hasta su propia habitación.

El muchacho lo observó mientras aseguraba la puerta, y se retiró tras la mesa, cuando él miró en derredor.

— ¡Vamos! —dijo—. ¡No me toque! No me ha traído aquí para quitarme el dinero.

Redlaw arrojó algo más al suelo. El muchacho lanzó su cuerpo sobre ello de inmediato, como para ocultárselo, no fuera que la vista de ello lo tentara a reclamarlo; y no hasta que lo vio sentado junto a su lámpara, con el rostro oculto entre las manos, empezó furtivamente a recogerlo. Cuando lo hubo hecho, se acercó sigiloso al fuego, y, sentándose en un gran sillón frente a él, sacó del pecho unos trozos rotos de comida, y se puso a masticar, y a mirar fijamente la llama, y de cuando en cuando a echar una ojeada a sus che-lines, que mantenía apretados en un puñado, en una mano.

— Y este —dijo Redlaw, contemplándolo con creciente repugnancia y miedo—, ¡es el único compañero que me queda en la tierra!

Cuánto tiempo pasó antes de que lo sacaran de su contemplación de aquella criatura, a la que tanto temía —si media hora, o media noche— no lo supo. Pero la quietud de la habitación se rompió cuando el muchacho (a quien había visto escuchando) se levantó de un salto, y corrió hacia la puerta.

— ¡Ahí viene la mujer! —exclamó.

El Químico lo detuvo en su camino, en el momento en que ella llamaba.

— Déjeme ir a verla, ¿quiere? —dijo el muchacho.

— Ahora no — respondió el Químico — . Quédate aquí. Nadie debe pasar ni salir de esta habitación ahora. ¿Quién es?

— Soy yo, señor — gritó Milly — . ¡Por favor, señor, déjeme entrar!

— ¡No! ¡Por nada del mundo! — dijo él.

— Señor Redlaw, señor Redlaw, por favor, señor, déjeme entrar.

— ¿Qué ocurre? — dijo él, sujetando al muchacho.

— El hombre desdichado que vio usted está peor, y nada de lo que yo diga logra despertarlo de su terrible ofuscación. El padre de William se ha vuelto pueril en un instante, el propio William está cambiado. El golpe ha sido demasiado repentino para él; no logro entenderlo; no es él mismo. ¡Oh, señor Redlaw, por favor, aconséjeme, ayúdeme!

— ¡No! ¡No! ¡No! — respondió él.

— ¡Señor Redlaw! ¡Querido señor! George ha estado murmurando, entre dormido, sobre el hombre que vio usted allí, quien, teme, se matará.

— Mejor que lo haga, a que se acerque a mí.

— Dice, en su delirio, que usted lo conoce; que fue amigo suyo una vez, hace mucho tiempo; que es el padre arruinado de un estudiante de aquí... me temo que del joven caballero que ha estado enfermo. ¿Qué se puede hacer? ¿Cómo seguirlo? ¿Cómo salvarlo? Señor Redlaw, por favor, oh, por favor, ¡aconséjeme! ¡Ayúdeme!

Durante todo este tiempo él sujetaba al muchacho, que estaba medio enloquecido por pasar junto a él y dejarla entrar.

— ¡Fantasmas! ¡Castigadores de pensamientos impíos! — gritó Redlaw, mirando en derredor angustiado — . ¡Miradme! De la oscuridad de mi mente, dejad que el destello de contrición que sé que allí existe brille y muestre mi miseria. En el mundo material, según he enseñado durante largo tiempo, nada puede suprimirse; ningún paso ni átomo en la maravillosa estructura podría perderse, sin que se produjera un vacío en el gran universo. Sé, ahora, que es lo mismo con el bien y el mal, la felicidad y el pesar, en las memorias de los hombres. ¡Compadecedme! ¡Aliviadme!

No hubo respuesta, salvo su «¡Ayúdeme, ayúdeme, déjeme entrar!», y el muchacho forcejeando por llegar hasta ella.

—¡Sombra de mí mismo! ¡Espíritu de mis horas más oscuras! —gritó Redlaw, desatinado—, ¡vuelve, y persígueme de día y de noche, pero llévate este don! O, si ha de quedarse conmigo aún, prívame del terrible poder de dárselo a otros. Deshaz lo que he hecho. Déjame en tinieblas, pero devuelve el día a aquellos a quienes he maldecido. Como he preservado a esta mujer desde el principio, y como jamás volveré a salir, sino que moriré aquí, sin mano alguna que me atienda, salvo la de esta criatura que es inmune a mí... ¡óyeme!

La única respuesta seguía siendo el muchacho forcejeando por llegar hasta ella, mientras él lo retenía; y el grito, creciendo en su energía: «¡Ayuda! Déjeme entrar. Fue amigo suyo una vez, ¿cómo se lo seguirá, cómo se lo salvará? Todos están cambiados, no hay nadie más que me ayude, ¡por favor, por favor, déjeme entrar!»

CAPÍTULO III. EL DON REVOCADO

La noche pesaba aún en el cielo. En las llanuras abiertas, desde las cimas de las colinas y desde las cubiertas de solitarios barcos en la mar, se divisaba en el confín brumoso una lejana línea baja que prometía trocarse pronto en luz; pero su promesa era remota y dudosa, y la luna pugnaba afanosa con los nubarrones de la noche.

Las sombras que cubrían el ánimo de Redlaw se sucedían unas a otras, espesas y raudas, y oscurecían su luz como los nubarrones nocturnos se cernían entre la luna y la tierra, y mantenían a esta velada en tinieblas. Tan intermitentes e inciertos como las sombras que proyectan esos nubarrones eran sus ocultamientos ante él y sus imperfectas revelaciones; y, como los nubarrones también, si la luz clara asomaba un instante, era solo para que ellos la barrieran y ahondaran las tinieblas más que antes.

Fuera reinaba un silencio hondo y solemne sobre la antigua mole del edificio, y sus contrafuertes y esquinas trazaban sobre el suelo oscuras formas de misterio que ora parecían retirarse hacia la tersa nieve blanca, ora surgir de ella, según la senda de la luna se veía más o menos acosada. Dentro, la estancia del Químico estaba imprecisa y sombría a la luz de la lámpara agonizante; un silencio espectral había sucedido a los golpes y a la voz de fuera; nada se oía salvo, de tanto en tanto, un leve rumor entre las blanqueadas cenizas del fuego, como si este exhalara su último aliento. Ante él, en el suelo, yacía el niño profundamente dormido. En su sillón estaba sentado el Químico, tal como había estado desde que cesaran las llamadas a su puerta, como un hombre convertido en piedra.

En tal momento, la música de Navidad que había oído antes empezó a sonar. La escuchó al principio como la había escuchado en el camposanto;

pero al poco —sonando aún, y llegándole en el aire nocturno con una melodía baja, dulce y melancólica— se levantó y quedó en pie, extendiendo las manos a su alrededor, como si algún amigo se aproximara a su alcance, sobre quien su contacto desolado pudiera posarse sin causar daño. Al hacerlo, su rostro se tornó menos rígido y asombrado; un suave temblor lo invadió; y al fin sus ojos se llenaron de lágrimas, y se los cubrió con las manos, e inclinó la cabeza.

Su memoria del dolor, del agravio y de la pena no había vuelto a él; sabía que no le había sido restituida; no abrigaba pasajera creencia ni esperanza de que así fuera. Pero cierto mudo estremecimiento interior lo hacía de nuevo capaz de conmoverse por lo que se ocultaba, allá lejos, en la música. Aunque solo fuese porque le hablaba con tristeza del valor de lo que había perdido, dio gracias al Cielo por ello con ferviente gratitud.

Al morir en su oído el último acorde, alzó la cabeza para escuchar su vibración persistente. Más allá del niño, de suerte que la figura dormida quedaba a sus pies, se erguía el Fantasma, inmóvil y silencioso, con los ojos fijos en él.

Espantoso era, como siempre lo había sido, pero no tan cruel ni implacable en su aspecto —o eso pensó, o eso esperó, al contemplarlo tembloroso. No estaba solo, sino que en su sombría mano sostenía otra mano.

¿Y de quién era aquella? ¿Era en verdad de Milly la forma que estaba a su lado, o solo su sombra y su imagen? La serena cabeza se inclinaba un poco, como era su costumbre, y sus ojos miraban hacia abajo, como con lástima, al niño dormido. Una luz radiante caía sobre su rostro, pero no rozaba al Fantasma; pues, aun estando muy cerca de ella, seguía oscuro e incoloro como siempre.

—¡Espectro! —dijo el Químico, turbado de nuevo al mirar—, no he sido terco ni presuntuoso respecto de ella. Oh, no la traigas aquí. ¡Ahórrame eso!

—Esto no es más que una sombra —dijo el Fantasma—; cuando brille la mañana, busca la realidad cuya imagen presento ante ti.

—¿Es esa mi inexorable condena? —clamó el Químico.

—Lo es —repuso el Fantasma.

— ¡Destruir su paz, su bondad; hacerla como yo mismo soy, y como he hecho a los demás!

— He dicho que la busques —replicó el Fantasma—. No he dicho más.

— Oh, dime —exclamó Redlaw, aferrándose a la esperanza que imaginaba oculta en aquellas palabras—. ¿Puedo deshacer lo que he hecho?

— No —repuso el Fantasma.

— No pido que se me restituya a mí mismo —dijo Redlaw—. Lo que abandoné, lo abandoné por mi libre voluntad, y con justicia lo he perdido. Pero por aquellos a quienes he traspasado el don fatal; que nunca lo buscaron; que sin saberlo recibieron una maldición de la que no tuvieron aviso, y que no tuvieron poder para eludir; ¿nada puedo hacer?

— Nada —dijo el Fantasma.

— Si yo no puedo, ¿puede alguien?

El Fantasma, erguido como una estatua, mantuvo un rato la mirada fija en él; luego volvió la cabeza de súbito y miró la sombra que tenía al lado.

— ¡Ah! ¿Puede ella? —exclamó Redlaw, mirando todavía la sombra.

El Fantasma soltó la mano que hasta entonces había retenido, y alzó suavemente la suya con un ademán de despedida. Ante aquello, la sombra de ella, conservando aún la misma actitud, empezó a moverse o a disolverse.

— Detente —gritó Redlaw con un fervor al que no lograba dar bastante expresión—. ¡Un momento! ¡Por piedad! Sé que algún cambio se obró en mí cuando esos sonidos flotaban en el aire hace un instante. Dime, ¿he perdido el poder de dañarla? ¿Puedo acercarme a ella sin temor? ¡Oh, deja que me dé alguna señal de esperanza!

El Fantasma miró la sombra, igual que él —no a él—, y no dio respuesta.

— Al menos, di esto: ¿tiene ella, de aquí en adelante, conciencia de algún poder para enmendar lo que he hecho?

— No la tiene —respondió el Fantasma.

— ¿Le ha sido otorgado el poder sin la conciencia de él?

— Búscala —respondió el Fantasma.

Y la sombra de ella se desvaneció lentamente.

De nuevo estaban frente a frente, mirándose el uno al otro tan intensa y pavorosamente como en el momento del otorgamiento del don, por encima del niño que aún yacía en el suelo entre ambos, a los pies del Fantasma.

—Terrible instructor —dijo el Químico, hincándose de rodillas ante él en actitud de súplica—, tú que me repudiaste, pero que me visitas de nuevo (en lo cual, y en cuyo aspecto más benigno, quisiera creer que hay para mí un destello de esperanza), obedeceré sin preguntar, rogando que el clamor que he elevado en la angustia de mi alma haya sido, o sea, oído en favor de aquellos a quienes he dañado más allá de toda reparación humana. Pero hay una cosa...

—Me hablas de lo que aquí yace —interpuso el Fantasma, y señaló con el dedo al niño.

—Así es —repuso el Químico—. Sabes lo que quisiera preguntar. ¿Por qué solo este niño ha resistido a mi influjo, y por qué, por qué, he descubierto en sus pensamientos una terrible hermandad con los míos?

—Este —dijo el Fantasma, señalando al niño— es la última y más acabada muestra de una criatura humana enteramente privada de los recuerdos que tú has cedido. Ninguna memoria dulcificadora del dolor, del agravio o de la pena entra aquí, porque este mísero mortal ha sido, desde su nacimiento, abandonado a una condición peor que la de las bestias, y no tiene, dentro de cuanto conoce, un solo contraste, un solo toque humanizador que haga brotar un grano de tal memoria en su endurecido pecho. Todo en esta criatura desolada es yermo desierto. Todo en el hombre privado de lo que tú has renunciado es el mismo yermo desierto. ¡Ay de tal hombre! ¡Ay, diez veces, de la nación que cuente a sus monstruos, como este que aquí yace, por centenares y por millares!

Redlaw se encogió, horrorizado, ante lo que oía.

—No hay —dijo el Fantasma— uno solo de estos, ni uno solo, que no siembre una cosecha que la humanidad HABRÁ de segar. De cada semilla de mal en este niño crece un campo de ruina que será recogido, y almacenado, y sembrado de nuevo en muchos lugares del mundo, hasta que comarcas enteras se cubran de maldad bastante para alzar las aguas de otro Diluvio.

El asesinato abierto e impune en las calles de una ciudad sería menos culpable, en su tolerancia diaria, que un solo espectáculo como este.

Parecía mirar al niño en su sueño. También Redlaw lo miró con una emoción nueva.

—No hay padre —dijo el Fantasma— junto al cual, en su paseo diurno o nocturno, pasen estas criaturas; no hay madre entre todas las filas de madres amorosas de esta tierra; no hay nadie que haya salido de la infancia que no sea responsable, en su grado, de esta enormidad. No hay país en toda la tierra sobre el cual no atraiga una maldición. No hay religión sobre la tierra que no reniegue; no hay pueblo sobre la tierra al que no avergüence.

El Químico juntó las manos y miró, con tembloroso temor y lástima, del niño dormido al Fantasma, que se erguía sobre él con el dedo apuntando hacia abajo.

—Contempla, te digo —prosiguió el Espectro—, el tipo perfecto de lo que tú elegiste ser. Tu influjo es impotente aquí, porque del pecho de este niño nada puedes desterrar. Sus pensamientos han estado en «terrible hermandad» con los tuyos, porque tú has descendido a su nivel antinatural. Él es el fruto de la indiferencia del hombre; tú eres el fruto de la presunción del hombre. El benéfico designio del Cielo queda, en ambos casos, derribado, y desde los dos polos del mundo inmaterial venís a juntaros.

El Químico se inclinó hacia el suelo junto al niño, y, con la misma clase de compasión por él que ahora sentía por sí mismo, lo cubrió mientras dormía, y ya no se apartó de él con aborrecimiento ni indiferencia.

Pronto, ya, la lejana línea del horizonte se aclaró, las tinieblas se difuminaron, el sol se alzó rojo y glorioso, y las chimeneas y aguilonos del antiguo edificio relucieron en el aire límpido, que trocaba el humo y el vaho de la ciudad en una nube de oro. Hasta el reloj de sol de su rincón umbrío, donde el viento solía girar con tan poco airosa constancia, se sacudió las finas partículas de nieve que se le habían acumulado sobre el viejo y macilento rostro durante la noche, y contempló las blancas guirnaldillas que se arremolinaban en torno a él. Sin duda algún ciego tanteo de la mañana se abrió paso hasta la olvidada cripta, tan fría y terrosa, donde los arcos normandos estaban medio enterrados en el suelo, y removió la savia mortecina de la perezosa vegetación colgada de los muros, y avivó el lento principio

de vida en el pequeño mundo de maravillosa y delicada creación que allí existía, con algún tenue conocimiento de que el sol había salido.

Los Tetterby estaban en pie y en faena. El señor Tetterby quitó los postigos de la tienda y, tira a tira, reveló los tesoros del escaparate a los ojos, tan a prueba de sus seducciones, de los Jerusalem Buildings. Adolphus llevaba ya tanto rato fuera que iba camino de agotar el «Morning Pepper». Cinco pequeños Tetterby, cuyos diez ojos redondos estaban muy irritados por el jabón y la fricción, padecían el tormento de un lavado frío en la trascocina, presididos por la señora Tetterby. Johnny, a quien empujaban y zarandeaban en su aseo con gran rapidez cuando Moloch se hallaba en vena exigente (lo cual era siempre el caso), se tambaleaba de acá para allá con su carga ante la puerta de la tienda, bajo mayores dificultades que de costumbre; pues el peso de Moloch se veía muy aumentado por una complicación de defensas contra el frío, compuesta de labores de estambre, que formaban una completa cota de malla, con yelmo y polainas azules.

Era una peculiaridad de este bebé el estar siempre echando los dientes. Si nunca le salían, o si le salían y volvían a marcharse, no consta; pero desde luego había echado bastantes, según el decir de la señora Tetterby, como para surtir de una hermosa dentadura al rótulo del Bull and Mouth. Toda suerte de objetos eran requisados para frotarle las encías, no obstante llevar siempre colgando de la cintura (que le quedaba justo debajo de la barbilla) un aro de hueso, tan grande que bien habría podido representar el rosario de una joven monja. Mangos de cuchillo, puños de paraguas, empuñaduras de bastones escogidos de la mercancía, los dedos de la familia en general, pero en especial los de Johnny, ralladores de nuez moscada, mendrugos, tiradores de puertas y los fríos pomos de la punta de los atizadores figuraban entre los instrumentos más comunes aplicados sin distinción para alivio de este bebé. La cantidad de electricidad que en una semana debió de frotársele es incalculable. Aun así, la señora Tetterby decía siempre que «ya iba a salirle, y entonces la criatura volvería a ser ella misma»; y aun así nunca acababa de salir, y la criatura seguía siendo otra persona.

El humor de los pequeños Tetterby había cambiado tristemente en unas pocas horas. El señor y la señora Tetterby no estaban más alterados que su prole. De ordinario eran una raza pequeña, desprendida, bondadosa y complaciente, que compartía las escasas raciones cuando así ocurría (lo cual era bastante a menudo) con contento e incluso con generosidad, y sacaba gran

disfrute de muy poca vianda. Pero ahora reñían, no solo por el jabón y el agua, sino hasta por el desayuno que aún estaba en perspectiva. La mano de cada pequeño Tetterby se alzaba contra los demás pequeños Tetterby; ¡y hasta la mano de Johnny —el paciente, sufrido y abnegado Johnny— se alzó contra el bebé! Sí: la señora Tetterby, al llegar a la puerta por mera casualidad, lo vio buscar con saña un punto flaco de la cota de malla donde una bofetada surtiera efecto, y abofetear a aquella bendita criatura.

La señora Tetterby lo metió en la salita por el cuello, en ese mismo relámpago de tiempo, y le devolvió la agresión con creces.

—Bruto, pequeño asesino —dijo la señora Tetterby—. ¿Tuviste corazón para hacerlo?

—¿Y por qué no le salen los dientes, entonces —replicó Johnny con voz alta y rebelde—, en vez de fastidiarme a mí? ¿A ti te gustaría?

—¡Gustarme, señorito! —dijo la señora Tetterby, aliviándolo de su deshonrada carga.

—Sí, gustarte —dijo Johnny—. ¿A ti? Nada. Si tú fueras yo, te harías soldado. Yo lo haré. En el Ejército no hay bebés.

El señor Tetterby, que había llegado al escenario de la acción, se frotó la barbilla pensativo, en vez de corregir al rebelde, y pareció más bien impresionado por esta visión de la vida militar.

—Ojalá estuviera yo en el Ejército, si el niño tiene razón —dijo la señora Tetterby, mirando a su marido—, que aquí no tengo paz en la vida. Soy una esclava, una esclava de Virginia. —Quizá alguna vaga asociación con su endeble incursión en el comercio del tabaco le sugirió a la señora Tetterby esta expresión tan agravada—. ¡Nunca tengo un día de fiesta, ni placer alguno, de un año para otro! ¡Válgame, que Dios bendiga y salve a la criatura —dijo la señora Tetterby, sacudiendo al bebé con una irritación mal avenida con tan piadosa jaculatoria—, qué le pasa ahora?

Como no lograra descubrirlo, ni aclarara mucho el asunto sacudiéndolo, la señora Tetterby dejó al bebé en una cuna y, cruzándose de brazos, se puso a mecerla airadamente con el pie.

—Cómo te quedas ahí plantado, 'Dolphus —dijo la señora Tetterby a su marido—. ¿Por qué no haces algo?

—Porque no me apetece hacer nada —repuso el señor Tetterby.

—Pues seguro que *yo* tampoco —dijo la señora Tetterby.

—Juraría que *yo* tampoco —dijo el señor Tetterby.

Surgió aquí una diversión entre Johnny y sus cinco hermanos menores, quienes, al disponer la mesa del desayuno familiar, se habían liado a escaramuzas por la posesión momentánea de la hogaza, y se aporreaban unos a otros con gran entusiasmo; el más pequeño de todos, con precoz discreción, rondaba fuera del nudo de los combatientes y les hostigaba las piernas. En medio de esta refriega se precipitaron el señor y la señora Tetterby con gran ardor, como si tal terreno fuera el único en que ahora pudieran concordar; y, tras haber repartido golpes sin clemencia alguna —sin resto visible de su reciente ternura— y hecho gran estrago, recobraron sus anteriores posiciones respectivas.

—Más te valdría leer el periódico que no hacer nada —dijo la señora Tetterby.

—¿Qué hay que leer en un periódico? —repuso el señor Tetterby con excesivo descontento.

—¿Que qué? —dijo la señora Tetterby—. Sucesos.

—A mí no me importa —dijo Tetterby—. ¿Qué me importa lo que la gente haga, o lo que le hagan?

—Suicidios —sugirió la señora Tetterby.

—No es asunto mío —replicó su marido.

—Nacimientos, muertes y bodas, ¿nada te importan? —dijo la señora Tetterby.

—Aunque todos los nacimientos hubieran terminado para siempre, y fueran todos hoy; y las muertes empezaran todas a ocurrir mañana; no veo por qué habría de interesarme, hasta que pensara que se acercaba mi turno —gruñó Tetterby—. En cuanto a las bodas, yo ya me casé. Sé más que de sobra sobre *ellas*.

A juzgar por la expresión insatisfecha de su rostro y sus maneras, la señora Tetterby parecía sustentar las mismas opiniones que su marido; pero, no obstante, lo contradecía por el gusto de reñir con él.

— Ah, eres un hombre coherente — dijo la señora Tetterby —, ¿verdad? ¡Tú, con ese biombo de tu propia hechura ahí, hecho de nada más que recortes de periódico, que te sientas a leerles a los niños durante medias horas enteras!

— Di «solía», si te parece — repuso su marido —. No me pillarás volviendo a hacerlo. Ahora soy más sabio.

— ¡Bah, más sabio, ni que decir tiene! — dijo la señora Tetterby —. ¿Eres mejor?

La pregunta tocó alguna nota discordante en el pecho del señor Tetterby. Rumió abatido, y se pasó la mano una y otra vez por la frente.

— ¡Mejor! — murmuró el señor Tetterby —. No sé si alguno de nosotros es mejor, ni más feliz tampoco. ¿Mejor, dices?

Se volvió hacia el biombo y lo recorrió con el dedo hasta hallar cierto párrafo que buscaba.

— Este solía ser uno de los favoritos de la familia, lo recuerdo — dijo Tetterby de un modo desolado y torpe —, y hacía saltar las lágrimas a los niños, y los volvía buenos, si había entre ellos alguna pequeña riña o descontento, después del cuento de los petirrojos en el bosque. «Melancólico caso de indigencia. Ayer un hombre menudo, con un bebé en los brazos y rodeado de media docena de andrajosos pequeñuelos, de edades varias entre los diez y los dos años, todos los cuales se hallaban a las claras en estado famélico, compareció ante el digno magistrado e hizo el siguiente relato:...». ¡Bah! No lo entiendo, la verdad — dijo Tetterby —; no veo qué tiene que ver con nosotros.

— Qué viejo y desastrado se le ve — dijo la señora Tetterby, observándolo —. Nunca vi tal cambio en un hombre. ¡Ay, madre mía, madre mía, madre mía, fue un sacrificio!

— ¿Qué fue un sacrificio? — inquirió agriamente su marido.

La señora Tetterby sacudió la cabeza; y, sin responder con palabras, desató una completa tempestad marina en torno al bebé con su violenta agitación de la cuna.

— Si te refieres a que tu matrimonio fue un sacrificio, mujer... — dijo su marido.

— *Eso* es lo que quiero decir — dijo su esposa.

— Pues entonces quiero decir yo — prosiguió el señor Tetterby, tan hosco y malhumorado como ella — que ese asunto tiene dos caras; y que el sacrificado fui yo; y que ojalá el sacrificio no hubiera sido aceptado.

— Ojalá no lo hubiera sido, Tetterby, con toda mi alma y mi corazón te lo aseguro — dijo su esposa —. No puedes desearlo más que yo, Tetterby.

— No sé qué le vi, la verdad — masculló el vendedor de periódicos —; desde luego, si algo le vi, ya no está ahí. En eso pensaba anoche, después de cenar, junto al fuego. Está gorda, envejece, no resiste la comparación con la mayoría de las mujeres.

— Tiene un aspecto vulgar, no tiene ningún garbo, es bajito, empieza a encorvarse y se está quedando calvo — masculló la señora Tetterby.

— Debía de estar medio loco cuando lo hice — masculló el señor Tetterby.

— El juicio debió de abandonarme. Es la única manera en que puedo explicármelo — dijo la señora Tetterby con elaboración.

Con este humor se sentaron a desayunar. Los pequeños Tetterby no tenían por costumbre considerar aquella comida a la luz de una ocupación sedentaria, sino que la despachaban como un baile o un trote; semejando más bien una ceremonia salvaje, por los alaridos ocasionalmente estridentes y los blandires de pan con mantequilla que la acompañaban, así como por las intrincadas escapadas a la calle y de vuelta, y los brincos escaleras arriba y abajo del umbral, que eran propios de la función. En la presente ocasión, las contiendas entre estos niños Tetterby por la jarra de agua con leche, común a todos, que había sobre la mesa, presentaron un ejemplo tan lamentable de pasiones airadas subidas de veras muy alto que fue un ultraje a la memoria del doctor Watts. No fue hasta que el señor Tetterby hubo echado a toda la manada por la puerta de la calle cuando se aseguró un momento de paz; y hasta ese se rompió al descubrirse que Johnny había regresado a hurtadillas y en ese instante se atragantaba en la jarra como un ventrílocuo, en su indecente y rapaz premura.

— ¡Estos niños acabarán conmigo al final! — dijo la señora Tetterby, tras desterrar al culpable —. Y cuanto antes, mejor, creo yo.

— Los pobres — dijo el señor Tetterby — no deberían tener hijos en absoluto. No *nos* dan ningún placer.

En ese momento cogía la taza que la señora Tetterby le había empujado bruscamente, y la señora Tetterby se llevaba la suya a los labios, cuando ambos se detuvieron, como si estuvieran petrificados.

— ¡Eh! ¡Madre! ¡Padre! — gritó Johnny, entrando corriendo en la habitación—. ¡Ahí viene la señora William calle abajo!

Y si alguna vez, desde que el mundo es mundo, un chiquillo sacó a un bebé de una cuna con el cuidado de una vieja nodriza, y lo arrulló y lo calmó con ternura, y se alejó tambaleándose con él alegremente, ese chiquillo era Johnny, y ese bebé era Moloch, ¡mientras salían juntos!

El señor Tetterby dejó su taza; la señora Tetterby dejó la suya. El señor Tetterby se frotó la frente; la señora Tetterby se frotó la suya. El rostro del señor Tetterby empezó a serenarse y a iluminarse; el de la señora Tetterby empezó a serenarse y a iluminarse.

— Vaya, que Dios me perdone — se dijo el señor Tetterby —, ¿a qué malos humores me he estado entregando? ¡Qué ha pasado aquí!

— ¡Cómo podría volver a tratarlo mal jamás, después de todo lo que dije y sentí anoche! — sollozó la señora Tetterby, con el delantal en los ojos.

— ¿Soy un bruto — dijo el señor Tetterby — o hay algo de bueno en mí? ¡Sophia! ¡Mujercita mía!

— 'Dolphus, querido — respondió su esposa.

— Yo... he estado en un estado de ánimo — dijo el señor Tetterby — que no soporto recordar, Sophy.

— ¡Oh! No es nada comparado con el que he tenido yo, Dolf — exclamó su esposa en un gran arrebato de aflicción.

— Sophia mía — dijo el señor Tetterby —, no te aflijas. Nunca me lo perdonaré. Casi te parto el corazón, lo sé.

— No, Dolf, no. ¡Fui yo! ¡Yo! — exclamó la señora Tetterby.

— Mujercita mía — dijo su marido —, no. Haces que me reproche horriblemente cuando muestras un espíritu tan noble. Sophia, querida, no sabes

lo que pensé. Bastante mal lo demostré, sin duda; ¡pero lo que pensé, mujercita mía...!

—¡Oh, querido Dolf, no! ¡No! —exclamó su esposa.

—Sophia —dijo el señor Tetterby—, debo revelarlo. No podría descansar en conciencia si no lo mencionara. Mujercita mía...

—¡La señora William está a punto de llegar! —chilló Johnny en la puerta.

—Mujercita mía, me preguntaba cómo —jadeó el señor Tetterby, apoyándose en su silla—, me preguntaba cómo había podido admirarte jamás... olvidé los preciosos hijos que me has dado, y pensé que no estabas tan esbelta como yo querría. Yo... nunca dediqué un recuerdo —dijo el señor Tetterby, con severa autoacusación— a los cuidados que has tenido como esposa mía, junto a mí y a los míos, cuando apenas habrías tenido ninguno con otro hombre que prosperara mejor y tuviera más suerte que yo (cualquiera habría encontrado con facilidad tal hombre, seguro); y reñí contigo por haber envejecido un poco en los años ásperos que me has aliviado. ¿Puedes creerlo, mujercita mía? Yo apenas puedo.

La señora Tetterby, en un torbellino de risas y llanto, le cogió la cara entre las manos y la retuvo así.

—¡Oh, Dolf! —exclamó—. ¡Qué feliz soy de que lo pensaras; qué agradecida estoy de que lo pensaras! Porque yo pensé que tenías un aspecto vulgar, Dolf; y así es, querido mío, y ojalá seas el más vulgar de todos los espectáculos a mis ojos, hasta que los cierres con tus propias buenas manos. Pensé que eras bajito; y así es, y te querré mucho porque lo eres, y más aún porque amo a mi marido. Pensé que empezabas a encorvarte; y así es, y te apoyarás en mí, y haré cuanto pueda por mantenerte erguido. Pensé que no tenías ningún garbo; pero lo tienes, y es el aire del hogar, y ese es el más puro y el mejor que existe, ¡y que Dios bendiga el hogar una vez más, y a todo lo que le pertenece, Dolf!

—¡Hurra! ¡Aquí está la señora William! —gritó Johnny.

Así era, y con ella todos los niños; y así entró, y la besaron, y se besaron unos a otros, y besaron al bebé, y besaron a su padre y a su madre, y luego corrieron de vuelta y se agolparon y danzaron en torno a ella, desfilando con ella en triunfo.

El señor y la señora Tetterby no se quedaron ni un ápice atrás en la calidez de su recibimiento. Se sentían tan atraídos hacia ella como los niños; corrieron a su encuentro, le besaron las manos, se apiñaron a su alrededor, no lograban recibirla con bastante ardor ni entusiasmo. Llegó entre ellos como el espíritu de toda bondad, afecto, tierna consideración, amor y hogar.

— ¡Cómo! ¿También *vosotros* os alegráis tanto de verme, en esta luminosa mañana de Navidad? —dijo Milly, dando palmadas en grato asombro —. ¡Ay, qué delicia es esto!

Más gritos de los niños, más besos, más desfilas en torno a ella, más felicidad, más amor, más alegría, más honra, por todos lados, de la que podía soportar.

— ¡Ay, madre mía! —dijo Milly—. ¡Qué deliciosas lágrimas me hacéis derramar! ¿Cómo he podido merecer esto? ¿Qué he hecho para ser tan amada?

— ¡Quién puede evitarlo! —exclamó el señor Tetterby.

— ¡Quién puede evitarlo! —exclamó la señora Tetterby.

— ¡Quién puede evitarlo! —repitieron los niños en un jubiloso coro. Y de nuevo danzaron y desfilaron en torno a ella, y se aferraron a ella, y apoyaron sus rostros sonrosados contra su vestido, y lo besaron y lo acariciaron, y no se cansaban de acariciarlo, ni a ella.

— Nunca me conmoví tanto —dijo Milly, secándose los ojos— como me he conmovido esta mañana. Debo contároslo, en cuanto pueda hablar. El señor Redlaw vino a verme al amanecer y, con una ternura en sus modos, más como si yo hubiera sido su hija adorada que yo misma, me imploró que fuera con él adonde yace enfermo George, el hermano de William. Fuimos juntos, y todo el camino se mostró tan amable, tan sereno, y pareció poner tal confianza y esperanza en mí, que no pude evitar llorar de placer. Cuando llegamos a la casa, encontramos en la puerta a una mujer (alguien la había magullado y herido, me temo) que me tomó de la mano y me bendijo al pasar.

— ¡Tenía razón! —dijo el señor Tetterby. La señora Tetterby dijo que tenía razón. Todos los niños exclamaron que tenía razón.

— Ah, pero hay más que eso — dijo Milly — . Cuando subimos las escaleras, hasta la habitación, el enfermo, que llevaba horas en un estado del que ningún esfuerzo lograba sacarlo, se incorporó en su lecho y, rompiendo a llorar, me tendió los brazos y dijo que había llevado una vida mal empleada, pero que ahora estaba verdaderamente arrepentido, en su dolor por el pasado, que se le presentaba tan nítido como una gran vista de la que se ha despejado una densa nube negra, y que me suplicaba pedir a su pobre y anciano padre su perdón y su bendición, y decir una oración junto a su lecho. Y cuando lo hice, el señor Redlaw se unió a ella con tanto fervor, y luego me dio las gracias y me dio las gracias, y dio gracias al Cielo, que el corazón se me desbordó del todo, y nada habría podido hacer sino sollozar y llorar, si el enfermo no me hubiera rogado que me sentara a su lado, lo cual me serenó, claro está. Mientras estaba allí sentada, tuvo mi mano en la suya hasta que cayó en un sopor; e incluso entonces, cuando retiré la mano para dejarlo y venir aquí (cosa que el señor Redlaw deseaba de veras muy encarecidamente), su mano buscó la mía, de modo que otra persona hubo de ocupar mi lugar y fingir devolverle mi mano. Ay, madre mía, madre mía — dijo Milly, sollozando — . ¡Qué agradecida y qué feliz debería sentirme, y me siento, por todo esto!

Mientras hablaba, Redlaw había entrado y, tras detenerse un instante a observar el grupo del que ella era el centro, había subido en silencio las escaleras. En aquellas escaleras aparecía ahora de nuevo, y allí permanecía, mientras el joven estudiante pasaba junto a él y bajaba corriendo.

— Bondadosa enfermera, la más dulce y la mejor de las criaturas — dijo, cayendo de rodillas ante ella y asiéndole la mano — , ¡perdone mi cruel ingratitud!

— ¡Ay, madre mía, madre mía! — exclamó Milly con inocencia — . ¡Aquí hay otro! Ay, aquí hay alguien más que me quiere. ¡Qué voy a hacer!

El modo cándido y sencillo con que lo dijo, y con que se cubrió los ojos con las manos y lloró de pura felicidad, era tan conmovedor como delicioso.

— No era yo mismo — dijo él — . No sé qué fue... quizá alguna consecuencia de mi trastorno... estaba loco. Pero ya no lo estoy. Casi al tiempo que hablo, me veo restablecido. Oí a los niños gritar su nombre, y la sombra se apartó de mí al solo sonido de él. ¡Oh, no llore! Querida Milly, si pudiera

leer mi corazón, y solo supiera con qué afecto y qué agradecido homenaje resplandece, no me dejaría verla llorar. Es un reproche muy hondo.

—No, no —dijo Milly—, no es eso. No lo es, de veras. Es alegría. Es asombro de que crea necesario pedirme que perdone tan poco, y aun así es placer que lo haga.

—¿Y volverá? ¿Y terminará la pequeña cortina?

—No —dijo Milly, secándose los ojos y sacudiendo la cabeza—. Ya no le importará mi labor de aguja.

—¿Es eso perdonarme, decir tal cosa?

Ella lo llamó aparte y le susurró al oído.

—Hay noticias de su casa, señor Edmund.

—¿Noticias? ¿Cómo?

—O bien el que no escribiera cuando estaba muy enfermo, o el cambio en su letra cuando empezó a mejorar, despertó cierta sospecha de la verdad; sea como fuere... pero ¿está seguro de que no le sentará mal ninguna noticia, si no es mala noticia?

—Seguro.

—Entonces, ¿ha venido alguien! —dijo Milly.

—¿Mi madre? —preguntó el estudiante, mirando involuntariamente en derredor hacia Redlaw, que había bajado de las escaleras.

—¡Chist! No —dijo Milly.

—No puede ser nadie más.

—¿De veras? —dijo Milly—. ¿Está seguro?

—No es... —Antes de que pudiera decir más, ella le puso la mano en la boca.

—¡Sí que lo es! —dijo Milly—. La joven dama (se parece mucho a la miniatura, señor Edmund, pero es más bonita) estaba demasiado angustiada para descansar sin disipar sus dudas, y subió anoche con una pequeña doncella. Como usted siempre fechaba sus cartas desde el colegio, allí acudió; y

antes de ver esta mañana al señor Redlaw, la vi a ella. ¡También yo le gusto! —dijo Milly—. ¡Ay, madre mía, ese es otro!

—¡Esta mañana! ¿Dónde está ahora?

—Pues está ahora —dijo Milly, acercando los labios a su oído— en mi salita de la Portería, esperando para verlo.

Él le apretó la mano y salía disparado, pero ella lo retuvo.

—El señor Redlaw está muy cambiado, y me ha dicho esta mañana que su memoria está dañada. Sea muy considerado con él, señor Edmund; lo necesita de todos nosotros.

El joven le aseguró, con una mirada, que su advertencia no caía en saco roto; y, al pasar junto al Químico camino de la salida, se inclinó ante él con respeto y evidente interés.

Redlaw devolvió el saludo con cortesía e incluso con humildad, y lo siguió con la mirada mientras se alejaba. Dejó caer también la cabeza sobre la mano, como si tratara de reavivar algo que había perdido. Pero se había ido.

El cambio permanente que se había obrado en él desde el influjo de la música y la reaparición del Fantasma era que ahora sentía de veras cuánto había perdido, y podía compadecer su propia condición, y contrastarla con claridad con el estado natural de quienes lo rodeaban. Con ello revivió en él un interés por quienes lo rodeaban, y se engendró un manso y sumiso sentimiento de su calamidad, semejante al que a veces sobreviene en la vejez, cuando sus facultades mentales se debilitan sin que la insensibilidad ni el malhumor se añadan a la lista de sus achaques.

Era consciente de que, a medida que redimía, a través de Milly, cada vez más del mal que había hecho, y a medida que estaba cada vez más con ella, este cambio maduraba dentro de él. Por eso, y a causa del afecto que ella le inspiraba (mas sin otra esperanza), sentía que dependía por completo de ella, y que ella era su báculo en su aflicción.

Así, cuando ella le preguntó si irían ya a casa, adonde estaban el anciano y su marido, y él respondió al punto que sí —ansioso a ese respecto—, pasó el brazo por el de ella y caminó a su lado; no como si fuera el sabio y docto varón para quien las maravillas de la Naturaleza eran un libro abierto, y la

de ella la mente ignorante, sino como si sus dos posiciones estuvieran invertidas, y él nada supiera, y ella todo.

Vio a los niños agolparse en torno a ella y acariciarla, mientras él y ella se marchaban así juntos, fuera de la casa; oyó el repique de sus risas y sus voces alegres; vio sus rostros radiantes, arracimados a su alrededor como flores; presenció el renovado contento y afecto de sus padres; respiró el aire sencillo de su pobre hogar, devuelto a su tranquilidad; pensó en la insana plaga que había derramado sobre él, y que, de no ser por ella, podría estar difundiendo entonces; y quizá no sea de extrañar que caminara sumiso a su lado, y estrechara contra el suyo aquel dulce pecho.

Cuando llegaron a la Portería, el anciano estaba sentado en su silla en el rincón de la chimenea, con los ojos clavados en el suelo, y su hijo se apoyaba en el lado opuesto de la lumbre, mirándolo. Al entrar ella por la puerta, ambos se sobresaltaron, se volvieron hacia ella, y un cambio radiante les mudó el rostro.

—¡Ay, cielo, cielo, cielo, todos se alegran de verme como los demás! — exclamó Milly, dando palmadas en un éxtasis, y deteniéndose en seco—. ¡Aquí hay dos más!

¡Alegrarse de verla! Alegría no era palabra bastante. Corrió a los brazos de su marido, abiertos de par en par para recibirla, y él la habría tenido allí de buena gana, con la cabeza apoyada en su hombro, durante todo el corto día invernal. Pero el anciano no podía prescindir de ella. También él tenía brazos para ella, y la estrechó en ellos.

—Vaya, ¿dónde ha estado todo este tiempo mi tranquila Ratoncita? — dijo el anciano—. Llevaba mucho fuera. Veo que me es imposible arreglármelas sin Ratoncita. Yo... ¿dónde está mi hijo William?... Me parece que he estado soñando, William.

—¡Eso digo yo, padre! —repuso su hijo—. He tenido una fea especie de sueño, me parece. ¿Cómo estás, padre? ¿Estás bastante bien?

—Fuerte y animoso, muchacho —repuso el anciano.

Era todo un espectáculo ver al señor William estrechar la mano de su padre, y darle palmaditas en la espalda, y frotarlo suavemente con la mano, como si no pudiera hacer bastante por mostrarle interés.

—¡Qué hombre tan admirable eres, padre! ¿Cómo estás, padre? ¿De veras te encuentras bastante lozano? —dijo William, estrechándole de nuevo la mano, y dándole otra vez palmaditas, y frotándolo otra vez suavemente.

—Nunca estuve más fresco ni más recio en mi vida, muchacho.

—¡Qué hombre tan admirable eres, padre! Pero ahí está justamente la cosa —dijo el señor William con entusiasmo—. Cuando pienso en todo lo que mi padre ha pasado, y en todos los azares y mudanzas, y penas y tribulaciones, que le han sobrevenido en el curso de su larga vida, y bajo los cuales su cabeza ha encanecido, y años sobre años se le han acumulado encima, siento que no podríamos hacer bastante por honrar al anciano caballero y aliviarle la vejez. ¿Cómo estás, padre? ¿De veras te encuentras bien, sin embargo?

El señor William quizá nunca habría dejado de repetir esta pregunta, y de estrecharle otra vez la mano, y de darle otra vez palmaditas, y de frotarlo otra vez, si el anciano no hubiera divisado al Químico, a quien hasta entonces no había visto.

—Le pido perdón, señor Redlaw —dijo Philip—, pero no sabía que estuviera aquí, señor, o me habría tomado menos libertades. Me recuerda, señor Redlaw, verlo aquí una mañana de Navidad, los tiempos en que usted mismo era estudiante y trabajaba tan duro que andaba de acá para allá en nuestra Biblioteca hasta en Navidad. ¡Ja, ja! Soy lo bastante viejo para recordarlo; y lo recuerdo muy bien, sí, aunque tengo ochenta y siete años. Fue después de que se marchara de aquí cuando murió mi pobre esposa. ¿Recuerda a mi pobre esposa, señor Redlaw?

El Químico respondió que sí.

—Sí —dijo el anciano—. Era una criatura muy querida. Recuerdo que vino aquí una mañana de Navidad con una joven dama... le pido perdón, señor Redlaw, pero creo que era una hermana a la que estaba muy unido, ¿verdad?

El Químico lo miró y sacudió la cabeza. —Tuve una hermana —dijo con aire ausente. No sabía nada más.

—Una mañana de Navidad —prosiguió el anciano— que vino aquí con ella... y empezó a nevar, y mi esposa invitó a la dama a pasar, y a sentarse junto al fuego que siempre arde el día de Navidad en lo que era, antes de

que nuestros diez pobres caballeros conmutaran, nuestro gran Refectorio. Yo estaba allí; y recuerdo que, mientras atizaba la llama para que la joven dama se calentara sus lindos pies, leyó en voz alta el lema que hay debajo de aquel retrato: «¡Señor, mantén viva mi memoria!». Ella y mi pobre esposa se pusieron a hablar de él; y es cosa extraña de pensar, ahora, que ambas dijieran (siendo las dos tan poco proclives a morir) que era una buena oración, y que era una que ellas elevarían muy fervientemente, si fueran llamadas jóvenes, con referencia a los que les eran más queridos. «Mi hermano», dice la joven dama. «Mi esposo», dice mi pobre esposa. «¡Señor, mantén viva en él mi memoria, y que no se me olvide!».

Lágrimas más dolorosas y más amargas que cuantas hubiera derramado en toda su vida corrieron por el rostro de Redlaw. Philip, del todo absorto en rememorar su historia, no había reparado en él hasta entonces, ni en la ansiedad de Milly por que no prosiguiera.

— ¡Philip! —dijo Redlaw, posándole la mano en el brazo—, soy un hombre golpeado, sobre quien la mano de la Providencia ha caído con dureza, aunque merecidamente. Me habla usted, amigo mío, de lo que no puedo seguir; mi memoria se ha ido.

— ¡Poder misericordioso! —exclamó el anciano.

— He perdido la memoria del dolor, del agravio y de la pena —dijo el Químico—, y con ella he perdido todo lo que un hombre recordaría.

Ver la compasión del viejo Philip por él, verlo arrimarle su propio gran sillón para que descansara, y contemplarlo con solemne conciencia de su desamparo, era conocer, en cierto grado, cuán preciosos son para la vejez tales recuerdos.

El niño entró corriendo y corrió hacia Milly.

— Ahí está el hombre —dijo—, en la otra habitación. No lo quiero a *él*.

— ¿A qué hombre se refiere? —preguntó el señor William.

— ¡Chist! —dijo Milly.

Obedientes a una seña suya, él y su anciano padre se retiraron con sigilo. Al salir, sin ser advertidos, Redlaw hizo una seña al niño para que se acercara a él.

— A la mujer es a quien más quiero —respondió, agarrándose a sus faldas.

— Tienes razón —dijo Redlaw con una débil sonrisa—. Pero no has de temer acercarte a mí. Soy más manso que antes. ¡De todo el mundo, a ti, pobre niño!

El niño al principio siguió resistiéndose, pero, cediendo poco a poco a las instancias de ella, consintió en acercarse, e incluso en sentarse a sus pies. Cuando Redlaw posó la mano en el hombro del niño, mirándolo con compasión y camaradería, tendió la otra mano a Milly. Ella se inclinó por aquel lado de él, de modo que pudiera mirarlo a la cara, y, tras un silencio, dijo:

— Señor Redlaw, ¿puedo hablarle?

— Sí —respondió él, fijando los ojos en ella—. Su voz y la música son para mí lo mismo.

— ¿Puedo preguntarle algo?

— Lo que quiera.

— ¿Recuerda lo que dije cuando llamé a su puerta anoche? Sobre alguien que fue amigo suyo en otro tiempo, y que estaba al borde de la perdición.

— Sí. Lo recuerdo —dijo, con cierta vacilación.

— ¿Lo entiende?

Alisó el cabello del niño —mirándola fijamente entretanto— y sacudió la cabeza.

— A esa persona —dijo Milly, con su voz clara y suave, que sus ojos apacibles, al mirarlo, hacían aún más clara y suave— la encontré poco después. Volví a la casa y, con la ayuda del Cielo, di con él. No llegué demasiado pronto. Un poco más, y habría llegado demasiado tarde.

Apartó la mano del niño y, posándola sobre el dorso de aquella mano de ella, cuyo tímido y sin embargo sincero contacto le hablaba no menos suplicante que su voz y sus ojos, la miró con mayor intensidad.

— Es el padre del señor Edmund, el joven caballero que hemos visto hace un momento. Su verdadero nombre es Longford. ¿Recuerda el nombre?

— Recuerdo el nombre.

—¿Y al hombre?

—No, al hombre no. ¿Me agravió alguna vez?

—¡Sí!

—¡Ah! Entonces no hay esperanza... no hay esperanza.

Sacudió la cabeza y golpeó suavemente la mano que sostenía, como pidiéndole en silencio su conmiseración.

—Anoche no fui a ver al señor Edmund —dijo Milly—. ¿Me escuchará igual que si lo recordara todo?

—Cada sílaba que diga.

—Tanto porque entonces no sabía que este era en verdad su padre, como porque temía el efecto de tal noticia en él, tras su enfermedad, si lo fuera. Desde que sé quién es esta persona, tampoco he ido; pero eso es por otra razón. Lleva mucho tiempo separado de su esposa y su hijo... ha sido un extraño en su hogar casi desde la infancia de este hijo, según le oigo decir... y ha abandonado y desamparado lo que debería haber tenido por más querido. En todo ese tiempo ha ido decayendo del estado de un caballero, cada vez más, hasta que... —se levantó de prisa y, saliendo un momento, regresó acompañada por la ruina humana que Redlaw había contemplado la noche anterior.

—¿Me conoce usted? —preguntó el Químico.

—Me alegraría —repuso el otro—, y esa es una palabra insólita en mí, si pudiera responder que no.

El Químico miró al hombre, que se erguía ante él en abyección y degradación, y lo habría mirado más rato, en un vano esfuerzo por esclarecerse, de no ser porque Milly recobró su reciente posición a su lado y atrajo su atenta mirada hacia el propio rostro de ella.

—Vea qué bajo ha caído, qué perdido está —susurró, tendiendo el brazo hacia él, sin apartar la vista del rostro del Químico—. Si pudiera recordar todo lo relacionado con él, ¿no cree que le movería a piedad reflexionar en que alguien a quien un día amó (no importa cuánto tiempo atrás, ni con qué convicción de que él lo ha perdido) haya venido a parar en esto?

—Espero que sí —respondió—. Creo que sí.

Sus ojos vagaron hacia la figura que estaba junto a la puerta, pero volvieron pronto a ella, a quien miró con fijeza, como si se afanara por aprender alguna lección de cada tono de su voz y cada destello de sus ojos.

— Yo no tengo instrucción, y usted tiene mucha —dijo Milly—; no acostumbro a pensar, y usted piensa siempre. ¿Puedo decirle por qué me parece bueno para nosotros recordar el agravio que se nos ha hecho?

— Sí.

— Para poder perdonarlo.

— ¡Perdóname, gran Dios —dijo Redlaw, alzando los ojos—, por haber desechado tu propio y excelso atributo!

— Y si —dijo Milly— si su memoria se restableciera algún día, como esperamos y rogamos que sea, ¿no sería una bendición para usted recordar de golpe un agravio y su perdón?

Miró la figura junto a la puerta, y clavó de nuevo en ella sus ojos atentos; un rayo de luz más clara pareció penetrarle en la mente desde el rostro luminoso de ella.

— No puede volver a su hogar abandonado. No busca ir allí. Sabe que solo llevaría vergüenza y pena a quienes tan cruelmente ha descuidado; y que la mejor reparación que ahora puede ofrecerles es evitarlos. Un poco de dinero, dispensado con tiento, lo trasladaría a algún lugar lejano, donde pudiera vivir sin hacer daño y hacer la expiación que aún esté en su mano por el mal que ha causado. Para la desdichada dama que es su esposa, y para su hijo, esta sería la merced mejor y más bondadosa que su mejor amigo pudiera darles; una, además, de la que nunca necesitarían enterarse; y para él, quebrantado en reputación, mente y cuerpo, podría ser la salvación.

Le tomó la cabeza entre las manos, y la besó, y dijo: — Se hará. Confío en usted para que lo haga por mí, ahora y en secreto; y para que le diga que lo perdonaría, si tuviera la dicha de saber por qué.

Cuando ella se levantó y volvió su radiante rostro hacia el hombre caído, dando a entender que su mediación había tenido éxito, este avanzó un paso y, sin alzar los ojos, se dirigió a Redlaw.

— Es usted tan generoso —dijo—, siempre lo fue, que tratará de desterrar el naciente sentimiento de castigo que le inspira el espectáculo que tiene

ante sí. Yo no trato de desterrarlo de mí mismo, Redlaw. Créame, si usted puede.

El Químico rogó a Milly, con un gesto, que se acercara más a él; y, mientras escuchaba, la miró a la cara, como buscando en ella la clave de lo que oía.

— Soy un miserable demasiado corrompido para hacer protestas; recuerdo demasiado bien mi propia trayectoria para desplegar ninguna ante usted. Pero desde el día en que di mi primer paso descendente, obrando con falsedad hacia usted, he ido cayendo con cierto progreso seguro, constante, condenado. Eso digo.

Redlaw, manteniéndola muy cerca de su costado, volvió el rostro hacia el que hablaba, y había pena en él. Algo semejante a un doloroso reconocimiento, también.

— Yo habría podido ser otro hombre, mi vida habría podido ser otra vida, si hubiera evitado aquel primer paso fatal. No sé si lo habría sido. No reclamo nada por la posibilidad. Su hermana descansa en paz, y mejor de lo que habría estado conmigo, aun cuando yo hubiera seguido siendo lo que usted me creía: aun lo que yo mismo un día me supuse.

Redlaw hizo un ademán presuroso con la mano, como si quisiera apartar aquel asunto a un lado.

— Hablo — prosiguió el otro — como un hombre sacado de la tumba. Yo mismo me habría cavado la tumba anoche, de no ser por esta bendita mano.

— ¡Ay, cielos, a él también le gusto! — sollozó Milly en voz baja —. ¡Ese es otro!

— No habría podido cruzarme en su camino anoche, ni siquiera por un mendrugo. Pero hoy mi recuerdo de lo que ha sido está tan intensamente removido, y se me presenta, no sé cómo, tan vívidamente, que me he atrevido a venir por indicación de ella, y a aceptar su generosidad, y a agradecérsela, y a rogarle, Redlaw, que en su hora postrera sea tan misericordioso conmigo en sus pensamientos como lo es en sus obras.

Se volvió hacia la puerta y se detuvo un momento en su camino de salida.

— Espero que mi hijo despierte su interés, por amor a su madre. Espero que merezca despertarlo. A menos que mi vida se prolongue mucho tiempo,

y llegue a saber que no he malgastado su ayuda, no volveré a poner en él los ojos.

Al salir, alzó los ojos hacia Redlaw por primera vez. Redlaw, cuya firme mirada estaba clavada en él, le tendió la mano como en sueños. El otro volvió y la tocó —poco más— con ambas manos; e, inclinando la cabeza, salió despacio.

En los pocos instantes que transcurrieron, mientras Milly lo llevaba en silencio hasta la verja, el Químico se dejó caer en su sillón y se cubrió el rostro con las manos. Al verlo así, cuando ella regresó, acompañada de su marido y del padre de este (ambos muy preocupados por él), evitó molestarlo o permitir que lo molestaran; y se arrodilló junto al sillón para poner algo de ropa de abrigo al niño.

— ¡Ahí está la cosa, exactamente! ¡Eso digo yo siempre, padre! —exclamó su marido, lleno de admiración—. ¡Hay en el pecho de la señora William un sentimiento maternal que a la fuerza tenía que salir a relucir!

— Sí, sí —dijo el anciano—; tienes razón. ¡Mi hijo William tiene razón!

— Todo sucede para bien, Milly querida, sin duda —dijo el señor William con ternura—, en que no tengamos hijos propios; y sin embargo a veces desearía que tuvieras uno a quien amar y mimar. Nuestra pequeña criatura muerta, en la que cifraste tantas esperanzas, y que nunca alentó el soplo de la vida... eso te ha dejado como apagada, Milly.

— Soy muy feliz en su recuerdo, William querido —respondió ella—. Pienso en ella cada día.

— Temía que pensaras demasiado en ella.

— No digas «temía»; es un consuelo para mí; me habla de tantas maneras. Aquella inocente que nunca vivió en la tierra es como un ángel para mí, William.

— Tú eres como un ángel para mi padre y para mí —dijo el señor William en voz baja—. Lo sé.

— Cuando pienso en todas aquellas esperanzas que cifré en ella, y en las muchas veces que me senté a imaginar la carita sonriente sobre mi pecho que nunca reposó allí, y los dulces ojos alzados hacia los míos que nunca se abrieron a la luz —dijo Milly—, siento, creo, una ternura mayor por todas

las esperanzas frustradas en las que no hay mal alguno. Cuando veo a un hermoso niño en los brazos de su amorosa madre, lo quiero tanto más al pensar que mi criatura podría haber sido así, y podría haber llenado mi corazón de orgullo y de dicha.

Redlaw alzó la cabeza y miró hacia ella.

—A lo largo de toda la vida, me parece —continuó ella—, tiene algo que decirme. Por los pobres niños abandonados, mi pequeña criatura intercede como si estuviera viva, y tuviera una voz que yo conociera, con la que hablarme. Cuando oigo hablar de jóvenes en el sufrimiento o la vergüenza, pienso que quizá mi criatura podría haber llegado a eso, y que Dios me la quitó en su misericordia. Aun en la vejez y las canas, como las de mi padre, está presente: diciéndome que también ella podría haber vivido hasta ser vieja, mucho, mucho después de que tú y yo nos hubiéramos ido, y haber necesitado el respeto y el amor de gente más joven.

Su voz apacible estaba más apacible que nunca cuando tomó el brazo de su marido y apoyó la cabeza en él.

—Los niños me quieren tanto que a veces medio imagino —es una fantasía tonta, William— que tienen algún modo, que yo desconozco, de sentir por mi pequeña criatura, y por mí, y de comprender por qué su amor me es tan precioso. Si desde entonces he estado apagada, he sido más feliz, William, de cien maneras. Y no menos feliz, querido, en esto: en que, aun cuando mi pequeña criatura acababa de nacer y de morir hacía apenas unos días, y yo estaba débil y afligida, y no podía evitar apenarme un poco, surgió el pensamiento de que, si procuraba llevar una vida buena, encontraría en el Cielo a una criatura radiante que me llamaría «¡Madre!».

Redlaw cayó de rodillas, con un grito potente.

—Oh, Tú —dijo— que, mediante la enseñanza del amor puro, has tenido a bien restituirme la memoria que era la memoria de Cristo en la Cruz, y de todos los buenos que perecieron por su causa, recibe mi agradecimiento, ¡y bendícela a ella!

Luego la estrechó contra su corazón; y Milly, sollozando más que nunca, exclamó, mientras reía: —¡Ha vuelto en sí! ¡También yo le gusto muchísimo! ¡Ay, cielo, cielo, cielo, aquí hay otro!

Entonces entró el estudiante, llevando de la mano a una encantadora muchacha, que tenía miedo de acercarse. Y Redlaw, tan cambiado para con él, viendo en él y en su juvenil elección la sombra dulcificada de aquel doloroso pasaje de su propia vida, al cual, como a un árbol umbrío, la paloma tanto tiempo prisionera en su arca solitaria podía volar en busca de reposo y compañía, se le echó al cuello, suplicándoles que fueran sus hijos.

Entonces, como la Navidad es un tiempo en el cual, de todos los del año, la memoria de todo dolor, agravio y pena remediabiles del mundo que nos rodea debe estar viva en nosotros, no menos que nuestras propias vivencias, para todo bien, posó la mano sobre el niño y, llamando en silencio por testigo a Aquel que en tiempos antiguos posó su mano sobre los niños, reprendiendo, en la majestad de su conocimiento profético, a quienes los apartaban de Él, hizo voto de protegerlo, instruirlo y rescatarlo.

Entonces dio alegremente su mano derecha a Philip, y dijo que aquel día celebrarían una comida de Navidad en lo que fuera, antes de que los diez pobres caballeros conmutaran, su gran Refectorio; y que convocarían a ella a tantos miembros de esa familia Swidger —que, según le había dicho su hijo, eran tan numerosos que podían darse la mano y formar un corro alrededor de Inglaterra— como pudieran reunirse con tan poca antelación.

Y aquel día se hizo. Había allí tantos Swidger, mayores y niños, que un intento de expresarlos en números redondos podría engendrar dudas, en los desconfiados, sobre la veracidad de esta historia. Por tanto, no se hará el intento. Pero allí estaban, a docenas y a veintenas; y allí había buenas noticias y buenas esperanzas, prontas para ellos, acerca de George, a quien habían visitado de nuevo su padre y su hermano, y Milly, y a quien de nuevo habían dejado en un sueño tranquilo. Allí, presentes también en la comida, estaban los Tetterby, incluido el joven Adolphus, que llegó con su bufanda irisada, justo a tiempo para la carne. Johnny y el bebé llegaron tarde, por supuesto, y entraron todos ladeados, el uno exhausto, el otro en un supuesto estado de doble dentición; pero eso era lo habitual, y no alarmaba.

Daba pena ver al niño que no tenía nombre ni linaje observar a los demás niños mientras jugaban, sin saber cómo hablar con ellos ni jugar con ellos, y más ajeno a las maneras de la infancia que un perro tosco. Daba pena, aunque de otro modo, ver qué instintivo conocimiento tenían los más pequeños de allí de que él era distinto de todos los demás, y cómo se le acer-

caban con timidez, con palabras suaves y caricias, y con pequeños regalos, para que no estuviera triste. Pero él se mantenía junto a Milly, y empezó a quererla —¡ese era otro, como ella decía!— y, como todos la querían entrañablemente, se alegraron de ello, y cuando lo veían atisbarlos desde detrás de la silla de ella, se complacían de que estuviera tan cerca de ella.

Todo esto lo veía el Químico, sentado con el estudiante y la que iba a ser su novia, con Philip y los demás.

Algunos han dicho después que él solo pensó lo que aquí queda consignado; otros, que lo leyó en el fuego, una noche de invierno hacia la hora del crepúsculo; otros, que el Espectro no fue sino la representación de sus sombríos pensamientos, y Milly la encarnación de su mejor sabiduría. *Yo nada digo.*

—Salvo esto. Que, hallándose reunidos en el viejo Refectorio, sin más luz que la de un gran fuego (por haber comido temprano), las sombras salieron una vez más furtivas de sus escondrijos y danzaron por la sala, mostrando a los niños prodigiosas formas y rostros en las paredes, y transformando poco a poco lo que allí era real y familiar en lo que era extraño y mágico. Pero había una cosa en el Refectorio hacia la cual se volvían a menudo los ojos de Redlaw, y de Milly y su marido, y del anciano, y del estudiante, y de la que iba a ser su novia, que las sombras no oscurecían ni mudaban. Ahondada su gravedad por la luz del fuego, y contemplando desde la oscuridad de la pared artesonada como si tuviera vida, el sereno semblante del retrato, con la barba y la gorguera, los miraba desde abajo de su verde guirnalda de acebo, mientras ellos lo miraban; y, claras y nítidas debajo, como si una voz las hubiera pronunciado, estaban las palabras:

* * * * *

¡Señor, mantén viva mi memoria!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB